Tesis de maestría:
Movimiento social y élites.
El caso de los liceales ocupantes de agosto-setiembre de 1996
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de la República (Udelar)
François Graña, febrero de 2002

INDICE

Introducción	4
PARTE I	9
El retorno de la “horda primitiva”	10
Las minorías siempre gobiernan: la “escuela de las élites”	15
Pareto y la “circulación de las élites”	18
Mosca: la “clase política”	19
Michels: la “ley de hierro de la oligarquía”	21
Una empresa desesperada	24
La sociología de los movimientos sociales	28
La omnipresente lucha de clases	31
La mirada funcionalista	32
Individuo y movimiento	33
Alcance y limitaciones del free-rider	35
La “movilización de los recursos”	37
Los “nuevos movimientos sociales”	38
De las estructuras sociales a los actores colectivos	40
Touraine: el llamado al sujeto	42
Melucci: latencia y visibilidad del movimiento social	45
NMS y “reflexividad social”	47
La síntesis emergente	49
El movimiento de liceales ocupantes	53
PARTE II	58
Las tensiones de la “complementariedad”	61
El grupo de discusión	69
El análisis del discurso	76
El trabajo de campo	83
PARTE III	87
La gente	89

La gente sabe lo que quiere	89
Convocar a la gente	96
¿Quién interpreta mejor a la gente?	99
Los que juegan al truco en las asambleas	104
El gremio	111
Cómo atrapar a la gente	112
“El ustedes y nosotros existe siempre”	115
“La posibilidad de participar, la tienen”	119
El paradigma de la “vanguardia”	125
Síntesis y conclusiones	130
Bibliografía consultada	137

Introducción

“... El subjetivismo, antes de considerarlo como un obstáculo para la investigación, hay que estimarlo como una de sus precondiciones necesarias, pues es el sujeto quien atribuye sentido a los hechos y a los textos” (Alonso 1998:221)

Entre mediados de agosto y comienzos de setiembre de 1996 se producía una ola de ocupaciones de liceos públicos que durante tres semanas ocupó la atención de la prensa y las instituciones educativas; el conflicto se expandió con rapidez, adquiriendo en pocos días un carácter masivo que sorprendió en primer lugar a los propios liceales que habían lanzado la iniciativa. A once días de iniciado el conflicto la prensa informaba de la existencia de trece liceos ocupados en Montevideo, y en los primeros días de setiembre habían pasado los cuarenta en todo el país.

Me vi implicado desde el inicio en mi condición de padre de uno de los estudiantes que participaban de las intensas actividades que tenían su epicentro en el local liceal que ocupaban y controlaban día y noche. En los primeros días, las idas y venidas de numerosos padres y madres estaban animadas ante todo por ciertas aprehensiones: ¿podíamos estar tranquilos por la seguridad de aquellos menores? ¿Qué tan confiable era su declamada pretensión de hacerse cargo de las consecuencias posibles de sus actos? ¿Cuáles eran las probabilidades de una intervención policial? ¿Podíamos, en suma, confiar en el buen criterio de nuestros hijos, o en cambio se debía resolver por ellos evitándoles una –eventual- experiencia dramática y frustrante? Estos temores tiñeron sin duda los primeros contactos con la intensa dinámica colectiva de asambleas, reuniones, actividades prácticas diversas, desplegadas por los salones, patios y corredores liceales. Poco a poco, las ansiedades paternas fueron cediendo el paso a una curiosidad creciente, orientada sobre todo hacia una dimensión de los acontecimientos que aquellas circunstancias personales habían colocado ante nuestra percepción con singular proximidad: la “vida interna” del movimiento, el flujo de interacciones que discurría –en cierto modo- a espaldas del “mundo exterior”. Todo ello configuraba una densa trama inter-subjetiva

de vivencias compartidas y tematizadas, y en ella queríamos hurgar. Transcurrida la primera semana de ocupación liceal, la transición actitudinal de la vigilancia paterna al interés sociológico ambientaba un proyecto de “descripción etnográfica”¹ de la experiencia del movimiento de liceales ocupantes, aunque con fuerte énfasis en lo que más había despertado nuestra curiosidad: *los términos en que los propios protagonistas describían colectivamente sus acciones*. Esta investigación nació por lo tanto marcada por un singular tránsito entre la implicación personal y la distancia con pretensiones científicas, entre participación y observación.

Desde su más temprana formulación, el objetivo general del trabajo proyectado –una descripción de la experiencia vista a través de la percepción de sus protagonistas- se desplegaba en cinco objetivos específicos: antecedentes de la actividad gremial, origen de la decisión de ocupar, descripción de la ocupación, relaciones con los demás, y trayectoria gremial de los entrevistados.

Un primer acercamiento interpretativo al material discursivo producido, dio lugar a un trabajo publicado bajo forma de libro a ochenta días de iniciadas las ocupaciones de liceos (de aquí en más, el “trabajo antecedente”). Este acercamiento interpretativo estuvo sesgado por una doble mirada interesada, tal como se anuncia en su introducción: “... la experiencia emotiva de comunidad entre iguales, y el aprendizaje racional del pacto democrático que regula la vida en sociedad” (Graña 1996). La analogía de la comunidad descrita por F.Tönnies (1947) se reveló apta para describir la experiencia de proximidad, de ruptura de todos los distanciamientos anteriores, relatada por lo estudiantes. Simultáneamente, estos jóvenes y adolescentes eran llevados a un aprendizaje intenso de la regulación democrática de sus acciones y decisiones: elegir voceros, establecer criterios de mayorías y minorías, ponderar la representatividad de sus asambleas, etc.

¹ Empleo la expresión en el sentido le han dado sobre todo los sociólogos franceses, entre ellos Pierre Bourdieu: cfr. *La dominación masculina* (1998), por ejemplo, donde alude permanentemente a las “descripciones etnográficas” de las relaciones de género en la etnia *berebere* de los “kabilis” norafricanos realizada por él mismo en los '60, en base a las cuales elabora su hipótesis acerca del origen “mediterráneo” de la cultura falocéntrica occidental.

Se señala en el trabajo antecedente, que “...la interacción conflictiva entre ambas perspectivas de comunidad y democracia se mostró muy útil para explicar parte de la experiencia vivida por los grupos de adolescentes que sostuvieron las ocupaciones” (*op.cit.* p.13). Interacción conflictiva, porque los participantes de la acción se sentían desdoblados entre la solidaridad recién descubierta como experiencia fuerte y emotiva por una parte, y los distanciamientos originados en la argumentación y discusión racional de los pasos a seguir en el curso de las acciones colectivas en que estaban involucrados por otra. Este fue el contenido sustancial de la descripción-evaluación plasmada en un trabajo muy “próximo” del registro etnográfico y muy “liviano” en lo que respecta a sus pretensiones teóricas.

Este proyecto, nacido en medio de la efervescencia y vitalidad del propio movimiento que queríamos describir, estaba constreñido por ciertas decisiones metodológicas que debían tomarse en “tiempo real”. La constitución de los grupos de discusión –principal técnica de abordaje de campo empleada- llevó la marca de estas constricciones. La transición de padre a sociólogo se produjo con fluidez, sin los recelos que hubiera podido levantar la intervención de un investigador “desde afuera”. La facilidad para conformar grupos así como la distendida dinámica que primó en las conversaciones registradas, tuvieron como contrapartida la casi nula intervención del investigador en la selección de los participantes. La decisión de realizar un trabajo sociológico en torno a la experiencia de ocupaciones liceales en curso, fue transmitida a algunos de entre los activistas más visibles y reconocidos por los demás (los mismos que habían sido nuestros “interlocutores naturales” desde los inicios de la movilización liceal). Estos estudiantes convocaron a sus pares más próximos, por lo que las reuniones se realizaron *invariablemente* con integrantes del núcleo más activo y constante de entre los liceales ocupantes; podía percibirse fácilmente entre ellos, la existencia de lazos de camaradería y proximidad que los destacaba del resto de los “participantes de base”.

La relectura e interpretación guiada por los intereses iniciales de la investigación, fue coextensiva con la elaboración de una perspectiva centrada en las tensiones entre tendencias centrípetas de proximidad comunitaria y tendencias centrífugas nacidas de la regulación democrática de la marcha del movimiento; el informe final de esta primera elaboración del material de entrevistas se materializó en el trabajo antecedente. Sin que ello formara parte del

plan inicial de trabajo –ni de la “cabeza” con que fue pensado- el examen posterior del material de entrevistas nos reveló las trazas de cierto discurso recurrente en la dinámica de las discusiones grupales: *los liceales tendían a identificar un “nosotros” más activo, constante y comprometido en el que se reconocían, frente a un “ellos” conformado por una mayoría que veían laxa e inconstante.* Ambas entidades colectivas aparecían -a ojos de los grupos de discusión- mediadas por cierta “distancia” no buscada ni deseada, y aun percibida como un obstáculo para la ampliación de la participación estudiantil en el movimiento, ésta sí fuertemente buscada. En el trabajo antecedente ya señalábamos este “hallazgo”:

“...integrados por quienes comparten la voluntad de atraer a otros a la movilización, se constituyen en ámbitos restringidos de afinidad... Aparece así un ‘nosotros’ (los ocupantes, los del gremio, los que están siempre, etc.) por contraposición a un ‘ellos’ (‘la gente’, los que no vienen o sólo lo hacen ocasionalmente, los que juegan al truco en las asambleas, etc.) Este proceso discurre en conflicto con la voluntad y el deseo de sus actores: los estudiantes más comprometidos con la movilización, que procuran expresamente acortar distancias con ‘la gente’, dedican una parte importante de sus energías colectivas al asunto” (*op.cit.*p.96).

Esta formulación encerraba muy tempranamente lo que constituye en este trabajo el objeto primordial de interés: *cierto discurso de las minorías dirigentes o “élites” del movimiento social tendiente a justificar su rol preeminente o directivo, discurso que incluye el propósito proclamado de ampliar la participación de las mayorías en los ámbitos de decisión.* Este discurso desplegado por “los del gremio” para dar cuenta de sus relaciones con “la gente”, será objeto privilegiado del movimiento de aprehensión teórico-metodológica aquí desarrollado.

La exposición está organizada en tres partes o capítulos. En la parte I revisaremos las primeras conceptualizaciones modernas sobre las multitudes, le seguirá una aproximación a la teoría de las élites, luego recorreremos la tematización contemporánea de los movimientos sociales para finalmente describir el movimiento de los liceales ocupantes. La parte II comenzará con una discusión teórico-metodológica con el propósito de colocar en perspectiva la técnica del grupo de discusión, y finalmente nos haremos cargo de las peripecias de su empleo en nuestro trabajo de campo. En la parte III desplegaremos la mirada interpretativa sobre el texto discursivo que constituye en definitiva el propósito central del presente trabajo, que culminará con algunas conclusiones.

o o o

I

“Como no existe lectura
inocente, digamos de
cuál lectura somos
culpables”.

Althusser y Balibar
(1974:19)

En nuestras sociedades contemporáneas, los movimientos sociales han estado siempre rodeados de un halo de sospecha. En el “imaginario” democrático que erige los procedimientos electorales en paradigma de participación política, estos movimientos representan a menudo el desorden, la irrupción descontrolada en las calles, una imprevisibilidad que inquieta los espíritus racionales. Esta inquietud hunde sus raíces histórico-culturales en la época en que la política era “asunto de conspiraciones” protagonizadas por las logias, los masones, las organizaciones secretas -y aun las organizaciones de tipo corporativo- en los siglos XVIII y XIX con sus rituales de iniciación, prácticas de reconocimiento y ceremoniales de encuentro (Hobsbawm 1968). Los movimientos sociales (en adelante, MS) se ven así aludidos con metáforas que traslucen aquellos fantasmas: explosión juvenil, contagio colectivo, exteriorización de pasiones que “normalmente” son reprimidas o canalizadas de manera “civilizada”, etc.

En el desarrollo que sigue, iremos tras las huellas de estas nociones aunque con la mirada puesta en el horizonte de los actuales movimientos sociales. Trataremos de “verlos” con los ojos de quienes los han tematizado, para finalmente describir el movimiento de ocupaciones liceales que aquí nos interesa abordar desde la perspectiva señalada en las páginas precedentes. Pero antes de llegar, haremos un rodeo por la decimonónica “psicología de las multitudes” y sus reminiscencias contemporáneas: la problemática de la incapacidad de las masas para gestionar el poder, la imposibilidad de la democracia efectiva y la consecuente inevitabilidad del gobierno de las élites.

El retorno de la “horda primitiva”

Algunos investigadores han querido ver cierta “afinidad electiva”² entre los primeros estudios de los comportamientos de masas publicados entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, y el clima ideológico-cultural de la época vivida por sus autores. El carácter “negativo” de

² Tomo la expresión de Weber en el sentido en que la emplea en *La Ética Protestante...*, para aludir a cierta sutil interconexión —que no es determinante, ni causal, ni lineal— entre el ascetismo protestante y el “espíritu” capitalista (Weber 1998:152). A su turno, Weber se habría inspirado en la novela de Goethe *Las afinidades electivas* (*Die Wahlverwandtschaften*), para designar la doble faceta de aquellas ideas que son escogidas por el individuo (“electiva”) y simultáneamente se adecúan a sus intereses materiales (“afinidad”); el propósito es de Reinhard Bendix 1986:382.

aquellas primeras apreciaciones estaría dado por el propio estigma de sospecha que pesaba sobre su objeto: las masas –incultas, andrajosas y a menudo violentas- que irrumpían “desordenadamente” en el escenario socio-político de las democracias modernas... con pretensiones de quedarse. El “pánico moral” que se apoderó de las élites europeas con las insurrecciones populares de 1830, 1848, con la Comuna de París (1871) y la emergencia progresiva de las “clases peligrosas” a la vida social, habría dejado hondas huellas en los trabajos sobre la “psicología de las masas” muy en boga a fines de ese siglo. El discurso sobre “las multitudes” lindaba con los problemas de la criminalidad y el alcoholismo, así como con el movimiento de emancipación femenina y el reclamo de sufragio universal (Neveu 1996:34 y ss). Un breve examen de algunos de los más celebrados análisis pioneros de los comportamientos de masas, dará razón de la enorme influencia –pretérita y actual- de algunas de sus apreciaciones.

En este sentido, el impacto de las ideas de Gustave Le Bon (1841-1931) fue hondo y duradero. En su obra *Psicología de las multitudes* [1895] el autor francés propone que en la actual “era de las multitudes”, el poder de éstas crece en todas las naciones, y más allá de cualquier consideración, debemos aprestarnos a “sufrir sus consecuencias”. Las civilizaciones han sido creadas y guiadas por “...una pequeña aristocracia intelectual, nunca por las muchedumbres. Estas sólo tienen poder para destruir. Su dominación representa siempre una fase de barbarie.” (Le Bon 1978:20) El texto abunda en la descripción psicológica del proceso de constitución de una muchedumbre, que tiene lugar bajo ciertas circunstancias. En el seno de la masa indiferenciada,

“Las aptitudes intelectuales de los individuos y, por consecuencia, su individualidad, se borran en el alma colectiva. Lo heterogéneo se anega en lo homogéneo y dominan las cualidades inconscientes. Precisamente esta comunidad de cualidades ordinarias es la que nos explica porqué las multitudes no sabrán nunca realizar actos que exijan una inteligencia elevada (...) En las muchedumbres, lo que se acumula no es el talento, sino la estupidez” (*op.cit.*p.33)

Los principales caracteres del individuo en la “muchedumbre psicológica” son “el desvanecimiento de la personalidad consciente, predominio de la personalidad inconsciente, orientación por vía de sugestión y contagio de los sentimientos y de las ideas en un mismo

sentido, tendencia a transformar inmediatamente en actos las ideas sugeridas”, por lo cual “la muchedumbre es siempre intelectualmente inferior al hombre aislado” (*op.cit.* pp.36-7). La muchedumbre se deja llevar fácilmente por “la impulsividad, la irritabilidad, la incapacidad para razonar, la ausencia de juicio y de espíritu crítico, la exageración de los sentimientos”, características todas igualmente observables en “formas inferiores de evolución, tales como la mujer, el salvaje y el niño” (¡¡!!) (*op.cit.* p.40)

Igualmente, los supuestos teóricos de la criminología de Cesare Lombroso (1835-1909) y –en parte- la obra de Gabriel Tarde (1843-1904) en la segunda mitad del siglo XIX, muestran a individuos que constituyen “por contagio”³ a masas sugestionables, descontroladas, emotivas y aun peligrosas, fácilmente inclinadas a actos de violencia, a la manifestación de sus “bajos instintos”. En síntesis, la multitud mirada con los ojos de Le Bon y Tarde se muestra pasiva, caótica, inclinada a la tonta repetición de conductas; sus integrantes son “marionetas inconscientes” (Tarde) de pensamiento exagerado y simplificado, y la imitación compulsiva de comportamientos echa raíces en la sugestión, la credibilidad e intensidad emocional que acompañan los estados hipnóticos (Lindholm 1991; Laraña 1991:38 y ss.)

La concepción de Le Bon acerca del “alma colectiva” ejercerá una influencia directa en Sigmund Freud (1856-1939). En su *Psicología de las masas*⁴ –obra de madurez publicada en 1921-

³ “...Cuando, por ejemplo, en un grupo se hace sentir la necesidad de expresar una idea nueva con una palabra, el primero que imagina una expresión apropiada a la imagen para satisfacer esta necesidad, no tiene más que pronunciarla para que bien pronto corra ya de boca en boca de los individuos del grupo en cuestión y se extienda más tarde a los grupos vecinos” (Tarde 1961:45). Y también: “Esta estricta conformidad de los espíritus y las voluntades que constituye el fundamento de la vida social, aun en los tiempos más revueltos, esta presencia simultánea de tantas ideas precisas... propongo que es el efecto... de la sugestión-imitación que, a partir de un primer creador de una idea o de un acto, propagó el ejemplo de persona a persona” (trad. mía; transcribo la cita original: “Cette conformité minutieuse des esprits et des volontés qui constitue le fondement de la vie sociale, même aux temps les plus troublés, cette présence simultanée de tant d’idées précises ... je prétends qu’elle est l’effet... de la suggestion-imitation qui, à partir d’un premier créateur d’une idée ou d’un acte, en a propagé l’exemple de proche en proche”; Tarde 1921:34-5)

⁴ El texto es publicado junto a “Más allá del principio del placer” y “El porvenir de una ilusión”, trabajos escritos con el sabor amargo de la guerra mundial (1914-18), barbarie perpetrada en nombre de la civilización y que inspira hondo horror –entre otros- a toda una generación intelectual (Esta guerra deja diez millones de cadáveres en suelo europeo; “...el número de bajas, mucho más reducido, de la primera guerra mundial tuvo un impacto más fuerte que las pérdidas enormes en vidas humanas de la segunda...”, Hobsbawm 2001:57). A la pulsión de vida descrita en su teoría psicoanalítica, Freud agrega ahora una pulsión de muerte que late con similar fuerza en el inconsciente; el conflicto desigual entre ambas –*Eros* y *Thanatos*, amor y muerte respectivamente- desgarran la especie humana, y el autor se muestra más bien pesimista respecto del desenlace.

el fundador del psicoanálisis recoge la hipótesis de Charles Darwin (1809-1882) acerca de la “horda primitiva” como forma inicial de la sociedad humana. En su juventud, el médico vienés había tomado de su admirado maestro el neurólogo francés Jean Martin Charcot (1825-1893) el postulado de existencia de una “segunda mente”, a la que se podía acceder por medio de la hipnosis. Con la agudeza y erudición que lo caracteriza, Freud sostiene que en los pliegues profundos del inconsciente de cada miembro de la especie humana (la “segunda mente” de Charcot) se aloja un registro mnémico de aquellos comportamientos ancestrales de “horda primitiva”. Bajo ciertas circunstancias excepcionales, estos comportamientos vuelven a animar acciones de multitudes cuyos miembros comparten por un momento idénticas emociones: “La masa se nos muestra, pues, como una resurrección de la horda primitiva. Así como el hombre primitivo sobrevive virtualmente en cada individuo, también toda masa humana puede reconstruir la horda primitiva” (Freud 1993:60).⁵ En pocas palabras: i) la hipnosis despierta en el sujeto una herencia arcaica por virtud de la cual renuncia a toda voluntad propia; ii) esta renuncia delata en el hipnotizado una “sed de sometimiento” hacia su hipnotizador, psicológicamente comparable al sentimiento de sumisión al jefe que manifestaba la horda primitiva en los albores de la humanidad; iii) esta horda primitiva arcaica –latente en la memoria de la especie- “revive” fugazmente en ciertos comportamientos de masas. Por esto, “la hipnosis puede ser designada como una formación colectiva de sólo dos personas” (Freud 1993:64)⁶.

Respecto de esta afinidad profunda entre horda y masa, escribe Freud:

⁵ La posibilidad de esta regresión está inscrita de algún modo en la memoria de la especie; Freud ya había investigado el asunto en *Totem y Tabú* [1913] a propósito del origen ancestral de las neurosis que descubría en sus pacientes. Allí establece analogías entre la psicología de los pueblos primitivos tal como aparecen descritas en los trabajos etnográficos de su época (Wundt, Frazer, Tylor, etc.), y ciertas neurosis obsesivas manifestadas durante las sesiones de análisis. Freud presume que estos comportamientos neuróticos constituyen una suerte de regresión psicológica a estados mentales “primitivos”. Aquellos estudios etnográficos de pueblos “primitivos” mostraban, por ejemplo, la existencia del tabú; éste consiste en una serie de limitaciones a que se someten “naturalmente” los individuos, dominados por la convicción de que las violaciones al tabú –sean deliberadas o involuntarias- acarrearán los mayores males y aun la muerte. El estudio clínico de casos de neurosis obsesivas muestra –nos dice Freud- mecanismos psicológicos individuales respecto de objetos, personas o conductas consideradas tabú, esencialmente análogos a aquéllos observados en tribus primitivas (Freud 1972)

⁶ La ligazón esencial entre ambos fenómenos ya había sido señalada por Le Bon; la sugestibilidad y el contagio induce en los individuos que la componen “...un estado particular que se aproxima mucho al estado de fascinación en que se halla el hipnotizado en manos del hipnotizador”, y que posibilita la realización de acciones destructivas –recordemos que las masas “sólo tienen poder para destruir”- que repugnarían a los mismos individuos tomados de uno en uno (Le Bon 1978:35)

“El carácter inquietante y coercitivo de las formaciones colectivas, que se manifiesta en sus fenómenos de sugestión, puede ser atribuido, por tanto, a la afinidad de la masa con la horda primitiva, de la cual descende. El caudillo es aun el temido padre primitivo. La masa quiere siempre ser dominada por un poder ilimitado. Avida de autoridad, tiene, según las palabras de Gustavo Le Bon, una inagotable sed de sometimiento.” (Freud *op.cit.* p.64)

De este modo, Freud brindaba racionalidad científica al estudio de comportamientos hipnóticos y sumisos de las masas en la vida social moderna que ya venían siendo tematizados; la descripción de comportamientos de multitudes en términos de *revival* de la horda primitiva legada de Le Bon, ganaba un formidable asidero teórico al verse inscrita en la arquitectura conceptual de Sigmund Freud -por entonces ya prestigioso y admirado por su teoría psicoanalítica- lo que por otra parte garantizaría larga vida a la vieja “psicología de las multitudes”.⁷

Lejos de haber cedido al paso del tiempo, estas apreciaciones acerca de los comportamientos de masas reverberan con fuerza de teoría en las ciencias sociales,⁸ y más específicamente en la psicología social contemporánea. Puede leerse en autores connotados de esta disciplina, ciertos abordajes de la vida social en el siglo XX en términos de una irresistible “ascensión de los conductores de masas” que seducen a una multitud dispuesta a ejecutar órdenes sin discusión, multitud que se vuelve “...el animal social que ha roto su correa. Las prohibiciones de la moral han sido barridas, junto con las disciplinas de la razón”, y la masa se erige en “...una fuerza indomable y ciega, capaz de superar todos los obstáculos, de desplazar montañas o de destruir la obra de los siglos” (Moscovici 1985:13)⁹

⁷ Ungida por Freud con el óleo de la ciencia moderna, la psicología de multitudes de Le Bon está omnipresente en los textos de divulgación de ciencias sociales del siglo XX. Véase como ejemplo del montón: “[la multitud] es un medio conductor altamente sensible a las grandes emociones: asombro, admiración, cólera, indignación, valor, entusiasmo, pánico. Por esta razón absorbe a los individuos que la integran, pues esos sentimientos son comunes a todos ellos...” (Mendieta y Núñez 1950:151)

⁸ Robert Michels describe la “metamorfosis psicológica de los líderes” citando expresamente a Le Bon respecto del “apetito natural por el poder” en los líderes como una contrapartida a la “apatía de las masas y su necesidad de guía” (Michels 1991:9-25)

⁹ En cualquier caso, junto a las potencialidades únicamente negativas-destructivas de las multitudes de Le Bon, Moscovici reconoce una virtualidad –eventualmente positiva- de “desplazar montañas”.

De Le Bon a Moscovici pasando por Darwin, Lombroso, Tarde y Freud, el discurso dominante sobre multitudes las describe sumisas y explosivas, ingenuas e irracionales. El “animal social que ha roto su correa” necesita ser controlado, educado... y sobre todo, dirigido. Las masas deben ser gobernadas, si no se quiere asistir pasivamente al hundimiento de la civilización en el caos. Pero entonces, el proyecto democrático en sentido fuerte, entendido como autogobierno del pueblo, ¿no pasaba de sueño utópico de mentes ingenuas, o demagogia populista apta para sofrenar al “animal social”? Aquí sólo nos interesaremos por una de las muchas respuestas formuladas en los dos largos siglos transcurridos desde las grandes revoluciones contra la autocracia: la que ensayan ciertos pensadores convencidos de la imposibilidad de la democracia efectiva, y ello debido no sólo a la incapacidad de las masas sino también a la voluntad –eficaz– de permanencia de las minorías gobernantes en el poder. Nos referimos a la llamada “escuela de las élites”.

Las minorías siempre gobiernan: la “escuela de las élites”

El término *elitismo* es de origen francés, y su raíz latina es *eligere* (elegir, escoger¹⁰). Los padres de la llamada “escuela italiana de las élites” son Vilfredo Pareto (1848-1923), Gaetano Mosca (1858-1941) y Robert Michels (1876-1936). Para algunos, resulta “arriesgado e inexacto” hablar de una “escuela”, ya que a las importantes diferencias de pensamiento entre estos autores debe agregarse la inexistencia de algo que pudiera calificarse de “conciencia de pertenencia” a una misma corriente, así como ciertas animadversiones que los enfrentaron¹¹. En cambio, numerosos comentaristas concuerdan con James Burnham (1945) en la existencia de una “escuela política maquiavélica” integrada por Pareto, Mosca, Michels y Sorel¹². Estos pensadores “demuestran la imposibilidad de la democracia ... al contemplar toda separación

¹⁰ El verbo latino *eligere* designaba a ciertas mercancías más preciadas, y en su derivación francesa pasó a denominar a un grupo selecto de personas (María Luz Morán, en Pareto 1987:20)

¹¹ Se ha dicho que la antipatía mutua de Pareto y Mosca se habría originado en la polémica respecto de cuál de los dos empleó por primera vez el término “élite” (María Luz Morán *op.cit.*)

¹² “El maquiavelismo, huelga decirlo, presenta ventajas positivas sobre la obra de Maquiavelo en sí. Sus herederos Mosca, Michels y Pareto, y todos los que deseamos serlo, aprovechamos los conocimientos adquiridos durante 400 años de tradición científica..” (Burnham 1945:107)

entre los líderes y los prosélitos como una negación *ipso facto* de la democracia” (Seymour Lipset, en Michels 1996:37-8). James Meisel también se refiere a los “Nuevos Maquiavelistas” adoptando la expresión de Burnham (Meisel 1975:15)¹³.

Alain Touraine coloca las ideas de Mosca en continuidad con el pensamiento liberal decimonónico: “Si la democracia se define por el origen social de los gobernantes, está muy lejos de ser el gobierno del pueblo, y Mosca, como muchos liberales desde Rousseau (1712-1778), considera contradictorio imaginar un régimen en el que sea el mayor número el que gobierne y la minoría quien obedezca” (Touraine 1995:74). Idéntica observación a propósito de Michels realizan Robert Dowse y John Hughes: “Si se considera que la democracia significa la participación *directa* de las masas en las decisiones, entonces la democracia, tal como ha sido considerada por los teóricos de la democracia de masas desde Rousseau, es imposible” (Dowse y Hughes 1982:434). El liberalismo guarda con la democracia una relación contradictoria: por una parte liberalismo y democracia comparten el rechazo de la autocracia y de todo fundamento del Estado que no sea el de la soberanía popular; pero por otra, los liberales oponen razón con pasión, notables aptos para gobernar con populacho inculto, y en este sentido repugnan la democracia y la participación política de las masas. Luego de la revolución francesa de 1789 y a lo largo de todo el siglo XIX el liberalismo se vuelve de más en más conservador; a comienzos del siglo XX la explosión revolucionaria en Rusia, Hungría y Alemania, desencadenarán la crisis social y la reacción fascista, todo lo cual brindará contexto para la transformación del “maquiavelismo liberal” de Mosca y Michels en “maquiavelismo reaccionario” (Touraine 1995:70-74)

Las ambigüedades, coqueteos y compromisos que signaron las relaciones de estos tres intelectuales con Mussolini y el fascismo italiano, no pueden pasar en silencio. Pareto alabó al gobierno de Mussolini por sus resultados, fue nombrado por éste Senador del Reino de Italia y

¹³ Los “maquiavelistas” no escapan a la aguda pluma de Antonio Gramsci (1891-1937), en el contexto de sus escritos de la cárcel sobre el “Príncipe moderno”. Allí, el prolífico marxista italiano arremete contra las “simplificaciones” de Michels, quien -“pese a que se le considera un especialista en la materia”- confunde la historia de un partido político con “la simple narración de la vida interna”. Cuestiona igualmente a Mosca, quien no hace más que “exponer sin orden” ciertos “elementos de observación empírica” que procura hacer pasar por “tratados de ciencia política” (Gramsci 1977 pp.19, 93 y 116)

colaborador de *Gerarchia*, la revista personal del *Duce*. Creía en la necesidad de un régimen autoritario que salvara a la sociedad, aunque recomendó a Mussolini la conservación parcial de instituciones liberales.¹⁴ Murió cuando el fascismo llevaba en el poder apenas un año, y Mussolini reconoció en él un inspirador y precursor (Borkenau 1941). Mosca tiene con el fascismo una relación contradictoria, ya que se deja seducir por el Mussolini de la Marcha fascista sobre Roma en 1922, pero tres años más tarde firma un “contramanifiesto” -junto a Benedetto Croce y otros intelectuales liberales- en respuesta al manifiesto de los intelectuales fascistas (Albertoni 1992). Michels vivió en su Alemania natal hasta los 30 años, donde se había implicado con fervor en el socialismo y no ocultaba sus simpatías por el sindicalismo revolucionario. En los turbulentos años que siguen a la publicación de su estudio sobre los partidos políticos [1911]¹⁵, cree ver confirmada la hipótesis de las tendencias conservadoras y egoístas de los líderes de cualquier organización política¹⁶. Si las tendencias burocráticas y conservadoras de los partidos eran un subproducto inevitable de la propia organización, ¿cómo opera entonces el cambio social? Michels vuelve la mirada hacia aquellos líderes carismáticos que concitan el apoyo de grandes masas para la realización de proezas inimaginables de no estar animadas del fervor colectivo hacia el líder. Y Benito Mussolini era un líder carismático de esta envergadura. Michels -excluido durante años de cargos académicos en su Alemania natal debido a sus convicciones socialistas- acepta en 1928 la presidencia de la Universidad de Perugia que el *Duce* le ofrece personalmente (Michels 1996:35-6, Michels 1969)¹⁷

¹⁴ “Para Pareto, el fascismo no sólo parecía confirmar sus teorías sino también ofrecer esperanzas de una ‘nueva era’. Que se identificó con el nuevo orden se pone de manifiesto en el hecho de que el 23 de marzo de 1923 aceptó su nombramiento como senador, cargo que se había negado a aceptar del gobierno prefascista”. En carta dirigida a un conocido, escribió que el nuevo régimen era “el único capaz de salvar a Italia de innumerables males “ (Zeitlin 1986:220)

¹⁵ Ese mismo año Frederick Taylor publica su *The Principles of Scientific Management*, coincidencia que algunos encuentran sintomática: la “sociología de las organizaciones” –la organización partidaria en el estudio de Michels, la industrial en el de Taylor- se habría desarrollado en consonancia con la época de las grandes sociedades industriales de comienzos del siglo XX. El argumento es de Maurice Duverger (1983:242)

¹⁶ Recordemos que los líderes del partido socialdemócrata alemán –con mucho el más numeroso e influyente en Europa- abandonan el principio socialista de la paz, alientan sentimientos germanófilos y militaristas y en 1914 llamarán a sus afiliados y al pueblo alemán a apoyar fervorosamente la causa de la guerra; esto sólo puede haber dejado un amargo desencanto en Michels, como en tantos otros socialistas de su generación. Cfr. Claudín 1970:25-39)

¹⁷ Estas son apreciaciones vertidas por Seymour M. Lipset en la introducción a la 1ª ed. inglesa del libro de Michels (The Crowell-Collier Publishing Co., 1962). Escribe Lipset: “Por una ironía de la historia, una de las principales armas intelectuales del arsenal de la libertad, este brillante análisis de la amenaza endémica a la

Pasaremos ahora breve revista de las principales ideas de Pareto, Mosca y Michels; nos detendremos algo más en éste último, ya que –como podrá apreciarse- es el que se ocupa más propiamente del asunto que aquí nos interesa: la dinámica de minorías dirigentes y mayorías dirigidas *al interior* de la organización política.

Pareto y la “circulación de las élites”

Pareto ha sido descrito como un personaje amargado, aislado, poco comprendido y sin discípulos, víctima del rechazo de tres aristocracias: “la del significado feudal o aristocrático que le correspondía por razón de su nacimiento, la del industrialismo burgués con el fracaso de todos sus intentos reformadores en el momento en que ejercía como ingeniero de ferrocarriles en Florencia y, finalmente, el repudio por parte de la aristocracia universitaria” (María Luz Morán, en Pareto 1987:14). Es el primero en realizar una investigación sistemática sobre la “clase elegida” o “élite”; la existencia de clases selectas y no selectas es para Pareto un dato empírico, un punto de partida indiscutido.¹⁸ La inspiración de Nicolás de Machiavelo es notoria, no sólo porque es citado a texto expreso sino -sobre todo- por las “huellas maquiavélicas” reconocibles en numerosas secuencias de razonamiento.¹⁹ En su *Trattato di sociologia generale* -publicado por primera vez en 1916- sustenta la idea de la continua “circulación de las élites”; las aristocracias no duran eternamente, la historia es un “cementerio de aristocracias”, las clases elegidas se alternan. Llama “residuos” a las manifestaciones de los instintos y motivaciones de la acción humana, y “derivaciones” a los modos en que los hombres

libertad, propia de la organización, el mismo instrumento que el industrial debe emplear para manejar su economía y su política, nos ha sido brindado por un hombre que cuando murió apoyaba al gobierno fascista de Italia” (Michels 1996:42)

¹⁸ “Tenemos, pues, dos estratos en la población, es decir: 1º. El estrato inferior, la clase *no selecta*, de la que por ahora no indagamos la acción que puede ejercer en el gobierno; y 2º. El estrato superior, la clase selecta, que se divide en dos, a saber: a) La clase selecta de gobierno; b) La clase selecta no de gobierno” (Pareto 1980:66)

¹⁹ Léase, por ejemplo: “De hecho, quien es favorable a la clase gobernante, si dice que reprueba el uso de la fuerza, en realidad reprueba el uso de la fuerza por parte de los disidentes que se quieren sustraer a las reglas de la uniformidad; si dice que aprueba el uso de la fuerza, en realidad aprueba el uso que de ella hacen las autoridades para obligar a los disidentes a la uniformidad”, y viceversa: sigue idéntico razonamiento aplicado a quien es “favorable a la clase gobernada” (Pareto 1980:117). Para apreciar la empatía discursiva con Maquiavelo, basta hojear el apartado “De lo que corresponde al príncipe en lo relativo al arte de la guerra” (Maquiavelo 1991:80-83)

disimulan, explican o cambian sus acciones.²⁰ Pero la circulación de las élites no es sólo una constatación histórica de su condición temporal y cambiante, sino un imperativo de sobrevivencia: las “clases selectas” deben renovarse so pena de degenerar y desaparecer. “La clase gobernante” debe ser restaurada en número y calidad, con el aporte de “familias que vienen de las clases inferiores, que le aportan la energía y las proporciones de residuos necesarios para mantenerse en el poder”. Si se produce en tiempo y forma, esta circulación asegura a la élite una “continua y lenta transformación”; en cambio, si se ve impedida por las propias tendencias conservadoras de las configuraciones de poder que éstas constituyen, la élite no se renueva, con lo que su degeneración y decadencia se vuelven inevitables.

La decadencia de la élite gobernante abre una época de revolución; esto ocurre cuando i) la clase elegida circula demasiado lentamente, ii) carece de “residuos” aptos para mantenerse en el poder, iii) acumula elementos decadentes y rehúye el empleo de la fuerza, y iv) crecen en los estratos inferiores “elementos de calidad superior” capaces de ejercer el gobierno, dispuestos a emplear la fuerza y por lo general capitaneados por individuos de las élites (Pareto 1980:71 y ss., Borkenau 1941)

Mosca: la “clase política”

Tanto en Pareto como en Mosca, las élites o clases políticas se constituyen con los vencedores que supieron actuar con eficacia en la lucha social explotando las carencias de sus competidores y la pereza, debilidad y dispersión de la masa gobernada; ambos ven allí un proceso “objetivo”, históricamente necesario y empíricamente indiscutible. Desde muy joven, Mosca se propone un programa intelectual guiado por la firme determinación de realismo y desacralización de mitos; lo real necesita ser develado más allá de lo ideal, ideológico o metafísico. Anida aquí una “profesión de fidelidad a Maquiavelo y a su método, a la cual el estudioso siciliano permanecerá siempre fiel” (Albertoni 1992:63). Mosca tiene apenas 26 años cuando publica *Sulla Teorica dei governi e sul governo parlamentare* [1884]; allí despliega su concepto de

²⁰ Las derivaciones constituyen “razonamientos lógicos” y “sofismas” que responden a la tendencia humana a “añadir desarrollos lógicos a las acciones no-lógicas” (Pareto 1987:38-39). Se trata de una noción muy próxima de la de ideología o mistificación.

“clase política” y reconoce abiertamente la existencia de “minorías organizadas y capaces” como las únicas y verdaderas protagonistas de la historia. En *La clase política* publicado doce años más tarde, su pensamiento se vuelve más consistente y analítico. Allí postula que en toda sociedad existen dos clases de personas: gobernantes y gobernados; la primera es menos numerosa, monopoliza el poder y disfruta de sus ventajas, en tanto la segunda –más numerosa y dirigida por la primera de buen o mal grado- suministra a los gobernantes “...los medios materiales de subsistencia y los indispensables para la vitalidad del organismo político”. La fuerza de la minoría gobernante reside en su capacidad de organización y cohesión: “La fuerza de cualquier minoría es irresistible frente a cada individuo de la mayoría, que se encuentra solo ante la totalidad de la minoría organizada. Y al mismo tiempo se puede decir que ésta se halla organizada precisamente porque es minoría” (Mosca 1984:106 y 110). Su idea acerca de “un continuo trabajo de endósmosis y exósmosis entre la clase alta y algunas fracciones de las bajas” (*op.cit.*p.126) en que se expresa la tendencia hacia el relevo y la renovación, tiene un fuerte aire de familia con la circulación de élites de Pareto. Toda casta hereditaria que monopoliza el poder por derecho, llegó por un acto de fuerza; luego de la conmoción social sobrevino la calma, la consolidación del nuevo poder trajo riquezas para sus miembros, y de allí en más la riqueza asegurará el mantenimiento del poder que la había generado. Los nuevos integrantes de la clase política van adquiriendo espíritu de cuerpo, aprenden “el arte de monopolizar en su beneficio las calidades y actitudes necesarias para llegar al poder y conservarlo”, y con el tiempo “...se forma la fuerza conservadora por excelencia, la de la costumbre, por la cual muchos se resignan a estar abajo, y los miembros de ciertas familias o clases privilegiadas adquieren la convicción de que para ellos es casi un derecho absoluto estar arriba y comandar” (*op.cit.* pp.115 y 129-130)²¹

Michels: la “ley de hierro de la oligarquía”

²¹ Cfr. Carlos Real de Azúa explica la fortaleza y estabilidad de las élites por la existencia de ciertos “índices de uniformidad” que la indagación debe determinar si son efectivamente “unitarios, comunes, identificadores”. Estos índices o “factores conformadores” de la élite gobernante son: i) el origen social, ii) las bases de sustentación económica, iii) la composición étnica, iv) el modo de reclutamiento, v) las habilidades requeridas para ingreso y promoción, vi) los tipos de carreras indicadoras de prestigio, vii) la cultura, viii) la ideología, ix) el estilo de vida, x) los “contactos físicos y sociales”, xi) la estructura y organización del poder. El autor señala también la posibilidad de que estos “factores de unificación” representen un obstáculo para “la formalización de una cima real”, ya que la excesiva homogeneidad se contradiría con la necesidad –dictada por las complejidades de la sociedad moderna- de “desplegarse en subgrupos dirigentes especializados” (Real de Azúa 1987)

Michels trae de su Alemania natal una corta historia intelectual doblada de pasiones políticas hondas y radicales; en 1907 ingresa a la vida académica italiana y en 1921 adopta la ciudadanía de ese país. Con base en un amplio trabajo de investigación de la socialdemocracia alemana, muestra la existencia de una oligarquía constituida por antiguos trabajadores manuales convertidos en funcionarios y profesionales políticos de tiempo completo. Esta oligarquía tiene un carácter “fatalmente necesario”: es un subproducto de la propia democracia²². Su teoría de la organización y el poder internos de partidos, sindicatos y asociaciones de tipo democrático en general, reposa sobre una doble base: i) la existencia de una “ley de hierro de la oligarquía” que da cuenta de la condición siempre minoritaria de quienes toman las decisiones en dichas organizaciones, y ii) el surgimiento de liderazgos es constitutivo de toda forma de vida social. Para Michels, los modernos partidos políticos deben disponer de dirigentes profesionales estables; pero sucede que esta profesionalización cava un foso infranqueable entre elegidos y electores, mandatarios y mandados, miembros todos de la misma organización. En suma, *el propio desarrollo democrático aleja una y otra vez toda posibilidad efectiva de democracia*. Notoriamente, Michels no acepta de buen grado la condición oligárquica que encuentra presente en toda forma social; se pregunta si la democracia no es acaso un ideal que pretende reivindicar cierto “contenido de realidad”, y que sirve para medir “el grado de oligarquía inherente a todo ordenamiento social”. Tal vez la oligarquía sea inevitable, parece decirnos Michels; pero ello no exime a los partidarios de la democracia del deber de combatirla: éste es un sesgo propio de Michels, que lo opone al señorial pesimismo de Pareto y al cinismo de Mosca (Albertoni 1992).

²² Weber reflexiona en torno a la cuestión de la organización partidaria en términos muy próximos de Michels (se ha dicho por otra parte que ha sido en buena medida influido por éste). El partido moderno es fundado por “un núcleo de elementos interesados” que cuida de su financiamiento, elabora un programa, y aun en los partidos de masas más democráticos –que requieren un “extenso funcionalismo retribuido”- la masa no participa de la determinación del programa ni de los candidatos, decisiones que se encuentran “inevitadamente en manos de minorías”. En general, los partidos son al tiempo “organizaciones patrocinadoras de cargos” y “partidos de ideología” que se proponen “la implantación de ideales”. El trabajo regular del partido tiende a la “organización burocrática”, en manos de funcionarios cuyos intereses –materiales e ideales- coinciden con “la ampliación del poder del partido”, lo que puede llevarlos a someterse fácilmente a “una personalidad de jefe vigorosamente demagógica” (Weber 1944). Esta cuestión podría sin duda discutirse más ampliamente, en el contexto de la atención que Weber dispensa al desarrollo de la organización burocrática moderna; para el autor, la tensión entre el carácter democratizante de la selección de personal con criterios universalistas propio del Estado moderno por una parte, y la acumulación de privilegios por los funcionarios del poder administrativo por otra, constituye una contradicción intrínseca al desarrollo de las sociedades modernas, e insoluble en el marco de las mismas (Giddens 1977: 291-299)

Michels resume la ley sociológica fundamental de los partidos políticos en estos términos: “La organización es la que da origen al dominio de los elegidos sobre los electores, de los mandatarios sobre los mandantes, de los delegados sobre los delegadores. Quien dice organización, dice oligarquía” (Michels 1996:189). Para demostrar su tesis, Michels acomete un minucioso análisis del funcionamiento de los partidos socialistas europeos en los albores del siglo XX. Pretende así mostrar el carácter objetivo -“más allá del bien y del mal”- de este proceso oligárquico, puesto que ocurre precisamente en una organización que ha hecho causa de la ampliación de la democracia, el sufragio universal y la participación popular en las instituciones económicas y políticas; puede entenderse fácilmente que la demostración de la existencia de tendencias oligárquicas en el seno de un partido conservador habría sido mucho menos sugestiva.²³ En palabras del autor,

“...La aparición de los fenómenos oligárquicos en el propio seno de los partidos revolucionarios es una prueba terminante de la existencia de tendencias oligárquicas inmanentes en todo tipo de organización humana que persigue el logro de fines definidos” ((Michels 1996:56)

Con ello, Michels sustenta el carácter *necesario e independiente de la voluntad de las personas involucradas*, que inviste a la conformación de las oligarquías partidarias. Es que todo partido grande debe constituir una estructura burocrática jerárquica con personal especializado y enteramente dedicado a la gestión. El precio –inevitable- de esta organización racional es la concentración del poder en el personal jerárquico y la pérdida de influencia de los miembros llanos. *El cumplimiento de las funciones propias del liderazgo, hace que los dirigentes accedan a recursos de conocimiento y de control de los medios de comunicación con los demás miembros, y desarrollen destrezas políticas tales como pronunciar discursos, escribir artículos, gestionar recursos materiales y simbólicos, organizar actividades diversas*. Todo ello termina colocando a los individuos situados en la cumbre de la organización en posición de ventaja inalcanzable para los demás miembros. En pocas palabras, la consolidación organizativa del partido trae también la cristalización de una estructura oligárquica que ahoga el principio

²³ Entre otras críticas a Michels, escribe Maurice Duverger: “Ilustrando a todas luces la tendencia oligárquica en los partidos socialistas y los sindicatos obreros, el conservador Robert Michels ha hecho olvidar que ella es mucho más fuerte en las organizaciones no democráticas” (Duverger 1983:246-7)

democrático básico en el mismo acto de erigirse en garantía de la permanencia de la organización; y si debe verse allí la “consecuencia de una necesidad orgánica”, es dable esperar que esto suceda en *todas las organizaciones*, sean éstas conservadoras, socialistas o anarquistas.

Por otra parte, esto sólo tiene lugar en tanto y en cuanto las masas son incapaces de participar de la toma de decisiones, tienden a la pasividad, y experimentan una necesidad de liderazgo que termina siempre imponiéndose:

“Aunque circunstancialmente proteste, la mayoría está en realidad encantada de encontrar personas que se tomen la molestia de atender las cuestiones. En la masa, y aun en la masa organizada de los partidos laborales, existe una necesidad inmensa de dirección y guía” (Michels 1996:97-8)

La “incompetencia perpetua de las masas” lleva a reconocer que coexiste en la democracia una tendencia *ideológica* hacia la crítica y la fiscalización de los líderes, y una tendencia *efectiva* a la complejidad y diferenciación de partidos basada en la profesionalización de una minoría. La “inmadurez objetiva” de la masa no es un fenómeno transitorio, discurre el autor; se equivocan los socialistas que niegan las tendencias oligárquicas atribuyendo los liderazgos fuertes y la pasividad de los más a la juventud e inexperiencia del movimiento, a la vivencia secular de la opresión y el sojuzgamiento, etc., e imaginando que con la conquista del poder por los socialistas, las masas recuperarán la capacidad necesaria para el autogobierno.

Una empresa desesperada

Por momentos, la reflexión de Michels se muestra sombría y pesimista; el autor siente estar describiendo una evolución histórica ciega y sorda, que “se burla de todas las medidas profilácticas adoptadas para prevenir la oligarquía” y que se encuentra en las antípodas de los ideales socialistas de democracia radical que él había abrazado en su juventud. En el prefacio a la edición de 1915, Michels sostiene: “La democracia ha encontrado obstáculos, no sólo impuestos desde afuera, sino que surgen espontáneamente desde adentro. Quizás estos obstáculos no puedan ser superados ni allanados sino en parte” (Michels 1996:8). Los procesos de conquista, transformación gradual y ahogo de la democracia se muestran a ojos de Michels

como un espectáculo “a un tiempo alentador y depresivo”, y en las palabras finales de su libro prevalece la desazón: “Es probable que este juego cruel continúe indefinidamente”²⁴. Sin embargo, no haríamos justicia a su inteligencia –ni a la dialéctica de su pensamiento- si no nos detuviéramos un momento en estas otras palabras, igualmente incluidas en sus consideraciones finales:

“Sería erróneo extraer de esta cadena de razonamiento y de estas convicciones científicas la conclusión de que debemos renunciar a todo esfuerzo por fijar los límites a los poderes ejercidos sobre el individuo por las oligarquías (...) Sería un error abandonar la empresa desesperada de esforzarse por descubrir un orden social que haga posible la realización completa de la idea de la soberanía popular” (Michels 1991:192)

En otros pasajes del texto se encuentran abundantes alusiones a los difíciles obstáculos que encuentra la democracia efectiva, sin por ello negar totalmente la posibilidad de su realización ni claudicar en el esfuerzo por imponer límites al poder de las oligarquías sobre los individuos de la masa.

James Burnham -autoerigido en vocero fervoroso de los “maquiavelistas”- despliega una subida interpretación antidemocrática de las ideas de Michels sin duda polémica, pero animada también de una inquietante racionalidad. Para el analista norteamericano, las tendencias oligárquicas que descubre Michels en los partidos modernos tienen tal fuerza de ley, que la teoría democrática no ha podido ignorarlas, y procura subsumirlas mediante la “teoría de la representación”, con la cual se pretende explicar que “...el grupo o la organización sigue gobernándose a sí mismo, pero ese gobierno se realiza por medio de representantes”. Esta teoría es para Burnham “de una simplicidad sospechosa”, ya que la soberanía “...debiera ser el bien exclusivo de las masas, no puede delegarse (...) La única cosa que el soberano no puede delegar es su propia soberanía”, y si esto sucede es que la soberanía, lisa y llanamente, ha cambiado de manos (Burnham 1945:181-5)²⁵

²⁴ “La gran mayoría de los elitistas concluyen su búsqueda en este tono de desaliento; son, en su mayor parte, liberales o demócratas desilusionados; Robert Michels fue un socialista desengañado” (Meisel 1975:16)

²⁵ La imposibilidad de la democracia se desprende de un argumento más drástico aun: el carácter indispensable de los líderes de toda organización importante, indispensabilidad que resulta “...la palanca más fuerte para

Para Irving Zeitlin, el texto de Michels puede leerse como un examen “sereno y franco” de los peligros “oligárquicos” que acechan a la democracia con la finalidad de reducirlos al mínimo. Al tiempo, este autor entiende que Michels no distingue con el debido cuidado las nociones de “dirección” y de “oligarquía”, y en su texto ambos términos parecen intercambiables²⁶. La imposibilidad “técnica” de que las masas se gobiernen a sí mismas demuestra en todo caso la necesidad de una dirección, pero no de una oligarquía. Michels no indica con precisión en qué punto los representantes electos dejan de ser líderes para convertirse en oligarcas, y el propio término de “oligarquía” alude unas veces a la longevidad de una dirección, otras a la aristocracia del saber especializado (Zeitlin 1986:247-264).

Desde las primeras líneas de su introducción al texto de Michels aquí glosado, Seymour Lipset anuncia ruidosamente que la “ley de hierro de la oligarquía” constituye “el argumento político más importante contra el concepto de Rousseau de la democracia popular directa” (Michels 1996:13). Nos permitiremos disentir con este argumento, en el entendido de que no está debidamente justificado. En realidad, *Michels se coloca estrictamente en el orden de preocupaciones rousseauianas* respecto del alcance y limitaciones de la democracia. Más aun, el asunto del que se ocupará largamente Michels se encuentra *formulado con toda claridad* por Rousseau:

“Tomando el término en su acepción más rigurosa, jamás ha existido verdadera democracia, y no existirá jamás. Va contra el orden natural que el mayor número gobierne y el menor sea gobernado (...) Creo poder sentar en principio que cuando las funciones del gobierno se reparten entre varios tribunales, los menos numerosos adquieren tarde o temprano la mayor autoridad; aunque no fuera más que a causa de la facilidad de despachar los asuntos, que los lleva a ello de modo natural” (Rousseau 1991:72)

consolidar su posición, que les permite dirigir los destinos de las masas y no ser dirigidos por ellas, con lo que, como es natural, la democracia sucumbe” (Burnham 1945:189)

²⁶ Si releemos a Michels a la luz de esta observación de Zeitlin, encontramos numerosos pasajes que, efectivamente, traslucen este *quid pro quo*. Por ejemplo: “...la causa principal de la oligarquía en los partidos democráticos habrá de encontrarse en la indispensabilidad técnica del liderazgo”; aquí “oligarquía” y “liderazgo” son perfectamente intercambiables (Michels 1996:188)

No hay lugar en esta exposición para una discusión ponderada de las ideas de Robert Michels. Pero no hemos querido resistir la tentación de dar la palabra a un contemporáneo suyo que polemiza con “el interesante libro del profesor Michels” desde una muy singular perspectiva: la del proyecto socialista protagonizado en Rusia por el partido de Lenin en nombre de la más utópica y radical de las democracias, la sociedad comunista. Se trata de Nicolai Bujarin (1888-1938), bolchevique de la primera hora y teórico marxista prominente, asesinado por el estalinismo en el marco de los “juicios de Moscú” de 1938²⁷.

Seis años antes del estallido revolucionario en la Rusia zarista de 1917, Robert Michels había escrito:

“Nada podría ser más anticientífico que la suposición de que tan pronto como los socialistas hayan logrado conquistar el poder gubernamental, ello bastará para que las masas ejerzan una pequeña fiscalización sobre sus conductores, a fin de lograr que los intereses de éstos coincidan perfectamente con los de los conducidos” (Michels 1991:191)

Cuando Bujarin publicaba su *Teoría del Materialismo histórico* [1921] la joven revolución bolchevique había “logrado conquistar el poder gubernamental” y pretendía –todavía– que las masas de obreros, campesinos y soldados organizados en consejos de deliberación y decisión ejercieran una “fiscalización sobre sus conductores”. Michels había escrito: “Pueden triunfar los socialistas, pero no el socialismo, que perecerá en el momento en que sus adherentes triunfen” (Michels 1996:178), y con esta idea discute Bujarin. Para el marxista ruso, Michels no tiene en cuenta que la constitución de estratos especializados es propia de las sociedades de clase²⁸, y que en la sociedad comunista las fuerzas productivas han alcanzado un alto grado de desarrollo, por tanto “no hay base económica para la creación de una clase dominante

²⁷ En febrero de 1988, a cincuenta años de su condena y ejecución por “traición”, el tribunal supremo soviético revocó el veredicto y rehabilitó su figura.

²⁸ En la introducción a un texto de Marx, escribe Federico Engels acerca de la historia de las revoluciones: “Una minoría dominante era derribada, y otra minoría empuñaba en su lugar el timón del Estado y amoldaba a sus intereses las instituciones estatales. Este papel correspondía siempre al grupo minoritario capacitado para la dominación y llamado a ella por el estado del desarrollo económico y, precisamente por esto y sólo por esto, la mayoría dominada, o bien intervenía a favor de aquélla en la revolución o aceptaba la revolución tranquilamente” (Marx s/f:117-8)

particular”. En otros términos, toda posición administrativamente dominante ha sido “una envoltura de la explotación económica”, explotación que es abolida en la sociedad comunista, donde la administración social consistirá en “el poder de los especialistas sobre las máquinas, no sobre los hombres”. Y respecto de la –supuesta- incapacidad de las masas para gobernar, escribe Bujarin:

“Lo que constituye una categoría eterna en la argumentación de Michels, es decir la ‘incompetencia de las masas’, desaparecerá porque esta incompetencia no es, de ninguna manera, un atributo necesario de todo sistema; es también el producto de las condiciones económicas y técnicas, que se expresan en la condición cultural general y en las condiciones educativas existentes. Podemos afirmar que en la sociedad del futuro existirá una superproducción colosal de organizadores, la cual anulará la *estabilidad* de los grupos dirigentes” (Bujarin 1974:387)

La discusión con Michels se ha visto opacada por el estigma de simpatizante de Mussolini que pesa sobre su memoria. Pero más que su memoria, nos interesaba rescatar el filo polémico de sus ideas acerca de la constitución inevitable de élites al interior de las organizaciones socio-políticas. Numerosas discusiones apenas insinuadas aquí quedan irremediabilmente fuera de la exposición, cuyo formato nos obliga a dar por cerrado el recorrido por la “escuela de las élites”.

Recapitulemos brevemente. En el apartado anterior nos asomábamos a la “descripción científica” de la “psicología de multitudes” que circulaba en los medios intelectuales de la vieja Europa desde la segunda mitad del siglo XIX; estos análisis daban cuenta racional de una fuerte sensación de época: la civilización moderna debía contar –de buen o mal grado- con la presencia de las “clases peligrosas”. En los años del cambio de siglo, los “maquiavelistas” agregaban a aquella resignación una certidumbre que cada uno de ellos tematizaba desde sensibilidades diferentes: las élites gobernantes guardaban el secreto de la eterna juventud, el autogobierno de las masas nunca dejaría de ser una utopía. A mediados del siglo XX, el sufragio universal, la sociedad de masas y los “actores colectivos” se incorporaban durablemente al paisaje de las democracias occidentales. La “era de las multitudes” sería también la época de los movimientos sociales, herederos de las viejas corporaciones, los sindicatos y las sociedades de mutuo socorro. Estos modernos protagonistas socio-políticos se constituirían pronto en objeto de

estudio de las más diversas perspectivas cobijadas por las ciencias sociales, y muy especialmente la sociología. De esto nos ocuparemos renglón seguido.

La sociología de los movimientos sociales

La sociología de los MS ha procurado pensar su objeto del modo que le es propio como disciplina: colocándolos en los contextos de la génesis y desarrollo de las sociedades modernas. En este sentido, la disolución de la tradición y la comunidad, por una parte, y la conformación de sociedades de masas atomizadas y proclives a sentimientos de alienación y ansiedad por otra, han sido tematizadas –desde perspectivas diversas– en tanto anverso y reverso de un único proceso histórico-social. Recientemente, investigadores sociales de renombre como Manuel Castells han querido ver en los MS contemporáneos, “trincheras de resistencia” a la “desidentificación” secretada por nuestras sociedades contemporáneas (Castells 1998). El sociólogo español propone que los MS pueden clasificarse empleando una sencilla tipología de identidades, que daría las siguientes “trincheras de resistencia”: i) la *identidad legitimadora*, es aquella inducida desde el poder con el fin de extender su racionalidad frente a los actores sociales, y contribuye a consolidar la hegemonía (típicamente, movimientos populistas como el peronismo); ii) la *identidad de resistencia*, desarrollada por actores sociales en posición devaluada o estigmatizada, tiende a la formación de comunidades que excluyen a los excluidos (negros y otras minorías perseguidas); iii) las *identidades proyecto* son aquéllas que redefinen no sólo la posición del propio grupo ante la sociedad sino que buscan una transformación global de ésta; la construcción de una identidad diversa implica no sólo al grupo o movimiento social involucrado sino a la sociedad toda (movimiento feminista, ecologistas). Como puede verse, el razonamiento de Castells parte de la problemática “clásica” de comunidad, sociedad y anomia –cara a los fundadores de la sociología– para montar un artefacto conceptual apto para describir y clasificar los movimientos sociales²⁹.

²⁹ Desde el campo de la psicología social se ha asociado estos procesos con la disponibilidad de los individuos para ser movilizados por programas totalitarios articulados con discursos demagógicos sobre la recuperación de la mítica comunidad perdida. La vida moderna erosiona incesantemente los lazos sociales, las colectividades son atomizadas y se reconstituyen bajo forma de “multitudes inestables” y “ávidas de sumisión”, y es esta “miseria psicológica de las masas” que prepara el terreno para la emergencia de “...líderes prestigiosos o carismáticos, que tienen vocación de agrupadores, recrean fuertes vínculos comunes” (Moscovici 1985:13)

En lo que respecta al “lugar” que ocupan en las sociedades modernas, los MS constituyen modalidades de intervención en el espacio público por parte de grupos que –por las razones más diversas- encuentran dificultades para expresarse en las urnas, en los medios de comunicación, ante las autoridades políticas e institucionales, etc. ¿Cuáles son las características que distinguen a los MS de otros tipos de acción colectiva? Parece haber consenso al menos respecto de dos atributos centrales. Por una parte, se enfatiza el carácter voluntario, deliberado, de la acción colectiva que comparten los miembros del MS; esta convergencia voluntaria cristaliza por lo general en la articulación de un proyecto común destinado a modificar en algún sentido las vidas de los involucrados, sea de modo puntual y localizado, sea con alcance global y revolucionario, sea un matiz intermedio. Por otra parte, la actividad del MS se despliega contra algún adversario visualizado como obstáculo principal – o interlocutor válido- para el logro de las metas comunes: el gobierno, el empleador, las autoridades locales, cierta institución, etc. Esta segunda característica alentaría la tendencia histórica a la politización de los MS en sentido estricto, es decir, su tendencia a referirse cada vez más al Estado como interlocutor para la consecución de sus objetivos. La complejización creciente de los canales de negociación de los diversos asuntos sociales en las democracias modernas, a menudo impide identificar “quién decide” o a quién dirigirse, y los MS optan por golpear a la “ventanilla” siempre visible: las autoridades políticas al frente del Estado (Neveu 1996).

Alain Touraine distingue tres modalidades de acción colectiva: las conductas colectivas, las luchas y los movimientos sociales. i) Las conductas colectivas constituyen el efecto de la descomposición social, y son esencialmente reactivas y defensivas; es el caso de la defensa sindical de calificaciones y remuneraciones. ii) Las luchas no son respuestas sino iniciativas - aunque puntuales y limitadas- dirigidas contra autoridades administrativas o propietarios, y que terminan con el éxito o fracaso de la demanda. iii) Los movimientos sociales disputan el control de modelos culturales, y constituyen una acción conflictiva duradera que pugna por transformaciones institucionales o aun por la ruptura del sistema político; notoriamente, se trata de movimientos tales como el feminismo, ciertas luchas autonomistas y regionalistas, el ecologismo, etc. (Touraine 1984:93-106) Manuel Castells, por su parte, sostiene que los

movimientos sociales “...no son agentes del cambio social estructural, sino síntomas de resistencia a la dominación social, aun cuando, en su esfuerzo por resistir, produzcan efectos importantes en las ciudades y las sociedades”. El investigador catalán describe ciertas características comunes a todos los “movimientos sociales urbanos” que permean su considerable heterogeneidad: i) estos movimientos se consideran a sí mismos como relacionados con la ciudad o la comunidad; ii) están basados en la localidad y se encuentran “territorialmente definidos”; iii) tienden a movilizarse en torno a tres objetivos centrales: consumo colectivo, identidad cultural y autogestión política (Castells 1983:443-4)³⁰.

Los MS están lejos de agotarse en la pura expresividad espontánea: antes bien, su sobrevivencia -y aun el logro de sus reclamos- dependen en gran medida de su eficacia organizativa. Cuanto más estructurado, jerarquizado y “burocratizado” se encuentre un MS, tanto mayor será su capacidad de interlocución y su eficacia en el logro de conquistas. Entretanto, la naturaleza y el “sentido” de estos MS han sido pensados desde perspectivas muy heterogéneas, lo que nos obliga a una revisión somera de los principales enfoques y conceptualizaciones; este recorrido nos permitirá identificar los puntos de disenso en lo tocante al “lugar” y roles desempeñados por estas formaciones colectivas.

La omnipresente lucha de clases

La problemática de los MS ha estado fuertemente presente en el ancho cauce de autores que se reclaman marxistas. Sin embargo, los propios postulados doctrinarios de esta corriente conllevan una dificultad teórica para la conceptualización específica de estas manifestaciones colectivas. El enfoque de la lucha de clases habilita una tendencia reduccionista que hace de toda acción social o movimiento colectivo una expresión de relaciones de fuerza entre clases, relaciones que a su vez tienen por marco la formación social concreta, y ésta a su turno se encontraría determinada en última instancia por el modo de producción dominante, etc. De este

³⁰ En su monumental investigación empírica, Castells no trata de los MS en general, sino que se propone “...comprender la interacción de los movimientos urbanos con las formas y funciones urbanas; cómo evolucionan estos movimientos; porqué producen efectos sociales y espaciales distintos y qué elementos explican su estructura interna y su trayectoria teórica” (Castells 1983:21)

modo, la especificidad de los MS naufragaría en una suerte de círculos concéntricos de determinación causal que los deja reducidos a la condición de síntoma o manifestación epifenoménica³¹. Recojamos las precisas palabras de un investigador argentino sobre el asunto:

“Reducción ... implica considerar cada invocación de sentido como mera expresión, en un ámbito dado, de una sola y fundamental lucha emancipatoria, a la cual, en última instancia, todas las otras relaciones de oposición son subsumibles –de modo tal que la pertinencia de sus contenidos específicos y la legitimidad de los actores autónomos es, en el mejor de los casos, siempre precaria” (Palermo 1987:143)

La mirada funcionalista

La perspectiva funcionalista “clásica” predominó indiscutidamente en los EE.UU. hasta entrados los '70. Siguiendo a Smelser (1962), los comportamientos colectivos englobados bajo la denominación de movimientos sociales constituyen respuestas excepcionales, irracionales y “cognitivamente inadecuadas” a las tensiones emergentes de los procesos de modernización. Este enfoque supone que estos movimientos reactivos son fenómenos transitorios, y si las élites modernizadoras defienden con inteligencia y eficacia las instituciones emergentes del proceso, aquellas resistencias tenderán a desaparecer. En este sentido, resulta muy sugestivo el cuadro crítico del funcionalismo que traza la investigadora norteamericana Margit Mayer:

“Estas teorías [funcionalistas], a menudo políticamente preocupadas por alertar acerca de los peligros del ascenso de movimientos sociales autoritarios, han empleado la categoría ‘movimiento social’ para englobar

³¹ Numerosos autores de procedencia marxista han reflexionado en torno a estas insuficiencias teóricas del marxismo clásico: “...Habría que inventar una categoría que defina este antagonismo social que tiene en juego el modo de producción, acumulación e inversión, pero que no cuenta con las clases como actores, en el sentido que se atribuye al término en la tradición del pensamiento social” (A.Melucci, *in* Touraine 1991:35). Para Tilman Evers, la teorización marxista sólo abarcó adecuadamente a la economía política, por lo que “...tal vez sea necesario otro Marx para reflexionar sobre los problemas como patriarcalismo, psicología de la dominación, conciencia y acción humanas, lenguaje...” (Evers 1984:27). Herbert Marcuse señalaba provocativamente ya desde los primeros años '60 que los mayores desafíos al orden establecido vendrían de los estudiantes, los negros, los grupos minoritarios en general, y ya no de los trabajadores, comprometidos -según él- con el *statu quo* (Marcuse 1968). Por último, Manuel Castells expresa: “De poco nos sirvió nuestra propia matriz intelectual, la tradición marxista, en el momento de aventurarnos en el movedizo terreno de los movimientos sociales urbanos”. Y también: “...Aunque las relaciones entre las clases y la lucha de clases son fundamentales para comprender el conflicto urbano, no son, en modo alguno, la única fuente primaria del cambio social urbano. El papel autónomo del Estado, las relaciones entre los sexos, los movimientos étnicos y nacionales, y los movimientos que se definen a sí mismos como ciudadanos, son algunas de las demás fuentes alternativas del cambio social urbano” (Castells 1983:396 y 389 respectivamente)

tanto a movimientos fascistas como comunistas, tanto a movimientos regresivos como emancipatorios. La similitud en los comportamientos ‘aberrantes’ autoritarios de todos ellos se debería a que se desarrollan fuera de los consensos nacionales (por ejemplo la Guerra Fría) y de las instituciones establecidas, por lo que escapan a la regulación de las normas sociales vigentes. Los actores de estas políticas no institucionales son elementos marginales y alienados de la sociedad” (Mayer 1995:171)³²

Enrique Laraña señala cierta afinidad teórica entre los enfoques funcionalistas de los movimientos sociales, y aquella perspectiva que –en la huella de Le Bon, Tarde y Freud– considera a las masas integradas por actores irracionales, ciegos y “primitivos”. Por su parte, los diversos enfoques interaccionistas permitirían visibilizar la capacidad de los MS para crear nuevas normas y significados sociales, para contribuir a la emergencia de nuevas instituciones. Además, desde la perspectiva del interaccionismo simbólico los movimientos sociales, lejos de constituir comportamientos reactivos, se muestran como constructores de su propio sentido y razón de existencia a través de “la negociación, la interacción y el conflicto entre elementos diferentes” (Laraña 1999:78). Esta dimensión de su existencia no tiene ningún interés para los abordajes funcionalistas, absorbidos como están por los problemas de la reproducción de la estructura normativa y por las “disfunciones” e “irracionalidades” que representan ciertos comportamientos colectivos.

Individuo y movimiento

La cuestión de las condiciones que circunstancian la participación individual en un MS es un importante tópico en la literatura especializada. Por ejemplo, Hirschman (1977) propone una tipología de comportamientos o modalidades típicas de relación entablada por los participantes individuales con el movimiento: la defección silenciosa de quien cambia de proveedor o no renueva la cuota de suscripción expresando así pasivamente su descontento; la fidelidad de quien justifica o esconde las debilidades del movimiento en aras de una adhesión de principio,

³² La traducción es mía. La cita textual dice: “These theories, while often politically preoccupied with preventing a rise of authoritarian (or otherwise alarming) mass movements, used the category ‘social movement’ to encompass fascist movements as well as communist ones, regressive ones as well as emancipatory ones. In each case, the defining feature of the ‘aberrant’ behavior is that it occurs not only outside the national consensus (for example the Cold War), but also outside established institutions, and that it does not follow prevailing social norms. The actors for this noninstitutional politics are the backward, marginal, alienated elements of society” (Mayer 1995:171)

y la toma de la palabra de quien protesta activamente contra las carencias o defectos del servicio o asociación en cuestión. El modelo de análisis de Hirschman seduce por su pragmatismo, pero su excesiva simplificación ofrece apenas un instrumento clasificatorio de conductas individuales que poco y nada nos dice sobre la naturaleza y razones de existencia de los MS en cuanto tales.

La publicación de *La lógica de la acción colectiva* de Mancur Olson en 1965 constituiría un hito en la influyente perspectiva que postula actores racionales que conocen siempre sus intereses y actúan en consecuencia. Años más tarde, el autor publicaba en un capítulo de otro libro de su autoría³³, un resumen de las principales ideas defendidas en aquella obra (el texto aquí consultado es una reedición de dicho capítulo, en una recopilación de autores en ciencia política hecha por la misma editora del texto de 1965). Allí, Olson explica lo que constituye a su criterio una paradoja central de la acción colectiva: la falsedad del supuesto corriente según el cual los miembros de un grupo cualquiera actúan a favor de sus intereses comunes con sólo ser conscientes de los mismos. “...El hecho mismo de que el objetivo o el interés sea algo común al grupo y compartido por éste, lleva a que las ganancias conseguidas mediante el sacrificio que realice un individuo para servir a la meta común sean compartidas por todos los miembros del grupo” (Olson 1992:204). Quien sacrifique tiempo y dinero por la consecución del interés común, obtendrá –en caso de resultar exitoso- una participación diminuta en los beneficios, que por otra parte será idéntica a la de quienes no hayan contribuido en nada al esfuerzo común. Por tanto, debe concluirse que en los grandes grupos compuestos por individuos racionales, éstos *no actuarán en favor de los intereses grupales*. En apretada síntesis, el modelo olsoniano se funda en la racionalidad del *free-rider* que espera beneficiarse de los frutos de la acción colectiva sin participar de ella. Con la noción de “incitación colectiva”, el autor alude a un despliegue de técnicas destinadas a bajar los costos de la participación o a aumentar los de la inacción: la asociación que estimula a sus adherentes con servicios jurídicos u otros, el sindicato que logra que la adhesión sea prerequisite para el empleo, etc. El “dilema del prisionero”³⁴ –metáfora dilecta de la perspectiva de la *rational choice*- ilustra claramente la

³³ Se trata de *Auge y decadencia de las naciones*, Ariel, Barcelona 1985, pp.32-55 (ref. en nota al pie de página en Olson 1992:203)

irracionalidad colectiva resultante de la sumatoria de decisiones individuales racionales, tópico recurrente en esta perspectiva. En los '80, los trabajos de economistas como Gary Becker y James Buchanan llevaban a su máxima expresión los análisis de un actor racional reducido a la condición de *homo economicus* que calcula el rendimiento de los recursos invertidos en la acción colectiva. Alessandro Pizzorno aplica expresamente el razonamiento de Olson respecto de una racionalidad política basada en beneficios individuales aun en organizaciones como los partidos, donde se encuentran “...individuos que tienen intereses objetivos en común pero que evalúan en términos individuales lo que van a hacer” (Pizzorno 1988:313)

Alcance y limitaciones del *free-rider*

Algunos han reflexionado en torno a las posibles derivaciones de la perspectiva olsoniana en el estudio del comportamiento de las élites partidarias, cuyos miembros persiguen, por lo general, ganancias personales –económicas o de *status*- que compensen su inversión en actividades partidarias, deben competir por el apoyo de los miembros llanos, a menudo se ven llevados a “buscar fines colectivos considerados como el precio que han de pagar por conseguir sus propios fines específicos”, deben montar estrategias destinadas a ganar votos, etc.³⁵ (Dowse & Hughes 1982:441-449). Podría establecerse aquí un “puente” entre la lógica olsoniana y la teoría de las élites de los “maquiavelistas” (ver *supra*).

Fernando Aguiar (1991) explica la lógica de Olson subrayando la tesis del decrecimiento del incentivo individual para cooperar en el logro del bien público reivindicado por cierto MS,

³⁴ Dos prisioneros sin comunicación entre sí son sospechosos de haber cometido el mismo crimen. Si ambos confiesan, sólo deberán cumplir 10 años de una pena total de 20; si ninguno confiesa, sólo se los podrá condenar a 5 años; pero si uno confiesa y el otro no, el primero queda libre en premio a su arrepentimiento y el otro es condenado a 20 años. La conducta racional orientada al logro de la pena mínima, sólo consigue –en el mejor de los casos- evitar la máxima; la racionalidad individual conduce irremediablemente a una paradoja irracional, al imposibilitar que ambos elijan la alternativa más favorable: declararse inocentes.

³⁵ El razonamiento no se aplicaría para organizaciones pequeñas alejadas del poder y que sobreviven en virtud –sobre todo- de compromisos ideológicos.

según se consideren grupos de pertenencia cada vez más grandes³⁶. Aguiar observa que una debilidad importante del argumento olsoniano reside en la consideración de un cálculo costo-beneficio que presupone individuos aislados y por tanto no tiene en cuenta los comportamientos estratégicos *relacionales*. Este autor propone la teoría de juegos para mejorar la capacidad explicativa del modelo del *free-rider*; al comienzo de cada juego, cada uno de los jugadores conoce las estrategias elegidas por los demás en el juego anterior, y si cierto número de ellos cooperó, otros podrán sentirse tentados de hacerlo, en el supuesto –razonable– de que las conductas de cooperación se reiterarán. En la misma dirección apunta el “individualismo metodológico” de Jon Elster, que expresamente inspirado en la perspectiva de Olson, discute los problemas de la acción colectiva desde la perspectiva del cálculo individual de beneficios, y propone una “tecnología de la acción colectiva” que considere las interacciones entre beneficios individuales y cooperación universal. “...Los actores racionales, egoístas y orientados hacia los resultados, nunca elegirán cooperar (...). Pero cuando los individuos tienen que decidir en el mismo momento y saben que más adelante tendrán que enfrentarse de nuevo, pueden decidir cooperar en espera de reciprocidad, por temor a la represalia, o ambos” (Elster 1991:148)

La paradoja del modelo olsoniano de la *rational choice* es que parece conducir a un callejón sin salida: llevado al límite, el funcionamiento del *free-rider* supone la imposibilidad de que tenga lugar efectivamente cualquier movilización social por reclamos colectivos, y sin embargo la experiencia histórica muestra lo contrario una y otra vez.³⁷ Esta paradoja linda con otra debilidad más esencial de esta corriente: se tiende a pasar por alto que los actores sociales se insertan en estructuras sociales contradictorias y permeadas por una diversidad de intereses; en este sentido, poco tiene para aportar al estudio de los movimientos sociales en tanto *actores*.

³⁶ Olson llama “principio general” a esta tendencia al decrecimiento de las ganancias obtenidas de la acción colectiva según se trate de grupos más grandes: “...el incentivo de la acción de grupo disminuye a medida que aumenta el tamaño del grupo, de modo que los grandes grupos están menos capacitados que los pequeños para actuar a favor del interés común” (Olson 1992:216)

³⁷ Respecto del enfoque del *free-rider*, escribe Castells con cierta ironía: “...Existen tres tipos de actores en la historia: la élite dominante, los creadores de un nuevo orden social y los rentistas de cualquier organización social. A nosotros nos incumbe la cuestión de cómo y por qué se oponen los creadores a los dominantes, y dejamos el estudio del comportamiento de los rentistas a los economistas neoclásicos” (Castells 1983:393)

Numerosos trabajos empíricos –sobre todo en el marco de investigaciones sobre los “nuevos movimientos sociales”, ver más adelante- cuestionan la capacidad explicativa del comportamiento *free-rider* en el movimiento social. En lo fundamental, se argumenta que dadas ciertas condiciones sociales, la importancia del comportamiento *free-rider* disminuye considerablemente (Kim & Bearman 1997, Oegema & Klandermans 1994)³⁸. Las siguientes palabras expresan sintéticamente el principal reproche que se ha dirigido a esta perspectiva: “[Olson] parecería restringir las motivaciones de la acción colectiva a los incentivos materiales; pero ¿qué hay de las miles de personas que han protagonizado huelgas, marchas, tumultos, involucrándose así en la defensa de intereses muy otros que los suyos propios, en los años 1960 y posteriores?” (McAdam, Tarrow & Tilly 1997:147)³⁹

La “movilización de los recursos”

A fines de los '60 y primeros años '70 irrumpen en Norteamérica y Europa los movimientos de universitarios, los negros, el movimiento feminista, los ecologistas, y con ellos la perspectiva de la “movilización de los recursos”. Inicialmente, operó como una suerte de ampliación del *homo economicus* racional que incorporaba al análisis variables históricas y sociológicas.⁴⁰ Si el modelo de la “collective behavior” se preguntaba *porqué* se movilizan ciertos grupos, en los '70 se procurará entender *cómo* lo hacen; este nuevo ángulo de mira inspirará un amplio cauce de investigaciones empíricas destinadas a desentrañar la dinámica de desarrollo, triunfo o fracaso de los movimientos (D.McAdam, J.D. McCarty y M. Zald, 1999; Mc Carthy y Wolfson,

³⁸ “Historicizing interests enables us to show that rational actors will, under specific structural conditions, voluntarily participate in social movements in the absence of selective incentives or disincentives” (Kim & Bearman 1997:90) Léase también: “Our findings question once again the importance of the free-rider problem. Recent social movement theory argues that the free-rider problem is not, in fact, a major obstacle for movements that mobilize through community networks and rely on purposive commitment and solidarity” (Oegema y Klandermans 1994:719)

³⁹ “[Olson] seemed to limit the motivations for collective action to material incentives; but what of the thousands of people who struck, marched, rioted, and demonstrated on behalf of interests other than their own in the 1960s and later?” [la trad. es mía] (McAdam, Tarrow & Tilly 1997:147)

⁴⁰ “Hemos visto aparecer en el mundo hispano una serie de textos que reinterpretan los movimientos sociales desde un cierto individualismo utilitarista, entre las teorías de la movilización de recursos y la elección racional. Tienen interés porque, en su empirismo, se meten en el interior de muchos estudios de caso, y porque denuncian las sobrevaloraciones de algunos estructuralismos y marxismos simplistas” (Villasante 1994:253)

1996). Muy pronto, este orden de intereses de búsqueda se incorporaría a las rutinas de investigación de los trabajos contemporáneos sobre movimientos sociales (Cress & Snow 1996:1089-1109). Colocado inequívocamente en esta perspectiva, Charles Tilly (1991) se pregunta acerca de la conciencia grupal de los intereses comunes, las formas de solidaridad que le dan cohesión, las estrategias que despliega, el papel de los contextos macrosociales en la inhibición o motivación de la protesta, etc. Siguiendo a este autor, la organización de los grupos depende tanto de “sociabilidades voluntarias” (asociaciones) como de “identidades categoriales” no elegidas: ser mujer, negro, obrero, español, etc.; la sociabilidad podrá ser muy intensa si convergen ambas variables.

Como puede apreciarse, el enfoque de la movilización de recursos se desmarca del atomismo individualista presente tanto en la *rational choice* como en la perspectiva de la *collective behavior*. Desde su ángulo de mira, las desigualdades de los grupos en lo tocante a sus capacidades movilizadoras podrían remitirse a las diferencias en la estructuración social y en las “sociabilidades”, y éstas deberían ser investigadas en sus especificidades. Se le ha reprochado en cambio su escaso interés por las ideologías y vivencias de los individuos movilizados, así como cierta debilidad metodológica en la aplicación empírica de los modelos a que dio lugar (Neveu op.cit.)

Los “nuevos movimientos sociales”

Ya sobre fines de los '70 se abre paso un *corpus* de trabajos que tematiza los “nuevos movimientos sociales” (en adelante NMS) surgidos en esa década. La expresión misma terminará por aludir cierto enfoque donde convergen diversos autores europeos: Alain Touraine y su equipo en Francia⁴¹, Alberto Melucci en Italia, Claus Offe en Alemania son los más conocidos, pero también Kriesi en Suiza, Klandermans y Koopmans en los Países Bajos entre muchos otros⁴². Estos trabajos procuran dar cuenta precisamente de la especificidad de los

⁴¹ Sobre todo se trata de una serie de trabajos publicados entre 1978 y 1984, entre los que destaca *El regreso del actor* de 1984, *El movimiento obrero* de ese mismo año (Touraine junto a Michel Wieviorka y François Dubet) entre otros, junto a una miríada de artículos y capítulos de libros, entre los que destaca una importante cantidad de estudios dedicados a América Latina

NMS que eclosionan a fines de los '60: el feminismo, el ecologismo, los estudiantes, los movimientos regionalistas, la contracultura joven, los *squatters*⁴³, los movimientos anti-institucionales de variada índole. La mayor parte de los autores coincide en el señalamiento de ciertas características compartidas por estos NMS: desconfianza hacia la centralización y la delegación del poder, amplia autonomía de las bases, régimen de asamblea permanente, creatividad en las formas de protesta⁴⁴. Las viejas reivindicaciones redistributivas y los reclamos de participación en el poder ceden el paso a la resistencia al control social y a las reivindicaciones “no negociables”. Si el binomio sindicato-partido se asociaba a la antigua estrategia de conquista del Estado, los NMS enfatizarán más bien la reafirmación de la autonomía y la constitución de formas de sociabilidad independientes del Estado. Las antiguas identidades de clase surgidas en la sociedad industrial decimonónica son sustituidas por nuevas problemáticas identitarias que ya no pueden ser aprehendidas del mismo modo: definirse como musulmán, homosexual o ecologista ya no remite inequívocamente a la estructura de clases⁴⁵. Pero es precisamente este aire “contra-cultural”, de reafirmación identitaria y de autonomía respecto del poder político, que induce a analistas como el norteamericano David Plotke a augurar corta vida a movimientos sociales de esta índole⁴⁶. Este autor se pregunta –

⁴² La raigambre europea de esta corriente y la notoria ausencia de norteamericanos puede explicarse –tal vez- por la convergencia de factores que “mitigan” las expresiones colectivas de descontento social en EE.UU.: la posibilidad de una expansión sostenida de la frontera hacia el Oeste, la importancia económica y cultural de los *farmers* y las pequeñas propiedades agrarias, la acendrada ética del individualismo, la composición multiétnica y multicultural de una clase trabajadora conformada por inmigrantes, y la ausencia de partidos socialistas (Laraña 1999:133-4)

⁴³ Así se han llamado los movimientos de ocupantes de viviendas no habitadas, originados en los '70 en el norte de Europa y luego difundidos por todo el viejo continente

⁴⁴ Son los años en que los *sit-in*, las ocupaciones pacíficas de locales y las huelgas de hambre adquieren ciudadanía social en los movimientos contestatarios de las grandes metrópolis de los países industrializados, y más tarde en el resto del mundo.

⁴⁵ No todo es genuinamente novedoso en las teorizaciones que ven la luz en aquellos años: muchos de los análisis de estos NMS se caracterizan por “...una fascinación por el objeto, una impaciencia por teorizar lo inmediato que desemboca a veces en una celebración cómplice de lo novedoso. Así, muchos rasgos asociados a ‘lo nuevo’ se encuentran fácilmente en diversas secuencias de movilizaciones ‘viejas’ “(Neveu 1996:71; la traducción es mía). Otros se preguntan si la novedad no reside en la “mirada” antes que en la realidad: “¿Por casualidad no fue siempre así y es apenas nuestra percepción la que está desordenadamente poniendo al día la realidad?” (Evers 1984:27)

⁴⁶ Plotke cita únicamente a Michel Foucault y Klaus Offe, asumiendo la representatividad de estos autores en la conceptualización europea de los NMS. Esta representatividad es más que discutible para el caso de Foucault – notoriamente inclinado a enfatizar la resistencia a las todopoderosas estructuras de dominación disciplinaria- lo

preocupación ya presente desde el título de su *paper*- qué tienen realmente de nuevo estos NMS, para finalmente concluir:

“Los movimientos exclusivamente centrados en la resistencia (cultural), para los cuales la acción política es sinónimo de reafirmación de la identidad contra la intrusión, no pueden ser duraderos. A lo largo de su corta existencia, se desentenderán de la articulación de las necesidades de sus miembros, y éstos degenerarán rápidamente en un fragmento sectario del movimiento inicial” (Plotke 1995:134)⁴⁷

Los estudios europeos sobre los NMS procuran analizar la constitución de estas identidades colectivas de nuevo cuño centrándose en las relaciones sociales y ya no en actores individuales (Munck 1997). Pero también se buscará comprender la dinámica intersubjetiva que permea estos movimientos; así, se tematiza la implicación emocional que promueve la solidaridad y la reafirmación del sentido de pertenencia, se reelabora la noción de identidad en tanto sentimiento subjetivo de unidad personal. De esta suerte, la problemática de la identidad contribuye a desplazar cualquier perspectiva analítica centrada en los comportamientos racionales estratégicos y los modelos de costo-beneficio para explicar las acciones de los sujetos encuadrados en los NMS⁴⁸.

De las estructuras sociales a los actores colectivos

Estos vientos de renovación teórica de la mano de los NMS soplarían fuerte sobre el aire “objetivista” de que se rodeaba el *homo economicus* olsoniano y las acciones sin actores preconizadas por funcionalistas y estructuralistas. La problemática de los actores colectivos y de la dicotomía “alienación-identidad” remite al estudio de la trama intersubjetiva, de las

que, sumado a la ignorancia de la profusa y matizada teorización de Touraine, Melucci o Castells, desacreditan el enfoque de Plotke.

⁴⁷ “The pure movements of (cultural) resistance, for which politics means only the affirmation of identity against intrusion, could not really exist for long. During their brief existence they would fail to meet the articulated needs of their members, who would rapidly dwindle to a sectarian fragment of the initial movement” (Plotke 1995:134, la trad. es mía)

⁴⁸ La nueva “mirada” sobre los movimientos sociales también lleva a replantear las relaciones entre investigadores e investigados. En su análisis de los movimientos sociales de los '70 en Europa y Norteamérica, Manuel Castells fundamenta la necesidad de colocarse simultáneamente “desde dentro y desde fuera del movimiento”, en el entendido de que el investigador debe asumir la tensión entre el análisis intelectual y la implicación personal militante (Castells 1977:6; Castells 1976)

interacciones y de las acciones situadas antes que a las estructuras objetivas y al sistema social global (Touraine 1987). Tilman Evers reclama cautela teórica: “no sabemos lo que son estos nuevos movimientos sociales”, su realidad cambiante “está huyendo de nuestros modos de percepción y de nuestros instrumentos de interpretación”. El autor sugiere que –al menos en los NMS latinoamericanos- estos movimientos están animados de una búsqueda de identidad autónoma que reacciona contra el paternalismo conservador, la manipulación populista y el vanguardismo iluminado que caracterizó históricamente a muchos grupos y partidos marxistas. Asimismo, los esfuerzos de las dictaduras militares para suprimir la participación política generaron efectos opuestos contribuyendo a la politización de manifestaciones sociales por vivienda, consumo, cultura popular y aun religión. El autor encuentra altamente significativo que el mismo término NMS designe tanto a movimientos latinoamericanos como a manifestaciones sociales surgidas en los países industrializados; las “analogías obvias” entre unos y otros, denuncian la existencia de “factores que se encuentran en las raíces del actual desarrollo social de las sociedades capitalistas”. El potencial de estos movimientos es socio-cultural antes que específicamente político, la “remodelación contra-cultural” a que apuntan es todavía tenue y dispersa, y –a contrapelo de la tesis marxista de la existencia objetiva *a priori* de sujetos colectivos bajo forma de clases sociales- el proceso de constitución de los sujetos es permanente y fragmentado: “...los individuos y los grupos como un todo se constituyen en sujetos de este proceso” en el transcurso de la conformación de nuevos padrones socio-culturales (Evers 1984)

Esta constitución de los sujetos colectivos en el propio curso de desarrollo y actividades del movimiento, es un tópico que ha venido inspirando un sinnúmero de investigaciones empíricas; muchas de ellas se proponen precisamente poner en evidencia las graves limitaciones de los enfoques individualistas centrados en cálculos economicistas de costo-beneficio para explicar el desarrollo y persistencia de los NMS. Valga apenas como muestra, el estudio de Eric Hirsch basado en la observación de una movilización anti-*apartheid* en el *campus* de la Universidad de Columbia durante 1985. El investigador muestra el modo en que el movimiento despliega técnicas militantes destinadas a acrecentar el compromiso y generar implicaciones emocionales que inciten a la solidaridad, trabajando para ello con los pequeños subgrupos de afinidad que componen el movimiento. Hirsch muestra cómo se produce un aumento en la conciencia

colectiva con el progreso de una labor de politización destinada a difundir cuadros de percepción de las injusticias institucionales que han motivado la movilización; las técnicas aplicadas para ello, privilegian los intercambios directos y encuentros cara a cara, facilitados por el espacio de interconexiones que habilita la convivencia en el *campus* universitario. El resultado final de esta labor molecular es el voto unánime de los delegados al Consejo estudiantil reclamando el cese de la participación de la Universidad en ciertos acuerdos de cooperación con instituciones de Africa del Sur. Más tarde, el movimiento es llevado a formas más directas de confrontación que aparecen como condición para el éxito de los reclamos, hasta la realización de una dilatada ocupación de los locales. El autor describe una espiral de acontecimientos que muestran el colapso de la capacidad explicativa del cálculo egoísta de los comportamientos individuales: i) el grupo descubre progresivamente su poder de acción; ii) las tensiones se hacen más explosivas llegando a amenazas de expulsión por parte de las autoridades universitarias, que registran en video a los ocupantes; iii) éstos acrecientan su sentimiento de pertenencia e identificación con la causa en un clima colectivo donde la defección individual es vivenciada como una humillación personal, y iv) la deliberación colectiva por asamblea general compromete fuertemente a los participantes en la persistencia de las acciones decididas (Hirsch 1990).⁴⁹

Touraine: el llamado al sujeto

A medida que los trabajos de los autores de los NMS ganaban consistencia y legitimidad, los análisis tradicionales de los movimientos sociales modernos se constituían en blanco de importantes cuestionamientos. Así por ejemplo, el movimiento obrero en tanto paradigma de movimiento social heredado de la sociedad industrial decimonónica resultaba notoriamente insuficiente y aun obsoleto para dar cuenta de las nuevas modalidades de acción colectiva; por

⁴⁹ Neveu (1996) menciona muchos otros interesantes trabajos de similar envergadura, que lamentablemente no se encuentran disponibles en nuestro medio. A título de ejemplo: 1) en *Freedom Summer* (Oxford Univ. Press, 1988), Dough McAdam despliega las conclusiones de entrevistas a militantes por los derechos cívicos donde aparece la centralidad de los lazos de afectuosidad y camaradería en la minimización de las obligaciones profesionales y familiares. 2) En un artículo publicado en la *Revue Française de Science Politique* (1977:123-154) bajo el título “Economie des partis et rétributions du militantisme”, Daniel Gaxie observa el “efecto sobregenerador” de la intensidad de las satisfacciones personales ligadas al sentimiento de participación en una empresa colectiva pródiga de sentidos, que acrecienta el compromiso militante, evidencia empírica –a su juicio- de las debilidades del enfoque del *rational choice*.

de pronto, éstas ya no eran necesariamente sinónimo de cambio social revolucionario ni de contenidos programáticos globalmente emancipadores⁵⁰. Los NMS debían explicarse como sistemas de acción y de relaciones sociales que debían ser investigadas de modo contingente: ya no podía hablarse –como había sido el caso para el viejo movimiento obrero- de sujetos intencionales dotados de dirección y sentido histórico ya dado, y menos aun de comportamientos debidos a los desajustes funcionales caros a Parsons y Smelser.

En este sentido, el abordaje desplegado por Alain Touraine en *El regreso del actor* es en cierto modo paradigmático. Sostiene que durante mucho tiempo la tradición occidental no diferenciaba “movimientos sociales, democracia y revolución”, que se mostraban como reunidos bajo el principio del progreso. Los dos siglos que nos separan de la Europa revolucionaria, escenificaron un largo proceso de autonomización de estas esferas. Luego de las revoluciones del siglo XX y apagados los ecos de los '60, sobreviene en los países occidentales un período en que

“...los movimientos de protesta se oponen ante todo a una concentración del poder cada vez más grande y una dominación económica, un dominio político y una influencia cultural que dependen muy a menudo de las mismas manos (...) No son contrarrevolucionarios sino antirrevolucionarios, en el mismo sentido que lo fuera la resistencia española al ejército napoleónico que enarbolaba la bandera de la Revolución Francesa, al igual que los obreros checos oponiéndose a los tanques rusos recubiertos con la bandera del movimiento obrero internacional” (Touraine 1987:195).

Típicamente, el movimiento feminista opuesto a la creciente concentración del poder ya no tiene por finalidad la conquista del Estado o del poder sino la defensa del individuo y las relaciones interpersonales, de las minorías contra el poder central. Durante mucho tiempo, el “llamado al sujeto” se dirigía a masas excluidas de la historia; pasó el tiempo de estos llamados, y actualmente “las grandes batallas son defensivas y liberadoras” (*op.cit* p.206). Más recientemente –y en clara sintonía con la problemática del texto de los '80- Touraine propone que el nuevo sujeto emerge ya en los movimientos de jóvenes, en las mujeres, en las luchas de

⁵⁰ “... Es más adecuado afirmar que existe una relación entre movimiento social y procesos de cambio social que dar por hecho que los primeros son aquellas formas de acción colectiva destinadas a producir determinada clase de cambios en la sociedad” (Laraña 1999:96)

los inmigrantes, en la conciencia de los medioambientalistas; este nuevo sujeto emergente es más defensivo que negociador, es ético antes que político, y las -viejas- acciones colectivas con horizonte en el asalto al poder ceden el paso a creativas modalidades de resistencia a la manipulación (Touraine 1997:313)

Alain Touraine denuncia la “desconfianza enfermiza” hacia los actores sociales que manifiestan ciertos sociólogos inclinados a la descripción de lógicas impersonales de sistemas sin sujetos. Los analistas deberían “renunciar a las peligrosas facilidades de una objetividad sorda a las voces de los actores”, ya que la sociedad es precisamente “...la forma más cambiante y superficial de las relaciones entre los actores que producen vida social a través de sus conflictos sociales y sus orientaciones culturales” (Touraine 1990:13-14). Cierta tradición intelectual que buscaba el sentido de la acción social en un mundo situado por encima de sus protagonistas (la estructura de clases, la Razón o la Historia), ha entrado en crisis endémica desde que los actores sociales han tomado la palabra. Esta nueva época signada por la intervención activa de actores colectivos constituidos en movimiento social, aceleró la decadencia del papel mediador de los intelectuales; esto indujo en muchos de ellos, un rol de “testigos” de la dominación, el poder y la reproducción social: notoriamente, los “aparatos ideológicos de Estado” de L.Althusser (1988), las “sociedades disciplinarias” y el panóptico que Michel Foucault toma prestado de Jeremías Bentham (Foucault 1980). Se debe abandonar la pretensión de estudiar las conductas sociales en tanto *respuestas* a situaciones “objetivas”, y guardarse simultáneamente de asumir un rol de portavoz de los actores sociales investigados. Pero aquí precisamente empiezan los problemas –discurre Touraine- ya que el investigador enfrenta el complejo desafío de mirar desde afuera y desde adentro a la vez. La nueva perspectiva analítica de los NMS supone por tanto una permanente problematización de las relaciones entre investigadores e investigados. Touraine y sus colaboradores han acuñado la expresión “intervención sociológica” para designar un nuevo tipo de relaciones entre analistas y actores que suplanten las viejas relaciones de dominación por lazos de cooperación e interacción análogos a un circuito de *feed-back*⁵¹. En apretada síntesis, la intervención sociológica opera de este modo: a) los investigadores indican a los participantes de cierto

⁵¹ Animados por dicho proyecto, estos sociólogos franceses constituían en la segunda mitad de los '70 el *Centre d'Analyse et d'Intervention sociologiques* (Touraine 1990)

movimiento, los elementos de su acción colectiva que –a su juicio- cuestionan la organización social *más allá* de las reivindicaciones inmediatas; b) los participantes de la acción colectiva evalúan críticamente su acción colectiva *desde* el artefacto conceptual aportado por los investigadores; c) la “prueba de hipótesis” estribará en la mayor o menor capacidad para conocer y acrecentar la acción colectiva que podrá desprenderse de este autoanálisis. De este modo, el análisis de los protagonistas y la intervención del sociólogo se complementan e integran para incrementar tanto el conocimiento como la eficacia de la acción colectiva; por otra parte, ello debe ocurrir sin que ambos discursos se confundan en uno solo, es decir, respetando la especificidad irreductible de ambos términos de la relación (Touraine *op.cit.* pp.17-30).

Melucci: latencia y visibilidad del movimiento social

Alberto Melucci, figura prominente de esta corriente, convoca a un trabajo de reconstrucción conceptual de los procesos de definición colectiva y de las motivaciones que animan la participación en los NMS, tomando a éstos como objetos de estudio específicos e irreductibles a los contextos que los ven emerger. El autor enfatiza la solidaridad en tanto factor constitutivo de los MS, y la define como la capacidad de los actores para reconocer a otros y ser reconocidos como pares, capacidad que a su vez conecta con los sentimientos de pertenencia que dan continuidad al movimiento y lo ponen en relación con los procesos de cambio social. Bajo el capitalismo industrial del siglo XIX, los conflictos de clase se desenvolvían de modo inseparable de las demandas de ampliación de los derechos civiles y socio-políticos. Actualmente estos conflictos se han complejizado, implicando distintos actores y formas de acción política que no pueden ser reducidos a la confrontación entre clases. Melucci cuestiona la pertinencia del propio término “movimiento”, constitutivamente asociado a las nociones de “progreso, revolución y clases”, y por tanto inadecuado para explicar la naturaleza social de la acción colectiva. El sociólogo italiano sostiene que se hace necesario desplegar una perspectiva que contemple el carácter emergente de una acción colectiva que reposa sobre la doble condición de *latencia y visibilidad*.⁵² El período histórico dilatado de capitalismo industrial,

⁵² En la presentación de una investigación sobre la dinámica de los movimientos de protesta en Alemania occidental entre 1965 y 1989, Ruud Koopmans nota la fascinación e interés científico que motiva el examen de

habría contribuido a fijar ciertas categorías de actores sociales vistos como “sujetos” ya constituidos, estables y con comportamientos estratégicos claros; en correspondencia con esta conceptualización de los actores, la perspectiva clasista abordaba la representación política como una escenificación teatral que supone actores que siguen guiones definidos en una obra de final previsible. Al dar por supuesta la constitución y estabilidad de estos actores sociales, numerosos análisis partían de su existencia como entidades reales y aun agrupamientos empíricos. Esto es muy precisamente lo que debe cambiar con las nuevas formas de expresión y acción social colectivas; el análisis no puede presuponer la existencia empírica de “movimientos” tales como las mujeres o los jóvenes: antes bien, el investigador deberá desentrañar el proceso de constitución de los protagonistas de la acción colectiva mediante un análisis que sólo puede ser concreto, contingente. De esta manera, la caracterización del movimiento sería punto de llegada o producto final del análisis socio-político, y no “entidad metafísica” aporreada de la que se parte como dato primario.

Consecuentemente, se debe abandonar la búsqueda de “sujetos” ya constituidos para ocuparse de la identificación de las redes de reproducción social sumergidas en la vida cotidiana (“submerged in everyday life”), que emergen en circunstancias y momentos definidos bajo la forma de “movimiento” susceptible de ser explicado en sus nexos con aquellas redes de reproducción social (de aquí la alternancia de la “latencia” y la “visibilidad” del movimiento). De este modo, la acción colectiva se muestra ya no como el producto deliberado de un sujeto pre-existente, sino como una virtualidad siempre presente en la retícula de la vida social cotidiana, que se vuelve visible y actuante por momentos: latencia y visibilidad son por tanto dos modalidades o estados de la misma acción colectiva (Melucci 1991). Laraña enfatiza la singular productividad teórica de la crítica de Melucci a la noción de sujetos colectivos intencionales y pre-existentes; esta noción echa hondas raíces en el siglo XIX cuando el movimiento obrero era el modelo paradigmático de movimiento social, pero su persistencia en el último tercio del siglo XX opera “...como una lente que dificulta su percepción en lugar de ayudarnos a entender qué son y cómo actúan” los MS (Laraña 1999:75). El principal efecto obstaculizante de aquel enfoque “objetivista” cuestionado por Melucci –razona Laraña en esas

las fluctuaciones de alza y baja de los movimientos (“The fluctuation between periods of contention and periods of acquiescence has long been a source of fascination and scientific interest”, Koopmans 1993:637)

páginas- reside en la reificación de la acción colectiva, que se nos muestra con una consistencia ontológica ya dada; esto lleva a desestimar la utilidad o pertinencia de un análisis concreto que dé cuenta del contenido y significado de las acciones situadas que estas entidades colectivas protagonizan: ¿para qué perder tiempo en preguntarnos acerca del significado de la acción colectiva para sus agentes, si este significado ya está inscrito en el “rol histórico” del movimiento o en los programas estratégicos que formulan sus animadores?

NMS y “reflexividad social”

La discusión teórica ambientada por los NMS, en definitiva, debe conectarse por una parte con la emergencia de estos movimientos en el último tercio del siglo XX, y por otra, con la triple crisis de las explicaciones “objetivistas” del *homo economicus*, del mundo sin actores descrito por funcionalistas y estructuralistas, y de los paradigmas que asignaban a la historia humana un sentido inmanente⁵³. En el mismo acto de distanciarse críticamente de estas explicaciones, la mirada analítica deberá detenerse en los procesos interactivos de definición colectiva, las motivaciones de los participantes de los NMS y la problemática de la construcción identitaria. Pero el interaccionismo tampoco está libre de tirar la primera piedra: para algunos, se habría operado una división tácita de tareas entre el funcionalismo “macrosociológico” de un Parsons o un Smelser, y el interaccionismo “micro” de H.Blumer, R.Turner, L.Killian, etc; ambas perspectivas comulgarían en una percepción de los movimientos sociales cuyos comportamientos “desviados” o “anómicos” los constituiría en “síntomas” de la crisis de instituciones sociales incapaces de satisfacer adecuadamente los reclamos y expectativas emergentes en la sociedad (Riechmann y Fernández Buey 1993:18).

La nueva perspectiva de análisis abierta con los NMS, ganaba respaldo teórico con el concepto de “modernización reflexiva” acuñado por Anthony Giddens y Ulrich Beck (Laraña *op.cit.*).

⁵³ Se ha indicado que la “manifiesta racionalidad estratégica” de los NMS -nacidos en las metrópolis capitalistas y por tanto no asimilables a una “rebelión en los márgenes”- hace colapsar los viejos intentos de explicación “macrosociológica” de funcionalistas y estructuralistas (Riechmann y Fernández Buey, 1993)

Este concepto pone de relieve los efectos perversos y no buscados de la modernización, en términos de incertidumbre y de amenazas –“autodestrucción creativa”- que se ciernen sobre la especie humana y sobre toda forma de vida. La reflexividad de la sociedad contemporánea echa por tierra la perspectiva de la modernización en tanto conquista progresiva de la naturaleza que debía llevar más o menos inexorablemente a la emancipación humana.⁵⁴ Pero, ¿en qué sentido contribuye este enfoque a la reconceptualización de los movimientos sociales que venimos discutiendo? Con la creciente conciencia de las consecuencias perversas de la modernización, la lógica de la reflexividad social pone al alcance de los actores sociales contemporáneos la posibilidad de tematizar, cuestionar y subvertir las propias condiciones estructurales que albergan estos procesos. Paradójicamente, la erosión de la confianza en el progreso y la creciente conciencia de los riesgos de autodestrucción promueven la reapertura de la discusión en torno a la existencia, legitimidad y motivaciones de los movimientos sociales, precisamente por el descrédito generalizado de toda explicación objetivista, historicista o progresiva.⁵⁵ Otra paradoja asociable a esta “reflexividad” de la vida social contemporánea, reside en los efectos de la ampliación de los controles sociales sobre aspectos de la vida individual tradicionalmente constitutivos de la vida privada: la sexualidad, los procesos cognitivos y emocionales, la constitución de saberes especializados sobre la estructura del cerebro, las nuevas potencialidades de manipulación humana que brinda el desciframiento del código genético, etc. La conciencia reflexiva de este incremento de los controles sociales genera demandas de autonomía por parte de una porción creciente de individuos proclives a canalizarlas a través de la incorporación a movimientos sociales de diversa índole (Laraña 1999:158). Algunos autores han ido más lejos en la conexión entre conciencia reflexiva y NMS, atribuyendo a éstos la tarea de “evitar la destrucción del mundo” a manos de la dinámica “productivo-destructiva” del

⁵⁴ “En virtud de su dinamismo inherente, la sociedad moderna está minando sus formaciones de clases, estratos, ocupaciones, roles de género, familia nuclear, fábricas, sectores empresariales, y por supuesto, también los prerequisites y formas continuadas de progreso tecnoeconómico natural. Esta nueva etapa, en la que el progreso puede convertirse en autodestrucción, en la que un tipo de modernización socava y transforma otro, es lo que yo denomino fase de modernización reflexiva” (Beck *et al.* 1997:15)

⁵⁵ “...Si la modernización simple significa sometimiento, la modernización reflexiva implica el potenciamiento de los sujetos. Si la modernización simple nos da el escenario foucaultiano de atomización, normalización e individuación, su contrario reflexivo abre una genuina individualización, abre posibilidades positivas de subjetividad autónoma respecto a nuestros entornos naturales, social y psíquico” (Scott Lash: “La reflexividad y sus dobles: estructura, estética, comunidad”, en Beck *et al.* 1997:141)

capitalismo industrial, para luego reinventar una sociedad fundada en la igualdad y solidaridad genuinas (Riechmann y Fernández Buey, 1993).

La síntesis emergente⁵⁶

Los '90 han sido prolíficos en esfuerzos académicos por acercar y sintetizar la enorme profusión de estudios y perspectivas sobre movimientos sociales de las últimas décadas del siglo que hemos despedido. El importante trabajo colectivo de McAdam, McCarthy y Zald (eds., 1999) se muestra particularmente sólido en este sentido. En las líneas que siguen, damos cuenta de los términos en que estos tres investigadores presentan el desafío.

Los autores destacan tres tipos de factores que –en lo fundamental- todos los especialistas en movimientos sociales coinciden en señalar como centrales para el análisis del surgimiento y desarrollo de los mismos: i) la estructura de oportunidades políticas que especifican y constriñen su accionar; ii) las formas organizativas de que disponen; iii) los procesos colectivos de interpretación y construcción social que conectan estructuras de oportunidades y acciones protagonizadas (los “procesos enmarcadores”).

1. Los trabajos que se ocupan de las interacciones de los MS con las estructuras políticas, provienen básicamente de dos órdenes de preocupaciones diferentes: a) los primeros trabajos norteamericanos procuraban explicar el surgimiento de los MS en conexión con los cambios habidos en las instituciones y en las relaciones de poder al interior de un sistema político dado; b) investigaciones europeas más recientes en el marco de la escuela de los NMS, han desplegado estudios comparados de las diferencias en la modalidad, alcance y éxito alcanzados por movimientos similares, viéndose llevados a considerar las características políticas de los ámbitos nacionales en que aquéllos se inscriben.⁵⁷ Ambas líneas de investigación han llegado a conclusiones similares respecto de la dependencia entre la forma adoptada por los MS, y la matriz de oportunidades y limitantes políticas propias de los contextos nacionales en que se desenvuelven.

⁵⁶ La expresión es de McAdam, McCarthy y Zald (1999:22)

⁵⁷ Los autores del texto que aquí glosamos, señalan especialmente Charles Tilly, Doug McAdam y Sydney Tarrow entre los norteamericanos más importantes, y Hans Peter Kriesi, Herbert Kitschelt, Ruud Koopmans, Jan Duyvendak, Melucci y Touraine entre los europeos

2. El estudio de los canales colectivos de movilización a través de los cuales las personas se involucran en MS, cuenta con dos perspectivas teóricas distintas. Por una parte, la teoría de la “movilización de recursos” –la más importante, ver *supra*- ha hecho hincapié en el estudio de las formas organizativas que generan los movimientos colectivos, formas que se constituyen en motor del cambio social⁵⁸. Por otra, el modelo que parte de procesos políticos que enmarcan la acción, focaliza el estudio del papel crítico desempeñado por entornos tales como el vecindario, el lugar de trabajo, redes locales y de otros tipos, etc., en la catalización y estructuración de la acción colectiva. Si bien ambas perspectivas fueron presentadas en un principio como encontradas, se fue dando un proceso de convergencia que cristalizó en una preocupación centralmente compartida: la dinámica organizacional de los MS. Este tronco común ha inspirado análisis comparados de estructuras organizativas que a) formulan tipologías de movilización, b) permiten predecir en qué lugares existen mayores posibilidades de constitución de MS, c) sugieren conexiones entre forma organizativa y tipo de movimiento, y d) contribuyen a estimar la influencia de las estructuras estatales sobre los movimientos.
3. Para que la gente se involucre en un movimiento social, no basta con la existencia de oportunidades y estructuras organizativas: esto sólo ocurre si las personas se sienten agraviadas por ciertas situaciones y creen que la acción colectiva aportará alguna solución. Los estudiosos de los NMS han venido enfatizando la centralidad de los elementos psicológico-culturales en la voluntad de ruptura que caracteriza a estos movimientos. Este camino ha conducido, por una parte, a la preocupación por los problemas de significado e identidad (tópicos que animan los trabajos de Castells, Melucci y Touraine entre otros, como hemos visto *supra*); por otra, numerosos especialistas se han detenido en la importancia de las ideas compartidas y socialmente construidas que contribuyen a explicar la acción colectiva. Se señala sin embargo que, a pesar del creciente reconocimiento de la importancia de estos “procesos enmarcadores” de raigambre cultural para explicar los MS, el volumen de trabajos producidos en esta dirección es aun muy pequeño si se lo compara

⁵⁸ Ver por ejemplo el interesante trabajo de Debra Minkoff (1997) acerca de los efectos de la lucha por los derechos civiles sobre el movimiento feminista en EE.UU. entre 1955 y 1985; inspirada en trabajos de Tarrow, McAdam, McCarthy y Zald –algunos de ellos glosados en esta exposición- la autora estudia “the structure of protest cycles” y el efecto favorable de difusividad y demostración de unas organizaciones sobre otras: “...organizational density promotes the diffusion of protest” (Minkoff 1997:779)

con la profusión de investigaciones sobre oportunidades políticas y estructuras organizativas. Esto tal vez sea debido al carácter “efímero y amorfo” de su objeto, en contraste con la mayor “sencillez” de los objetos que son los sistemas políticos o las formas organizativas.

Estos tres factores dan lugar a sendas líneas orientadoras de la investigación; pero es evidente que el desafío mayor –y heurísticamente más productivo- consiste en identificar las interdependencias e interacciones entre ellos. Escriben los autores:

“Al margen de lo fundamental que, retrospectivamente, pueda parecer una oportunidad, ésta no será tal si no es reconocida por un grupo de actores suficientemente organizados que compartan una determinada forma de apreciar la situación (...) Las oportunidades políticas se incrementan sólo si existe una interacción entre ellas y los cambios estructurales y de percepción que ellas mismas contribuyen a catalizar” (*op.cit.*p.30)

La estructura de oportunidades políticas determinará de forma general el tipo de movimiento social que surgirá; pero muy probablemente sean las formas organizativas y las estructuras ideológico-culturales de que disponen los contestatarios, las que definan más concretamente las características formales e ideológicas del movimiento emergente. Una vez constituido un movimiento, su persistencia dependerá –entre otros factores- de su habilidad para consolidar ciertas estructuras formales y respetar los canales adecuados de vehiculización de sus reclamos. Pero se ha señalado insistentemente la importancia empírica de la tendencia contraria que despliega “tácticas disruptivas”, es decir, expresiones públicas innovadoras y provocativas que obligan la intervención de los poderes públicos, con lo cual se fuerzan precisamente las condiciones para generar canales adecuados de expresión y negociación. Así, un movimiento social surge como respuesta a ciertas oportunidades para la acción colectiva, pero su desarrollo ulterior dependerá en mucho de sus propias acciones: “...es la organización formal que se supone representa al movimiento, la que, cada vez más, determina el curso, el contenido y los resultados de la lucha” (*op.cit.*p.40). Esto equivale a decir que, una vez constituido cierto movimiento, tanto el aprovechamiento de las oportunidades políticas como los contenidos de los procesos enmarcadores dependerá cada vez más de la dinámica organizativa.

Por otra parte, la interacción e importancia relativa de cada uno de los factores no serán las mismas en las distintas fases de emergencia, desarrollo y ocaso de los movimientos. En los inicios, sus participantes pueden tener una conciencia difusa de estar tomando parte de un proceso interpretativo común. En las fases posteriores, las diversas figuras y facciones se esforzarán por hacer prevalecer cierto modo de hacer llegar el mensaje del movimiento, acrecentando así la autoconciencia colectiva en torno a ciertas ideas; estos esfuerzos estarán acotados en gran medida por las identidades y formas de ver el mundo que enmarcaron las acciones iniciales. Las cosas se hacen más complejas cuando el movimiento adquiere visibilidad, ciertas instituciones se sienten amenazadas, y actores encontrados intervienen en los medios de comunicación. Entonces, el éxito de los intentos de constitución de marcos significativos *posteriores* a la emergencia del movimiento ya no será el resultado unilateral de acciones y deliberaciones del movimiento, sino que dependerá del desenlace de verdaderas batallas simbólicas en las que gravitará “la independencia, la simpatía y los procedimientos usados por los medios de comunicación” (*op.cit.p.41*)

En pocas palabras, el ambicioso proyecto de McAdam, McCarty y Zald ofrece una perspectiva integrada y comparada que resalta la importancia de “aspectos como las oportunidades políticas, las estructuras de movilización o los procesos enmarcadores y las relaciones existentes entre estos elementos” (*op.cit.p.45*) para el estudio de los movimientos sociales contemporáneos.

Hasta aquí la revisión de antecedentes de que nos hemos valido para situarnos en la problemática de los movimientos sociales. El recorrido comenzó con las primeras teorizaciones sobre las “clases peligrosas” en el siglo XIX y la analogía de la “horda primitiva” darwiniana. En el psicoanálisis freudiano, la moderna psicología social y ciertas aproximaciones funcionalistas, pudimos percibir la traza de aquellas primeras nociones sobre la “psicología de las multitudes”. Luego, tomamos contacto con los “maquiavelistas” que en el cambio de siglo XIX al XX teorizaban en torno a la inevitabilidad de que gobiernen las minorías, aun en el ámbito de las democracias modernas; para Michels, la propia dinámica “objetiva” de las organizaciones democráticas obstaculizaba la realización efectiva de la democracia en su seno. La incorporación y reconocimiento definitivo de los “actores colectivos” –sociales, culturales, identitarios- al escenario de las democracias contemporáneas, ambientó la problematización

sociológica de los movimientos sociales: su “lugar” en la sociedad, sus interacciones con las estructuras sociales, con la democracia participativa y con los individuos. A las corrientes principales que han terciado en esta discusión, hemos dedicado la parte más extensa de este capítulo. Corresponde ahora presentar al movimiento de ocupaciones liceales que constituye el “estudio de caso” del presente trabajo; luego de describirlo suscintamente, lo interpelaremos desde algunas de las perspectivas aquí recorridas.

El movimiento de liceales ocupantes

A comienzos de 1996, el Concejo Superior de Enseñanza (CODICEN) ponía en marcha una Reforma Educativa con la que iniciaba un proceso de modificaciones de envergadura en Primaria, Escuelas Técnicas y Secundaria. Estas modificaciones afectaban la currícula de las ramas de la Enseñanza implicadas, la carga horaria, y en cierto modo también, aspectos de la “filosofía” pedagógica. Paralelamente a su implementación, crecía entre algunos de los actores de la educación -especialmente profesores y estudiantes- la sensación de no haber sido informados ni menos aun consultados acerca del alcance y contenidos de la Reforma en curso. El descontento de los estudiantes secundarios estallaba con fuerza insospechada el 15 de agosto; cinco de los liceos más grandes de Montevideo⁵⁹ eran ocupados por sus estudiantes, y durante las tres semanas siguientes se sumarían en cascada decenas de otros centros secundarios.

El mismo 15 de agosto, la Coordinadora Intergremial de estudiantes de Secundaria reclamaba en conferencia de prensa la instalación de un “plenario con debate nacional” para tratar allí la Reforma educativa en curso, “impuesta” de forma “inconsulta y contraria al interés popular”. Veinticuatro horas más tarde, la Escuela Técnica de la Unión de UTU, el Instituto de Profesores Artigas y varios nuevos liceos eran igualmente ocupados por sus estudiantes. El día 17, la protesta estudiantil cobraba una víctima accidental: una camioneta atropellaba a la liceal Mariana Alvez -de apenas 14 años- en un pasaje peatonal próximo al liceo n° 45, en circunstancias en que sus estudiantes realizaban un “peaje” en apoyo al movimiento de ocupaciones; dos días más tarde, la adolescente moría sin haber salido del coma profundo. A

⁵⁹ Estos eran los liceos nros. 3 (Zorrilla), 4 (Dámaso), 10, 19 y 35-36 (IAVA)

los once días de iniciado el movimiento, la prensa daba cuenta de 13 centros secundarios montevideanos, varias escuelas de UTU y 6 liceos de los departamentos de Canelones, Cerro Largo y Colonia cuyos estudiantes reunidos en asamblea se habían plegado a la ocupación. En los primeros días de setiembre el número de centros estudiantiles ocupado había pasado de cuarenta, y el día cuatro de ese mes, la Coordinadora de estudiantes de Secundaria resolvía por ajustada mayoría el cese de las ocupaciones.

En esas semanas este movimiento de jóvenes y adolescentes que reclamaban ser escuchados irrumpía ruidosamente en la escena nacional. El diario *El País* de los días 16 y 17 de agosto se preocupaba por la “tremenda crisis del concepto de autoridad” e instaba a que ésta fuera restaurada con firmeza. La revista *Tres* del 16 de agosto titulaba “Rebeldes contra la Reforma”, seis días más tarde *Búsqueda* se preocupaba por la “Agitación estudiantil-Ocupación de liceos”, y recogía una carta de los lectores convocando a “la sociedad toda” a reaccionar, a estar “atenta y prevenida” ante el “hecho destacable y peligroso” de las ocupaciones de liceos. El 23 de agosto, *Posdata* abría sus páginas a un diálogo entre representantes del CODICEN y de los estudiantes sobre la Reforma educativa en tela de juicio; ese mismo día, *Brecha* se refería a una generación tolerante demandando “espacios donde ser” e inventando un “modelo horizontal” de rechazo a “los liderazgos y protagonismos”. El 6 de setiembre, *Brecha* resaltaba la ausencia de dirigentes y la participación de todos en todo. Bajo el título “El movimiento estudiantil, la nueva generación”, el diario *La República* entregaba con su edición del 26 de agosto un suplemento de doce páginas sobre orígenes y características del movimiento, reportajes a estudiantes, columnas de opinión y reseña histórica de movilizaciones estudiantiles en el país; la investigación periodística era presentada con estas palabras: “No hay en el gris horizonte de este Uruguay decepcionado de fines de siglo, fenómeno más estimulante, fermental, paradójico y atemorizante, que éste protagonizado por jóvenes de doce a dieciocho años. Este suplemento sólo intenta escucharlos y entender”.

El movimiento se caracterizó, a grandes rasgos, por una “espontaneidad” proclamada, la inexistencia de lazos orgánicos con fuerzas políticas, modalidades de auto-organización colectiva animadas por la preocupación de eliminar distancias entre representantes y

representados, priorización deliberada de tareas “constructivas” de refacción, limpieza y acondicionamiento de los locales liceales. Puede leerse en el trabajo antecedente:

“Ni centralmente planificado, ni netamente espontáneo, el movimiento de ocupaciones liceales resulta de la sumatoria de institutos que resuelve, uno a uno, plegarse a la medida. Las instancias resolutorias de cada liceo, en su heterogeneidad, presentan un notable denominador común: constituyeron -respecto de la situación anterior- un punto alto en el número de participantes, en la explicitación de posiciones, en suma, en un ejercicio cuidadoso de democracia gremial” (Graña 1996:21)

La efervescencia progresiva que en las semanas anteriores había ido ganando la atmósfera de las asambleas liceales, sorprendía y desbordaba a los pequeños nucleamientos de militantes gremiales pre-existentes. En el trabajo citado se daba cuenta de los términos con que estos jóvenes del “gremio” describían los acontecimientos: “nunca pensamos que iba a llegar a lo que se llegó”, “...como que se desbordaba, se generaba algo demasiado grande”, “no nos dimos cuenta cómo fue pasando”. Sin embargo, a lo largo de las entrevistas allí recogidas, estos mismos activistas describían “un grado inusual de participación interesada de los liceales en instancias de información y debate”, un aumento progresivo en el número de asambleístas, un alza considerable en el número de manifestantes de una marcha callejera realizada cinco semanas atrás (similares apreciaciones transmitían los estudiantes contactados por la prensa de esos días). Alguien “del gremio” expresaba que luego de aquel 4 de julio “...la gente se empezó a acercar más ahí, a las reuniones y cosas. Entonces, empezamos a manejar todo esto de las ocupaciones visto que ya no teníamos otra cosa que hacer para que nos escucharan...” (Graña op.cit. p.29).

Veamos qué puede decirse de la entidad cuantitativa de la movilización estudiantil. Alrededor de 2.000 liceales habían firmado un acta de ocupación entregada a las autoridades educativas, pero fueron mucho más numerosos los que participaron de las actividades centradas en la ocupación física de los locales. La encuesta a 600 liceales montevideanos de 2do. Ciclo pertenecientes a 6 de entre los liceos más grandes arrojó muy importantes niveles de acuerdo con la ocupación de los liceos y grados de participación en las actividades organizadas por los liceales movilizados. En el trabajo citado no se hacen proyecciones sobre el total de liceales

dada la escasa fiabilidad del instrumento de recolección de datos⁶⁰. De todos modos, las estimaciones proporcionan una certidumbre razonable de que muchos miles de entre los 31.000 estudiantes de liceos oficiales montevideanos del 2do. Ciclo participaron de asambleas y movilizaciones callejeras organizadas a partir de los centros de estudio ocupados. Hay datos precisos, en cambio, para el caso del liceo Dámaso, de la cantidad de liceales que pasaron por su liceo ocupado a informarse, participar de actividades, etc. Los ocupantes registraban cuidadosamente el nombre y C.I. de los visitantes; sabemos que el primer día pasaron por allí 1.900 estudiantes (sobre un total de 2.800 matriculados), y en los días siguientes fue mermando, aunque nunca por debajo de los 500, salvo los últimos días en que el número descendió a 300.

Las ponderaciones extraídas de los datos de la encuesta, deben referirse al total de estudiantes de los 6 liceos montevideanos donde ésta fue realizada. Veamos antes los datos de que disponemos sobre la población de referencia. Ese año, los estudiantes matriculados en los liceos oficiales de Montevideo eran 69.649. Pero las ocupaciones de liceos respondieron abrumadoramente a un movimiento atribuible a estudiantes de 4to., 5to. y 6to., y es por tanto a la matrícula de Segundo Ciclo que se los debe referir, y que ascendía ese año a 34.240. La encuesta fue hecha en los liceos Miranda, Dámaso, Zorrilla, IAVA, N°10 e IBO (de éste último se dedujeron los estudiantes del Ciclo Básico). La población total de esos liceos era de unos 13.600, sea el 39.8 % del total de liceales montevideanos de 2do. Ciclo. Pueden hacerse las siguientes lecturas de los resultados de la encuesta: i) el 69 % de los encuestados manifestó haber estado de acuerdo con la ocupación de su liceo; ii) el 57 % pasó frecuentemente por el liceo en los días en que estuvo ocupado; iii) un 63 % participó en alguna asamblea durante la ocupación; iv) el 45 % declaró haber participado de alguna actividad en el liceo ocupado, y por último v) un 24 % de los encuestados se quedó al menos una noche en su liceo durante la ocupación (Graña 1996:36-39)

Haremos renglón seguido unas breves remisiones para “ver” *desde ellas* al movimiento de las ocupaciones liceales.

⁶⁰ Ver más adelante, el apartado subtítulo “El trabajo de campo”

- i) El carácter masivo y voluntario del movimiento (Neveu 1996), cierta constitución “en la marcha” de un sujeto colectivo emergente (Munck 1997, Hirsch 1990, Evers 1984), son características de los “actores colectivos” tematizados por estos autores, que pueden identificarse en el movimiento de liceales.
- ii) El énfasis en la autonomía de la base, la desconfianza hacia la centralización, el estado de asamblea permanente y la creatividad de las expresiones de reclamo, habilitan a caracterizar el movimiento como esencialmente análogo a los NMS tematizados en este capítulo (ver *supra*, “Los nuevos movimientos sociales”)
- iii) En el trabajo antecedente se da cuenta de numerosos rasgos de “resguardo comunitario” y búsqueda identitaria expresados en el movimiento de ocupaciones liceales, que en este sentido pueden ser vistas como “trincheras de resistencia” a los procesos de contemporáneos de “desidentificación” (Castells 1998)
- iv) Los conceptos de “latencia” y “visibilidad” de Alberto Melucci (1991) se muestran aptos para dar cuenta del “antes” y el “después” que los liceales ocupantes perciben en su reconstrucción de los acontecimientos co-protagonizados (ver *supra*, “Melucci: latencia y visibilidad del movimiento social”)
- v) Siguiendo la tipología sugerida por Touraine (1984:93-106), el movimiento aquí focalizado constituyó un tipo de “lucha” situada a medio camino entre la simple “conducta colectiva” y los “movimientos sociales” contraculturales de acción duradera.

o o o

II

“Donde sea posible encontrar
la causa de lo que ocurre, no
debe recurrirse a los dioses”.

Polibio (201-120 AC)

Pierre Bourdieu (1930-2002) ha escrito que toda investigación concreta es "teoría en actos". Visto a la luz de esta proposición, cualquier discurso científico supone cierta teoría que lo orienta o permea. Cuando el investigador no realiza una discusión teórica adecuada o renuncia a la misma, termina adoptando ingenuamente la teoría que se encuentra implícita en las operaciones de conocimiento en que se involucra. La adopción "ingenua" de una teoría implícita en cierta práctica científica se impone ciegamente al investigador sin que éste pueda controlarla (Bourdieu, Chamboredon & Passeron 1975). Idéntico recaudo rige para la elección de los métodos y técnicas de investigación:

“Frente a cualquier naturalismo que presupone que las categorías de estudio se derivan del propio objeto de conocimiento, el carácter comunicativo de la interacción social obliga a la construcción concreta y estratégica de categorías que, desde la subjetividad del investigador, sean capaces de captar la subjetividad de los productos comunicativos de los actores...” (Alonso 1998:33)

La falta de consenso en ciencias sociales es endémica. Para Jeffrey Alexander (1987) ello debe atribuirse a dos circunstancias: i) los “objetos” de estas ciencias son “estados mentales” de otros sujetos actuantes y pensantes, con lo que la confusión entre los estados mentales de observador y observado amenaza continuamente los productos de conocimiento; ii) no es posible *describir* sin *evaluar* de algún modo: esta "relación simbiótica" perturba toda apreciación sociológica. Las ambivalencias resultantes del disenso abrazan todos los nudos problemáticos de la disciplina, y las cuestiones metodológicas no escapan a “las generales de la ley”. Ello obliga irremediamente a explicitar los referentes teóricos –y aun epistemológicos- que el investigador hace suyos en la aplicación de los métodos y técnicas que considera más adecuados para la aprehensión de sus objetos⁶¹. Esto es lo que haremos a continuación, empezando por un –irrenunciable- posicionamiento teórico en relación al viejo y siempre renovado debate en torno a las “técnicas” cuantitativas y las cualitativas de producción de conocimiento, aunque enfatizaremos la cuestión de su complementariedad.

⁶¹ Si la falta de consenso obliga a la discusión y fundamentación *permanentes* del discurso científico, ¿no es esto acaso un factor de “vigilancia epistemológica” (Bourdieu 1975) que acrecienta la resistencia de nuestra disciplina a la seducción dogmática de un “consenso teórico”?

Numerosos autores asocian la persistencia y hondura del debate metodológico, a la circunstancia de que se trata realmente de dos tradiciones o preferencias en investigación social; como tales, estas tradiciones compilan y acumulan sistemáticamente, hilan sutiles adhesiones y fidelidades teóricas que cristalizan luego en repertorios de “procedimientos operativos” preñados de implicancias teóricas. Asimismo se ha dicho que ambas tradiciones teórico-metodológicas se constituyen –de modo tácito o expresamente justificado- en verdaderas matrices disciplinarias con escaso o nulo diálogo entre sí. Se ha sugerido igualmente que tal bifurcación paradigmática puede “leerse” a texto abierto en los grandes pensadores de la modernidad: i) Galileo (1564-1642) y Newton (1642-1727) emprenden la matematización del mundo observable, y Descartes (1596-1650) proclama la centralidad de las matemáticas en una búsqueda que tiene por meta “la verdad objetiva”; ii) Kant (1724-1804) echa las bases filosóficas de la mirada cualitativa sobre el mundo social al enfatizar los procesos mentales subjetivos que lo organizan e interpretan. La polémica en torno a la científicidad, pertinencia y especificidad de las dos grandes “familias” de métodos y técnicas de investigación tendría, así, la edad de la ciencia social (Valles 1997, Tripier 1995). Las marcas de esta bifurcación epistemológica pueden rastrearse en muchas de las apreciaciones contemporáneas en torno a la especificidad gnoseológica de los acercamientos “cuantitativo” y “cualitativo” de la vida social⁶².

Entretanto, la falta de consenso genera sus consensos: la certidumbre de la necesaria complementariedad de métodos cualitativos y cuantitativos es casi un “lugar común” en la práctica de la investigación sociológica⁶³. Revisemos entonces los términos en que el asunto es discutido en la bibliografía corriente. Nos detendremos deliberadamente en ciertos nudos polémicos que emergen de la manera en que hemos aprendido en el ámbito académico local la metodología de la investigación.

⁶² Véase por ejemplo: “La diferencia entre ambas metodologías no se limita al campo de lo que es decible por el investigado ... sino que se amplía a la manera de concebir al hablante. Para la investigación cuantitativa, cada hablante es un ‘individuo’ y en cuanto tal, equivalente e intercambiable, ordenables sólo a nivel estadístico ... Por el contrario, la investigación de estructuras de sentido considera que el hablante es un agente social, y por tanto, que ocupa un lugar en la estructura social... Los hablantes se agrupan, entonces, en clases de orden y de equivalencia (obreros-empresarios-campesinos-jóvenes...)” (Canales y Peinado 1998:295)

⁶³ El lugar común produce un riesgoso efecto de naturalidad, una familiaridad que conspira precisamente contra su tematización, su discusión sociológica. Escribió Pierre Bourdieu bien recientemente: “...lugares comunes, en el sentido aristotélico de nociones con las que se argumenta pero sobre las cuales no se argumenta” (Bourdieu 2000, la trad. es mía)

Las tensiones de la “complementariedad”

Ya nadie reclama la “exclusividad científica” para uno u otro grupo de metodologías, y se abre paso en la discusión teórico-metodológica de la disciplina cierto “retorno” a la primacía del objeto de estudio, cuya naturaleza o especificidad determinaría o sugeriría la pertinencia del empleo de cierta(s) técnica(s) de abordaje. Pero el debate no puede ser banalizado o “exhorcizado” apelando a un pragmatismo que se desentendiera de la discusión. Y ningún problema se resuelve sin discusión: ésta es una verdad de Perogrullo. En el marco acotado de esta exposición, nos contentaremos con glosar rápidamente algunos autores de uso corriente en la enseñanza de las metodologías de investigación social en nuestra Facultad de Ciencias Sociales, que manifiestan desde énfasis diferentes esta común “voluntad teórica” de síntesis.

- i) Severyn Bruyn asocia la “perspectiva interior” con el idealismo filosófico y la perspectiva “exterior” con el naturalismo y las ciencias empíricas, en el entendido de que se trata de aproximaciones no contrapuestas sino necesariamente conectables. La desconexión entre ambas puede percibirse en los “clásicos” de la disciplina, de tal modo que el examen crítico se vuelve indispensable si lo que se pretende es una aproximación epistemológica amplia: “Comte pasó por alto un punto importante: el proceso explicativo no empezaba necesariamente con la proyección del mundo interior del hombre hacia fuera para explicar el mundo físico, y que, en cambio, implicaba una alternancia creativa entre los dos mundos” (Bruyn 1972:50-51)
- ii) Charles Reichardt y Thomas Cook sostienen la centralidad del entendimiento cualitativo para la interpretación de indicadores y mediciones estadísticas, y convocan a la tarea de tender puentes entre ambas aproximaciones, de modo de superar las murallas y fosos que las han distanciado (Reichardt & Cook 1979).
- iii) Para Miguel Beltrán, las peculiaridades del objeto en investigación social imponen “...la penosa obligación de examinarlo por arriba y por abajo, por dentro y por fuera (...), pesarlo, contarlo, medirlo, escucharlo, entenderlo, comprenderlo, historiarlo, describirlo y explicarlo; sabiendo además que quien mide, comprende, describe o explica lo hace necesariamente, lo sepa o no, le guste o no, desde posiciones que no tienen nada de

neutras”. Esto lleva a la necesidad de concebir un ”pluralismo metodológico” más acorde con el pluralismo cognitivo de los objetos de estudio, de modo que las peculiaridades del fenómeno a analizar determinen o reclamen el método y técnicas más apropiados: “Es el objeto el que ha de determinar el método adecuado para su estudio, y no espurias consideraciones éticas desprovistas de base racional o científicos obsesionados con el prestigio de las ciencias de la naturaleza” (Beltrán 1986:18 y 35)

- iv) Theodore Wilson aboga expresamente por la complementariedad de los enfoques cualitativo y cuantitativo, en el entendido de que cada uno de ellos aporta información no sólo original, sino sobre todo *esencial* para la interpretación del enfoque complementario. Por ello, “...el uso de un método particular no puede ser justificado por un ‘paradigma’ o preferencias propios sino que debe basarse en la naturaleza del problema actual de investigación en curso” (Wilson 1990:26)

La apelación a la complementariedad de métodos en ciencia social, se encuentra a menudo animada por la voluntad de apaciguar la confrontación epistemológica que ha signado la polémica teórico-metodológica. Se tiende a pensar que esta confrontación es tributaria de un posicionamiento dogmático desprovisto de la indispensable flexibilidad reclamada por el abordaje de una realidad social siempre heterogénea, compleja, arborescente. Postular la especificidad irrenunciable de ambas metodologías y por tanto su necesaria complementariedad y no contraposición, sería el primer paso para la superación de una extrapolación vista como inconducente y en última instancia “no científica”.

No nos parece arriesgado suponer que –en lo sustancial, más allá de énfasis distintos- estas apreciaciones hagan consenso. Pero ni bien constatamos que las metodologías “rivales” a conciliar están lejos de tener un desarrollo comparable –tanto en el ámbito académico como el de la “visibilidad social”- las cosas se vuelven más discutibles (y discutidas). Es que la existencia de una fuerte asimetría histórica en términos de desarrollo, acumulación y prestigio académico *ha favorecido la búsqueda de conexiones causales “objetivas” y cuantificables, en detrimento de la sociología comprensiva orientada a la percepción y construcción “subjetiva” del mundo social*. A menudo, la matematización de los fenómenos sociales se muestra rodeada de un halo de científicidad indiscutida: en definitiva, la “ciencia normal” (Kuhn) se expresa en

números. En cuanto parece reposar muy sólidamente sobre la asepsia técnica de la ponderación, de los coeficientes o del paquete estadístico, el carácter científico de la labor de investigación cuantitativa se vuelve autoevidente y por tanto muy resistente a la tematización crítica⁶⁴.

Esta hegemonía cuantitativista planea hasta en loables intentos de síntesis y apaciguamiento polémico con vistas a un empleo más pragmático y flexible de técnicas de producción de datos. Es el caso de un trabajo de Errandonea (1985) que reflexiona en torno a la necesaria complementariedad de métodos en ciencias sociales.⁶⁵ Nos parece que vale la pena examinar esta exposición, porque se trata de un enfoque influyente que ha matizado en gran medida el posicionamiento epistemológico impartido en la currícula de grado de la licenciatura de sociología en nuestra Facultad⁶⁶. El artículo de Errandonea plantea esencialmente: i) el objeto de conocimiento es siempre "fenoméricamente infinito", no posee intrínsecamente las propiedades clasificatorias que el investigador le aplica; ii) la realidad es "inmediatamente cualitativa", y toda la tradición científica es una batalla por su cuantificación; iii) el estudio cualitativo se caracteriza por la multiplicidad y complejidad de indicadores, lo que va en detrimento de la cantidad de unidades observadas. Se concluye que la querrela de metodologías es inconducente, puesto que cada técnica es utilizable de acuerdo a la especificidad del objeto. Esta virtual subsunción de la aproximación cualitativa bajo el imperativo científico de la cuantificación queda también claramente expresada en otra publicación del autor:

“Aunque es cierto que todo dato social es inmediatamente cualitativo, muy poco puede avanzar el conocimiento en su desarrollo científico si no puede medir y contar. En toda ciencia, el esfuerzo por su capacidad de cuantificación es un prerequisite; y su limitación, indicador de escaso desarrollo. (...) Debe anotarse que

⁶⁴ “...hasta que el instrumento estadístico no hubo sido despojado, por su difusión misma, de las funciones de protección que le correspondían en el período de titubeos y monopolio, muchos investigadores hicieron de ese instrumento, que sólo habían adquirido tardíamente, y como autodidactas, un empleo terrorista que suponía el terror mal superado del neófito deslumbrado” (Bourdieu *et al.* 1975:103)

⁶⁵ El argumento que sigue, es un desarrollo de un pequeño texto inédito que escribí a propósito de una discusión metodológica en el marco del G.I.S.A. (Grupo de Investigación en Sociología Agraria) en el Depto. de Sociología de la FCS en mayo de 1995 bajo el título “Apuntes para el debate metodológico”

⁶⁶ En el segundo semestre de 2000, un trabajo domiciliario realizado para Metodología IV en el 3er. año de la carrera de Sociología se refería al debate metodológico en ciencias sociales; numerosos estudiantes fundaron parte de su argumentación en el trabajo de Errandonea, que por otra parte *no figuraba siquiera en la bibliografía complementaria del curso*: su tematización parece responder a lo que se consideraba tácitamente sedimento teórico-metodológico de lo aprendido en el grado.

cualquier técnica cualitativa supone o implica ‘clasificación’, lo cual en sí es la primera operación en el proceso de abstracción que conduce a la cuantificación” (Errandonea 1991:96)

Más recientemente, escribía Alfredo Errandonea: “Aunque es tema de discusión para muchos colegas, pienso que la capacidad de medir y cuantificar debe ser una meta en el crecimiento de la aptitud científica de nuestras disciplinas”. Alerta luego sobre la peligrosa pretensión de “medir lo no mensurable” que lleva a “falsear la realidad” o “retener aspectos superficiales y no sustantivos del fenómeno estudiado, por el simple hecho de la mayor accesibilidad de aquellos a alguna forma de medida”. La existencia de estos fenómenos no inmediatamente mensurables constituye “el principal fundamento y la razón de la imprescindible de las llamadas técnicas cualitativas” (Errandonea 2000)

No estamos discutiendo con una intervención aislada: se trata de un enfoque acendrado, presente en distintos trabajos de –al menos- los últimos quince años. De algún modo, la preocupación legítima por evitar falsas contraposiciones convalida la adscripción de ambos abordajes metodológicos a un mismo afán de cuantificación. En suma, *la pretendida síntesis se realiza a expensas de la especificidad de ambos grupos de técnicas de investigación*: las técnicas cualitativas no se distinguirían más que por la multiplicidad y complejidad de indicadores y la menor cantidad de objetos de análisis abarcados, o sea, *no serían más que modalidades complejas de cuantificación*. Este enfoque anatematiza la querrela pero no la resuelve, ya que "mata" la contradicción eliminando uno de sus términos⁶⁷; la pretensión de síntesis y complementariedad naufraga en un enfoque cuantitativista que engloba ambas familias de técnicas, finalmente reducidas unas a otras. Nos parece que todo el atractivo de esta propuesta debe atribuirse al contexto hegemónico comentado más arriba, al “efecto paradigmático” que brinda a las técnicas cuantitativas esa “natural” primacía científica sobre las cualitativas. En la percepción corriente y no problematizada, la racionalidad científica se asocia a la ponderación cuantitativa y a conexiones

⁶⁷ ¿Es necesario precisar que no debe verse aquí una operación “maquiavélica” sino más bien las hondas huellas del positivismo en la sociología, legado de los padres fundadores de la disciplina?

causa-efecto⁶⁸. Pero se trata de una hegemonía largamente cuestionada en las últimas décadas⁶⁹. Recorreremos algunos de estos argumentos críticos, aunque sin ninguna pretensión de exhaustividad y –de nuevo- valiéndonos de la bibliografía corriente en la currícula del grado en nuestra Facultad. Emplearemos textos de Miguel Beltrán, García Ferrando, Thomas Kuhn, Karl Mannheim y Louis Althusser.

Miguel Beltrán (1986) propone la necesidad de asumir la diferencia sustancial entre Ciencias Naturales y Ciencias Sociales, basada en que en estas últimas el investigador se encuentra implicado -lo sepa o no- en el proceso de conocimiento de su objeto. Tal como recogíamos *supra* del autor, esta especificidad impone un necesario pluralismo cognitivo, cuyo correlato es el pluralismo metodológico. Beltrán cuestiona la "asepsia imposible" pretendida por el positivismo en Ciencias Sociales, que en su afán de acercar estas ciencias a las naturales, reduce las modalidades de aproximación al objeto a meras cuestiones técnicas, dejando expresamente fuera de la consideración científica la esfera de los fines y valores; en definitiva,

⁶⁸ El "efecto de naturalidad" de esta primacía tiene una historia tan larga como la sociología, y está constitutivamente ligada a la vieja pretensión durkheimiana de adoptar la racionalidad de las C.Naturales y acceder con ello a la "madurez científica". Ya en el célebre Prefacio a *Las Reglas...* podía leerse: "...nuestro objetivo principal es *extender el racionalismo científico a la conducta humana*, haciendo ver que considerada en el pasado, es *reductible a relaciones de causa y efecto*, que una operación no menos racional puede transformar más tarde en reglas de acción para el porvenir" (Durkheim 1964:11) [las cursivas son mías]. Contrástese ahora con esta perla contemporánea: "Lo que las ciencias sociales admiran tanto de las ciencias físicas es que éstas realmente constituyen nuestro parámetro de lo que deberían ser las ciencias. Es decir, consisten en un cuerpo de generalizaciones que describen los hechos con tanta precisión que les sirven para realizar predicciones. Las generalizaciones de cada ciencia están *relacionadas* porque se deducen de un conjunto de axiomas que, aunque revisados constantemente, constituyen, sin embargo, un modelo teórico coherente del movimiento (...) A pesar de que frecuentemente es imposible una comprobación completa, a menudo se consiguen las suficientes verificaciones precisas: esto es lo que las ciencias del comportamiento humano tanto desearían imitar". Riker 1992:151) Rilker, William H. (1992): "Teoría de juegos y de las coaliciones políticas", en Batlle A. (comp): *Diez textos básicos de ciencia política*, Ariel S.A., Barcelona, p.151

⁶⁹ Parsons y el funcionalismo norteamericano se constituyeron en el "consenso ortodoxo" predominante en la sociología de los '40 a los '60. Con la crisis y cuestionamientos desde los primeros años '70, sobreviene una "...desconcertante variedad de perspectivas teóricas rivales, ninguna de ellas con plena capacidad para recapturar la preeminencia de que había gozado el 'consenso ortodoxo'" (Giddens 1995:17). Más recientemente, el sociólogo británico atribuye al viejo "consenso ortodoxo" tres rasgos característicos: el *naturalismo* ("...la noción de que las ciencias sociales deberían ajustarse al modelo de las ciencias naturales..."), la *causación social* ("...el científico social está en condiciones de mostrar que en realidad nos mueven causas de las que no somos conscientes") y el *funcionalismo* (el análisis social fundado en "...noción de sistemas supuestamente derivadas de la biología, muchas veces inspiradas también en la cibernética"), Giddens 2000:19-20.

"...una actitud compulsiva de constituir a las Ciencias Sociales como miembros de pleno derecho de la familia científica físico-natural ha llevado a desprestigiar toda consideración de fenómenos que no sea rigurosamente cuantitativa y formalizable matemáticamente" (Beltrán *op.cit.*p.33).

En la introducción a cargo de los compiladores del texto que incluye el trabajo de Beltrán, se fundamenta la preeminencia del método o abordaje cualitativo sobre el cuantitativo en ciencias sociales. Esta preeminencia se hace evidente ni bien se cae en la cuenta que en estas ciencias se debe renunciar a "...la ilusión de la transparencia del lenguaje"; así, el lenguaje no es un instrumento aséptico de la investigación sino que debe ser considerado también su propio objeto:

"El lenguaje es, a la vez, instrumento y objeto de la investigación social. Un objeto físico o biológico existe antes de ser nombrado, y el nombre no lo modifica profundamente. Un objeto sociológico empieza a existir -como objeto sociológico- al ser nombrado (...) El orden social es del orden del *decir*, está regulado por *dictados* e *interdicciones*" (García Ferrando *et al.*, 1996:12; las itálicas son de los autores)

Parece algo excesivo atribuir por entero el positivismo en Ciencias Sociales al afán por parecerse a las Naturales, tal como si la práctica de estas últimas sólo se hubiera desarrollado desde una conciencia positivista. No puede obviarse que, desde las primeras décadas del siglo en las "ciencias fácticas" y en la filosofía de las ciencias con Gastón Bachelard (1951) en adelante a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, abre paso una corriente crítica de los viejos paradigmas dominantes en ciencias naturales⁷⁰. La crítica del positivismo dominante en las ciencias fácticas recibe un fuerte impulso con autores como Kuhn (1971, 1989), para quien la investigación "normal" opera desde dentro de cierto paradigma cuyas certidumbres se reproducen en la conciencia teórica del investigador a través de la práctica cotidiana de la investigación rutinizada⁷¹. El paradigma proporciona la teoría que guía explícitamente la investigación, y aun los propios criterios de

⁷⁰ El positivismo ya no es lo que era: en las célebres conferencias de Solvay (1911 a 1936) que reunieron en Bruselas a científicos de la talla de A.Einstein, M.Planck, L. de Broglie, W.Heisenberg, M.Born, Borg, etc., éstos revolucionaban el clásico modelo científico experimental estableciendo la imposibilidad de describir *a la vez* posición y velocidad de una partícula elemental, y esto debido a las perturbaciones introducidas por el observador y sus instrumentos en el fenómeno observado. El "principio de indeterminación" de Heisenberg es su formulación más célebre. (Péquignot & Tripier 2000:152 y ss.)

⁷¹ "...la ciencia normal es la que produce los ladrillos que la investigación científica está continuamente añadiendo al creciente edificio del conocimiento científico...", concepción acumulativa del desarrollo científico que encubre la "modalidad no acumulativa" así como la existencia de "cambios revolucionarios" (Kuhn 1989:56-7)

selección de aquellos problemas u objetos de la ciencia; la existencia y visibilidad de estos problemas y objetos son debidas enteramente al paradigma reinante: nada hay en ellos de inmanente, que no dependa de la “cabeza” del investigador. Kuhn contribuye así a la tematización de la vieja certidumbre empirista de una realidad infinita siempre inmediatamente accesible al científico, mostrándonos que el paradigma desde el cual se piensa la realidad, define no sólo su abordaje metodológico sino que *estructura a la propia realidad*, y por tanto a los objetos susceptibles de consideración científica.⁷²

Pero las ciencias sociales no habían tenido que esperar a un historiador de las “ciencias duras” como Kuhn para producir en su seno una sólida línea argumental cuestionadora del empirismo positivista. Un cuarto de siglo antes de la publicación del trabajo de Thomas Kuhn, escribía Karl Mannheim:

“Nadie niega la posibilidad de la investigación empírica ni nadie sostiene que los hechos no existan (...) También nosotros hacemos apelación a los ‘hechos’ para nuestra prueba; pero la cuestión de la naturaleza de los hechos es en sí un problema considerable. Se presentan siempre al espíritu en un contexto social e intelectual. El que puedan ser comprendidos y formulados ya implica la existencia de un aparato conceptual” (Mannheim 1958:165-6)

Los miembros de un mismo grupo -sigue Mannheim- comparten “presuposiciones” que “nunca llegan a ser perceptibles” por parte de aquéllos, dominados por la “naturaleza somnolienta” del problema de la verdad “durante períodos estables de la historia”. ¿No hay aquí una sugestiva analogía conceptual con la noción kuhniana del paradigma y la “ciencia normal”?

Por último, Louis Althusser tematiza el proceso empirista del conocimiento en tanto operación de abstracción realizada por el sujeto, mediante la cual éste se apropia de la “esencia” de su objeto; realizada esta operación, la “esencia real” así aprehendida constituye el conocimiento científico nuevo. “...La esencia es abstraída de los objetos reales en el sentido real de una extracción, de la misma manera en que se puede decir que el oro es extraído (o abstraído, y por lo tanto, separado) de la escoria en la cual está contenido”. Así, para el empirismo, el

⁷² Colocados en esta perspectiva, ya no podríamos compartir con García Ferrando *et al.* que el objeto en Ciencias Naturales no se modifica al ser nombrado (ver *supra*).

conocimiento está contenido en lo real como su esencia, y el proceso científico consiste sencillamente en su extracción. Esta operación es para el pensamiento empirista, literalmente, un des-cubrimiento: "...quitar lo que cubre, como se quita la corteza que cubre la almendra, la piel que cubre el fruto, el velo que cubre a la muchacha, a la verdad, al dios o a la estatua..." (Althusser L. & Balibar E., 1974:40 y ss.)

Beltrán denuncia la pretendida asepsia imposible de la ciencia social positivista; para García, Ibáñez y Alvira, la ciencia social debe empezar por investigar el propio instrumento del habla de que se vale, y ello sólo puede hacerse con métodos cualitativos; Bachelard y Kuhn nos hacen tematizar las certidumbres que se imponen en el obrar silencioso de rutinas y procedimientos de toda ciencia, por tanto también la(s) nuestra(s); Mannheim y Althusser nos instan a despedirnos para siempre de la ilusión empirista del conocimiento inmediato, de la fantasía de una percepción directa de nuestros objetos. Todos ellos nos ayudan a aprehender en sus complejidades la porosidad y reflexividad del nexo observador-observado, y adoptar una saludable desconfianza ante cualquier separación tajante entre sujetos y objetos de conocimiento. Nos parece, además, que la luz de estas apreciaciones ilumina aquella observación de Alexander acerca de la "relación simbiótica" entre descripción y valoración con que introducíamos este capítulo.

Los recaudos teórico-metodológicos glosados en este apartado, enmarcan la imprescindible "reflexión en voz alta" del investigador sobre su quehacer. De esta reflexión nos ocuparemos más concretamente renglón seguido, dando cuenta de las implicancias -epistemológicas, metodológicas y técnicas- del instrumento de captación y reproducción de la trama intersubjetiva cuyo empleo en nuestro trabajo de campo habremos de justificar: el grupo de discusión. La exposición estará precedida de un brevísimo posicionamiento en la perspectiva cualitativa que hemos adoptado.

El grupo de discusión

La aproximación cualitativa a la vida social tiene su propio campo: el de las relaciones sociales cotidianas, "ya sea entrando en su espacio comunicativo a partir de sus productos icónicos o

textuales, ya sea reconstruyendo la dinámica interpersonal de acciones y comunicaciones que crean y recrean la realidad social” (Alonso 1998:26). Se advierte inmediatamente la importancia determinante del “sujeto que mira”, y que lo hace necesariamente –lo sepa o no- desde cierta perspectiva. En este sentido, la identificación de ciertos contenidos relevantes en las interacciones estudiadas es *una consecuencia de la perspectiva adoptada por el investigador*⁷³. Lo que equivale a decir, sencillamente, que no hay investigación sin teoría:

“Sin epistemología y metodología que la sustente, una técnica de investigación es apenas un confuso conjunto de procedimientos canónicos. Esta afirmación, válida para cualquier técnica, adquiere especial relevancia en el caso de las llamadas técnicas cualitativas” (Canales y Peinado 1998:287).

Esta orientación conlleva desde su propia formulación, una ruptura radical con toda posición “objetivista” tendiente a reducir el trabajo de reconstrucción e interpretación de la dinámica social a la aplicación aséptica de protocolos normalizados. Sin esta ruptura, ¿podría acaso concebirse una interpelación de lo social orientada hacia los “espacios comunicativos” de la trama interpersonal, a la reconstrucción de las acciones y comunicaciones responsables de la producción de la realidad social?

Así, la especificidad metodológica del abordaje cualitativo enraiza en la naturaleza de los objetos por los que se interesa: la experiencia de vida diaria que teje una trama intersubjetiva que el investigador se propone comprender para luego describir y reconstruir, valiéndose de categorías conceptuales aptas para este singular proceso de captación y reconstrucción. Una de las herramientas apropiadas para la captación de esta trama intersubjetiva, es el grupo de discusión.

⁷³ “Ninguna acción o suceso tiene significado independiente del que los observa y los selecciona, y así los elementos determinantes del significado de una acción requieren de una participación fundamental del investigador en su construcción inteligible. *Los sujetos y sus acciones sólo devienen coherentes porque los reconstruimos así...*” (Alonso 1998:223, las itálicas son mías)

El grupo⁷⁴ es “un proyecto de conversación socializada” con el cual se busca producir una “comunicación grupal” cuyas representaciones simbólicas serán la materia prima del trabajo ulterior de reconstrucción (Alonso *op.cit.* p.93)⁷⁵. Un empleo adecuado de esta herramienta, supone ante todo una elección de los participantes que atienda cuidadosamente a su condición de *representantes* de posiciones en la estructura social (su pertenencia a cierto grupo, generación, clase, región, etc.). A través de la producción discursiva del grupo de discusión, el investigador pretende reconstruir y entender cierta dinámica del grupo o categoría social representados por aquél. Esta representación social del grupo reposa sobre la propia naturaleza del discurso social: “Si el universo de sentido es grupal (social), parece obvio que la *forma* del grupo de discusión habrá de adaptarse mejor a él que la entrevista individual, por abierta (o en profundidad) que sea. La reordenación del sentido social requiere de la interacción discursiva, comunicacional” (Canales y Peinado 1998:290)⁷⁶

Esta tarea de captación y reconstrucción se apoya necesariamente en un proyecto de análisis de la realidad y aun en cierto modelo de representación social. *Este camino nos conduce a cuestionar cualquier teoría de la acción social que postule un sentido de la acción en coincidencia plena con el sentido declarado por sus protagonistas.* En el análisis del discurso producido por el grupo, la conciencia de los sujetos interactuantes no es “juez del sentido”: dicho análisis es mucho más que la simple aceptación de los enunciados de los miembros del

⁷⁴ La etimología siempre aporta pistas útiles a la comprensión de los usos del lenguaje; la palabra *grupo* viene de *gropo*, término que denomina una composición escultórica donde los cuerpos están fundidos por debajo y separados por arriba; el grupo es una suerte de “cuerpo de cuerpos” (Ibáñez 1996:570)

⁷⁵ Adelantemos aquí, que precisamente sobre este carácter de “conversación socializada” se asienta la posibilidad teórico-metodológica de realizar un análisis temático transversal de la retranscripción de las discusiones grupales *desentendiéndose de la autoría de las intervenciones*: “La manipulación temática consiste en volcar el conjunto de elementos significativos en una especie de bolsón de temas que destruye definitivamente la arquitectura cognitiva y afectiva de las personas singulares” (“La manipulation thématique consiste ainsi à jeter l’ensemble des éléments signifiants dans une sorte de sac à thèmes qui détruit définitivement l’architecture cognitive et affective des personnes singulières”, Blanchet et Gotman 1992:98)

⁷⁶ No hay lugar aquí para una discusión *comme il faut* de las “deudas teóricas” que guarda esta “mirada” con la perspectiva teórico-metodológica del interaccionismo simbólico. Con la sola intención de captar un aire familiar, citemos a Erving Goffman sobre el carácter interactivo y negociado de las definiciones socialmente consensuadas acerca de cualquier entidad real: “...los participantes contribuyen a una sola definición total de la situación, que implica no tanto un acuerdo real respecto de lo que existe sino más bien un acuerdo real sobre cuáles serán las demandas temporariamente aceptadas (las demandas de quiénes, y concernientes a qué problemas)” (Goffman 1968:21)

grupo. Este hilo de razonamiento nos devuelve un recaudo tematizado *supra*: no hay ni puede haber, coincidencia inmediata entre “acción social” y “conciencia” (*cfr.* Canales y Peinado 1998:288).

El proyecto analítico asumido por el investigador, orienta la estrategia de producción discursiva con el propósito de captar el sentido compartido por el grupo. Este sentido compartido se constituye de los significados que los sujetos asignan a las circunstancias experimentadas colectivamente; tiene lugar así una re-creación simbólica intersubjetiva de prácticas discursivas del grupo –pretendidamente- representado: generación, grupo social, clase, comunidad, etc. El proceso discursivo grupal generado artificialmente, se constituye en micro-universo que actualiza cierto sistema de representaciones colectivas que el investigador procura captar e interpretar. A diferencia de la dinámica de grupo con fines psicoterapéuticos, la técnica del grupo de discusión no pretende alterar ni comportamientos ni percepciones, sino investigar las formas de construcción de significados compartidos del “grupo testigo”. El psicólogo, en cambio, emplea la terapia grupal para generar situaciones de transferencia emocional donde los sujetos actualizan intersubjetivamente sus tendencias o deseos inconscientes. Claro que en el grupo de discusión también emerge un “grupo emocional” que crea cierta situación afectiva a menudo difícil de separar de la dinámica discursiva que el investigador-coordinador procura generar y controlar. Precisamente, la productividad comunicativa de esta técnica depende en mucho de la capacidad del investigador para administrar y dosificar adecuadamente ambas dimensiones de la dinámica grupal, el grupo de discusión y el grupo emocional. Dicha productividad discursiva dependerá también de cierta –relativa- homogeneidad de los sujetos interactuantes, ya que en la discusión se buscará explorar campos semánticos cuyos sentidos y significados son continuamente negociados a lo largo del trabajo colectivo. Esta negociación podrá desplegarse con fluidez mientras la dispersión y heterogeneidad –siempre presentes en alguna medida- no bloqueen la posibilidad de generar sentido compartido. En suma, debe encontrarse un delicado punto de equilibrio entre cierta homogeneidad relativa y una heterogeneidad parcial y controlada (Alonso 1998)⁷⁷.

⁷⁷ “El diseño del grupo como organización comunicativa adaptada a un ambiente... es una composición de diferencias lingüísticas individuales y subgrupales específicas, circunscritas a un espacio social y simbólico que tiende a ser homogéneo” (Alonso 1998:104). Véase también la colorida imagen de Jesús Ibáñez: “Como Moisés

El grupo de discusión se diferencia también, claro está, de otras técnicas cualitativas de investigación social. En las entrevistas de respuesta abierta guiadas por cuestionario, el hablante elabora libremente su respuesta pero no puede intervenir en el orden de la pertinencia de las preguntas; el habla investigada de esta forma, oscila entre “tomar la palabra” y “devolverla” para dar lugar a otra pregunta; la estructura discursiva es modelada por el propio instrumento que provoca y controla el habla. En la entrevista en profundidad o biográfica, se erige al entrevistado en portador de cierta perspectiva que despliega en diálogo con el entrevistador; éste puede –y aun debe- intervenir, pero tampoco hay aquí una conversación genuina, ya que el entrevistador no introduce realmente su habla particular, y el entrevistado conoce poco y nada de la perspectiva de quien lo investiga. Por último, en la llamada “entrevista de grupo” se trabaja con el habla de un grupo desdoblado en sus individuos: si bien la escucha es grupal, cada uno habla como entrevistado singular. La técnica se diferencia de la entrevista individual, pero tampoco aquí se produce realmente una conversación, y predomina el dispositivo fundado en el punto de vista personal (Canales y Peinado 1998:295-6)

Un importante punto crítico en la conformación del grupo de discusión, reside en la cantidad de participantes. El número ideal se sitúa entre 5 y 10, ya que 3 o 4 personas en interacción generan una situación excesivamente íntima, y más allá de 9 o 10 se arriesga la disgregación en subgrupos, las conversaciones cruzadas y las intervenciones superpuestas (Canales y Peinado 1998:300). Asimismo, el conocimiento íntimo entre los participantes comporta un riesgo: éstos pueden imponer al grupo ciertos valores, sentidos compartidos y pautas de actuación constituidos *fuera* de la estrategia- relativamente controlada- de producción discursiva. El desconocimiento previo facilita la reproducción de la memoria social compartida y minimiza la posibilidad siempre latente de que la discusión se enrede en la memoria individual y privada. Los relatos producidos al interior del grupo de discusión buscan la negociación y aprobación de los demás en tanto reflejos de sí mismo. La representatividad de los grupos no es estadística sino significativa: ésta se alcanza cuando se han saturado las posibilidades significativas de la situación comunicativa, es decir, cuando se han reducido visiblemente las posibilidades de que

muere al borde de la tierra prometida, el grupo termina al borde del consenso. El consenso es coextensivo y coetáneo con el fin del grupo: un punto (nada), el agotamiento de la última burbuja de tiempo y el – correspondiente- aniquilamiento de la última hebra de voluntad” (Ibáñez 1996:577)

surja información nueva de los canales comunicativos puestos en obra⁷⁸. Este criterio de representatividad vuelve a remitir a una correcta selección de los miembros del grupo, en tanto sujetos sociales que constituyen totalidades “indivisibles, complejas y no intercambiables” (Alonso *op.cit.*) y que cumplen el papel de informadores *porque* se los ha considerado sujetos esencialmente –y no probabilísticamente- característicos de la realidad en estudio.

El grupo de discusión crea un marco que articula una interacción comunicativa generadora de un “hablar situado” luego traducido a texto escrito susceptible de la aplicación de diversas herramientas analíticas. El texto oral –luego retranscripto- constituye una densa trama de enunciados cuyos significados se entrecruzan, enfrentan y remiten entre sí; lejos de consistir entonces en un intercambio de enunciados autosuficientes e indiferentes entre sí, cada uno de ellos está cargado de ecos y reflejos de otros enunciados con los que se relaciona y en cuya co-presencia son generados⁷⁹. En suma, el grupo de discusión genera una dinámica discursiva que avanza en la búsqueda de significados compartidos a lo largo de un proceso donde las diferencias son utilizadas para producir cierto equilibrio o consenso comunicativo que implica la proyección discursiva *sobre el texto oral*, de la experiencia intersubjetiva que se comparte previamente. Es que, precisamente, la utilidad del grupo para la investigación social se desprende de su inscripción en el “mundo de la vida” en tanto trama intersubjetiva cotidiana, inscripción que posibilita la re-creación del universo simbólico compartido que soporta las actuaciones comunicativas de los sujetos (Habermas 1990 t.II pp.169 y ss.)

El empleo de esta técnica de re-creación discursiva despliega sus potencialidades en la captación del modo en que los actores sociales –representados en los miembros del grupo- se

⁷⁸ “La saturación parte de la idea de que en la investigación cualitativa la información no es una propiedad que aparece por la composición de otras informaciones más particulares... sino que los sujetos sociales son totalidades indivisibles, complejas y no intercambiables, y que son seleccionados porque cumplen en la investigación el papel de informadores y de patrones de información, al ser sujetos esencialmente (y no probabilísticamente) característicos de la realidad a estudiar” (Alonso 1998:106)

⁷⁹ El hablante no es “un Adán bíblico” que debe poner nombres a objetos vírgenes que ya existen: el objeto de todo discurso es *él mismo* un punto de encuentro de visiones del mundo, opiniones, etc.; *los otros* a los que se dirigen los enunciados, no son oyentes pasivos sino participantes activos de la comunicación discursiva: “el hablante espera desde el principio su contestación y su comprensión activa. Todo el enunciado se construye en vista de la respuesta” (Bajtín 1998:285 y ss.)

constituyen como tales en los contextos cotidianos de interacción⁸⁰. El funcionamiento del grupo de discusión se encuentra regulado por la cooperación discursiva, replicando la manera en que en el mundo de la vida los actores implicados procuran sincronizar las representaciones sociales que comparten, redefinen y renegocian incesantemente en la interacción (Habermas *op.cit.*) Por ello, puede decirse que el grupo de discusión es un *grupo de consenso* en el cual se alcanzan acuerdos en torno al sentido de ciertas representaciones sociales, que las hace comprensibles y asimilables. Este proceso de acuerdos se muestra en cierto modo como el punto de encuentro entre el mundo objetivo y los contextos intersubjetivos:

“Sólo dando voz a los protagonistas de la acción social aparecen las ideologías como procesos totalizadores de atribución concreta y conflictiva de significado a los hechos sociales por sus actores reales. El grupo de discusión es capaz de otorgar esa voz, y de ahí viene su grandeza; en sus manos está saber seguir utilizándolo” (Alonso 1998:125)

En el grupo de discusión, por otra parte, coexisten varios grupos: i) su existencia como grupo se reduce a la situación discursiva, en tanto grupo artificial sin rastro de relaciones previamente constituidas que produzcan interferencias en la producción de su habla; ii) en la medida en que se constituye *para* realizar cierta tarea, el grupo es también un equipo de trabajo: se orienta a producir algo, y sólo existe para esta producción; iii) instauro un espacio de “opinión grupal” que se instituye como autoridad que verifica la pertinencia, adecuación o veracidad de las apreciaciones vertidas (Canales y Peinado 1998:292-3). La conversación generada en el grupo es siempre una totalidad, cada interlocutor integra un proceso cambiante a lo largo del cual él mismo cambia; en este sentido, los interlocutores no coinciden estrictamente con los individuos que constituyen el grupo: aquéllos pueden exhibir perspectivas distintas de éstos.⁸¹ La conversación grupal comparte dos direccionamientos: el que le imprime la propia dinámica

⁸⁰ Puede notarse el fuerte contraste entre esta aproximación, y la investigación funcionalista que pretende dar cuenta del discurso de los individuos en tanto portadores de valores del sistema social: “Frente a la investigación funcionalista, en la que se da cuenta de cómo los individuos son portadores de los valores del sistema, la investigación constructivista concreta como los actores se construyen y son construidos en sus contextos cotidianos de interacción. Si situarnos en relación con el sistema nos introduce en el campo de las mentalidades como estructuras cognoscitivas estabilizadas y cristalizadas, al ponernos en el mundo de la vida nos situamos en el campo de las ideologías como estructuras generativas y constituyentes” (Alonso 1998:113-4)

⁸¹ “Es por esto que decimos que cada interlocutor no es una entidad, sino un proceso. Proceso porque en el transcurso de la conversación, cambian sus partes en la misma medida en que se va organizando y cambiando el todo” (Canales y Peinado 1998:294).

interlocutoria, y la que resulta de la intervención del investigador. Todo ello explica precisamente esta particular propiedad del grupo como técnica, que despoja las hablas individuales de las “adherencias de lo singular”, las experiencias individuales pierden esa condición al ingresar al terreno cambiante de la comunicación interactiva (Canales y Peinado *op.cit.*)

En resumen, el grupo de discusión es un instrumento de re-creación artificial de cierta porción de la vida social que se pretende estudiar; la interacción verbal -guiada por el investigador/coordinador- produce una comunicación colectiva que es registrada y luego retranscripta. Animado por sus intereses de búsqueda y apoyado en cierta arquitectura conceptual, el investigador trabaja con el texto escrito –cristalización del discurso grupal- procurando captar y reconstruir el sentido compartido por el grupo. Finalmente, en el análisis interpretativo del discurso se explicitarán las reflexiones e inferencias sustentadas por el sociólogo. Corresponde ahora discutir los procedimientos y fundamentos de este análisis textual.

El análisis del discurso

En su versión más clásica, el “análisis de contenido” (en adelante, AC) parte de una constatación: la polisemia intrínseca de las comunicaciones humanas⁸², que impone al analista la tarea de interpretarlas procurando reducir en lo posible esta polifonía de sentidos, remitiéndolos para ello a sus contextos expresivos. En esta dirección, Klaus Krippendorff (1990) sostiene: i) el AC es un instrumento de análisis descriptivo y sistemático de contenidos comunicacionales; ii) los significados nunca son unívocos y dependen de la perspectiva desde la cual se abordan; iii) los datos son “los elementos básicos, primitivos, del análisis de contenido, y constituyen la superficie que el analista debe tratar de penetrar” (*op.cit.* p.36); iv) el AC debe realizarse en relación al “contexto de los datos”, es decir, el “medio empírico” al que recurre el receptor para inferir el significado comunicacional.

La analogía de “superficie” y “contenido” para expresar las relaciones entre texto y sentido emergente que el analista debe interpretar, se reitera –con distintas palabras- en todos los autores consultados⁸³. Esta labor de interpretación reposa sobre el carácter *expresivo* de la acción humana. El sentido de nuestras acciones se expresa a través de lenguajes, siendo el verbal el más importante aunque no el único: también nos expresamos corporal y gestualmente, por medio del arte, los juegos, la vestimenta, etc. La expresividad humana vuelve manifiesta nuestra subjetividad ante los demás y ante nosotros mismos.

“...El uso de expresiones viene a ser el instrumento que vehicula nuestra capacidad de establecer relaciones intersubjetivas, y son estas relaciones las que hacen posible la interacción social. Desde este punto de vista, cabe afirmar que las expresiones constituyen el tejido propio de la vida social” (Navarro y Díaz 1998:178)

⁸² “Los oradores, o aquellos que pronuncian discursos públicos tienden a emplear expresiones ambiguas de forma premeditada, poniendo así de manifiesto su conciencia asimétrica del hecho de que los mensajes son capaces de transmitir cosas distintas a distintas personas” (Krippendorff 1990:30)

⁸³ Algunos autores funcionalistas son confusos en este punto. Cfr. Teun A. Van Dijk, que llama “discurso” a una “unidad observacional”, y propone el estudio de las relaciones entre oraciones en base a la “estructura de superficie” desdoblada en propiedades fonológicas, morfológicas y sintácticas. Pero llama “semántica textual”, a la “coherencia lineal” de las oraciones de un texto, por lo que la distinción entre sintáctica y semántica se hace casi imperceptible (Van Dijk 1986:17-29)

El AC hace suya la tarea de recopilar, clasificar, comparar, etc., las expresiones lingüísticas; la prioridad atribuida al *lenguaje verbal*, proviene de su centralidad en la organización de la interacción social⁸⁴. Por lo general, el análisis de las expresiones orales se realiza empleando su retranscripción; el investigador trabaja entonces sobre *textos*, por lo que el objeto del AC es prácticamente coincidente con cualquier otra técnica de análisis textual. Pero ¿cuál es el *contenido* que se analiza con el AC? Paradójicamente, el contenido no alude al texto mismo sino a un objeto colocado *fuera* del texto y cuyo sentido es revelado *en y por* éste.

La semiótica -disciplina que se ocupa del análisis del sentido en la comunicación humana- distingue tres niveles analíticos: sintáctico, semántico y pragmático. El nivel sintáctico incluye los aspectos alfabético y morfológico que constituyen la *forma o superficie* del texto, los niveles semántico y pragmático son su *contenido*, y el AC busca establecer conexiones entre los tres niveles. Esta definición permite diferenciar el AC de otras técnicas de análisis textual. Así, un análisis que se detenga únicamente en la dimensión sintáctica de un texto no cae dentro del AC; pero tampoco son estrictamente AC aquellos análisis que presuponen una teoría fuertemente elaborada que de algún modo “saltea” la determinación cuidadosa de conexiones entre la superficie textual y los contenidos semánticos. Es el caso del psicoanálisis freudiano, así como de los estructuralismos y ciertos enfoques marxistas⁸⁵. Estas operaciones analíticas, más que analizar un texto lo *descubren* –en sentido literal del término- pasando directamente de la superficie textual al nivel interpretativo. Así por ejemplo, Navarro y Díaz sostienen que la teoría psicoanalítica es “altamente refractaria” al AC, porque éste obligaría a establecer relaciones entre sintaxis y sentido, restringiendo así la “insuperable libertad hermenéutica” de que se beneficia toda teoría basada en una “dinámica texto-interpretación” sin estorbos.⁸⁶ “...El AC

⁸⁴ Debería convenirse en que esta centralidad está lejos de *desplazar o sustituir* otros lenguajes. Más aun, el análisis fundado *exclusivamente* en el lenguaje verbal supone cierta amputación –deliberada, pero no menos riesgosa- de la comunicación intersubjetiva tomada en su totalidad. Cfr. Umberto Eco: “En la comunicación cara a cara intervienen infinitas formas de reforzamiento extralingüístico (gesticular, ostensivo, etc.) e infinitos procedimientos de redundancia y *feed back* que se apuntalan mutuamente. Esto revela que nunca se da una comunicación meramente lingüística sino una actividad semiótica en sentido amplio, en la que varios sistemas de signos se complementan entre sí” (Eco 1987:78)

⁸⁵ “...La verdad de la historia no se lee en su discurso manifiesto, porque el texto de la historia no es un texto donde hable una voz (el Logos), sino la inaudible e ilegible anotación de los efectos de una estructura de estructuras” (Althusser & Balibar 1974:22)

actuaría como una suerte de filtro epistemológico que constriñe el conjunto de las interpretaciones posibles, en relación con un determinado corpus textual, dentro de un cierto marco teórico” (*op.cit.*p.181)

El análisis textual consiste en pasar del texto como *producto* al texto como *producción*. En su procedimiento operativo, el AC produce un meta-texto donde el *corpus* textual originario está representado de una manera transformada. En el nuevo texto se identifican y evalúan las conexiones e interacciones significativas entre *superficie* y *contenido* del texto original. Así por ejemplo, puede partirse de la dimensión pragmática, que alude al empleo de las expresiones en la comunicación; estas expresiones pueden estar destinadas a describir la realidad, evaluarla o modificarla, como también mostrar ante los demás la subjetividad del hablante, etc. La *concreción expresiva* de estas acciones pragmáticas se refleja de algún modo en los niveles sintáctico y semántico, aunque no hay una correspondencia mecánica entre esos niveles sino una conexión reflexiva: “... La sintaxis aclara la semántica, pero ésta permite detectar rasgos sintácticos inadvertidos; y las dimensiones de la comunicación resultan evidenciadas por los

⁸⁶ A mi juicio, los autores cometen allí un error de apreciación. Basta leer el primer capítulo de *La interpretación de los sueños* para entender que S.Freud fundamenta un movimiento de intelección del sueño distinguiendo el *contenido manifiesto* del *contenido latente*, ambos en conexión psíquica que el análisis deberá desentrañar; Freud emplea en esta labor de interpretación, intuiciones e hipótesis luego cotejadas mediante una racionalidad fundamentada en 600 páginas con base en un profuso material empírico (la retranscripción de relatos de sus propios sueños –que se había tomado el trabajo de retranscribir desde su niñez- así como los que relataban sus pacientes). Nada hay en esta operación de “insuperable libertad hermenéutica”, y la dinámica “texto-interpretación”, lejos de ser directa, está cuidadosamente intermediada por un cotejo riguroso y explícito, por tanto criticable y replicable. Similar consideración expresa Paul Ricœur en su *Ensayo sobre Freud*, para quien la “explicación sistemática” se funda en un trabajo cuyas reglas son elaboradas a lo largo del examen del contenido onírico “por un trabajo de interpretación”, concluyendo así que en la racionalidad freudiana “la explicación está por tanto explícitamente subordinada a la interpretación” (cfr. el fragmento original: “...l’explication systématique est reportée à la fin d’un travail effectif dont les règles elles-mêmes sont élaborées; et elle est expressément destinée à transcrire graphiquement ce qui se passe dans le ‘travail du rêve’ qui n’est lui-même accessible que *dans et par* le travail de l’interprétation; ce n’est pas un hasard si ce livre s’appelle *Traumdeutung, l’interprétation des rêves*”; Ricœur 1965:96). Muy sugestiva resulta igualmente la consideración de Carlo Ginsburg sobre el método interpretativo empleado por Freud en su *Psicopatología de la vida cotidiana*; este método –sostiene Ginsburg- se centra “...sobre os resíduos, sobre os dados marginais, considerados reveladores” y que normalmente son considerados triviales y sin importancia; precisamente, estos actos triviales de la vida cotidiana deben toda su expresividad al hecho de que *escapan a la vigilancia del deber ser*, a que son generados sin que la conciencia se interese por controlarlos, debido *precisamente* a su –supuesta- importancia menor. De nuevo, y desde otro ángulo, puede constatararse en la racionalidad freudiana la firme voluntad de atenerse al cotejo empírico, de precaverse ante cualquier “insuperable libertad hermenéutica” –Navarro y Díaz dixit- con rigor y coherencia interna. (Ginsburg 1989:149 y ss.)

niveles sintáctico y semántico, pero a su vez, la consideración de tales dimensiones hace posible la reconsideración analítica de esos niveles” (Navarro y Díaz 1998:186).

La técnica estándar de AC es la codificación. La unidad de registro más simple de la codificación es la “palabra-término”. La elección de ciertas palabras clave es una herramienta heurística con la cual se pueden registrar los contextos (frases) en los que son empleadas, y proceder luego al análisis de estos contextos. Se distingue así entre las “unidades de registro” y las “unidades de contexto” dentro de las cuales éstas aparecen. La unidad de contexto es un marco interpretativo más restringido que el *corpus* total del texto, y se conecta lógicamente con los objetivos de la investigación. La codificación consiste en la selección y adscripción de las unidades de registro a sus respectivas unidades de *contingencia* (conurrencia o no en una misma unidad de contexto), *equivalencia* (presencia en contextos análogos) u *oposición* (incompatibilidad contextual).

Luego de la codificación se procede a la *categorización*. Esta consiste en una clasificación de similitudes y diferencias de las unidades de registro en sus contextos, siguiendo ciertos criterios definidos que pueden ser sintácticos (empleo de ciertas expresiones), semánticos (agrupamiento temático o conceptual) o pragmáticos (distinción entre actitudes o modos de uso del lenguaje). Le sigue finalmente la fase interpretativa o inferencial, en la que se procura acceder a las “realidades subyacentes” que han determinado la producción de las comunicaciones lingüísticas analizadas. El método de análisis más clásico en AC, es el que se centra en el nivel semántico.

Tal como ha quedado dicho, la orientación del análisis de los contenidos textuales depende estrechamente del enfoque teórico del investigador, por lo cual es en gran medida contingente: toda inferencia interpretativa de cierto texto es única, ya que constituye *siempre* un modo original de (re)apropiación de la teoría puesta en obra en el proceso de análisis. Dicho esto, pueden distinguirse ciertas características discriminantes que permitan agrupar en grandes familias a las diversas aproximaciones analíticas. Es lo que hace Enrique Alonso (1998), quien diferencia tres niveles de aproximación al análisis del discurso: el informacional-cuantitativo, el estructural-textual y el social-hermenéutico.

- i) *El nivel analítico informacional-cuantitativo*, más inmediato y descriptivo, explora el texto en tanto conjunto de palabras buscando reiteraciones y asociaciones posibles. Suele postularse como “objetivo” –independiente de la subjetividad del investigador y de los investigados- y destinado a describir y cuantificar. Requiere una atribución de sentido unívoco a las palabras, convertidas así en señal desprovista de cualquier ambigüedad, polisemia o indexicabilidad contextual; se interesa por correlaciones, asociaciones, frecuencias, redundancias, y habilita el tratamiento informático del texto. El emisor es el factor controlador y el receptor el elemento controlado, las señales ejercen una influencia idéntica sobre sus destinatarios y pueden ser homogeneizadas, normalizadas y matematizadas, restringiendo la polisemia y la inexactitud⁸⁷.
- ii) *El análisis estructural-textual* busca en los textos sus estructuras subyacentes universales y abstractas; los sujetos aparecen como “reproductores inconscientes” de una articulación sígnica que no controlan. Cierta sistema de relaciones a descifrar, brinda al texto su identidad en tanto conjunto de significantes que “flotan” independientes de quienes los utilizan. En suma, “...la lengua habla a los sujetos; los sujetos son sujetos sujetados por el lenguaje o por cualquier sistema de significación, el código determina al mensaje y recrea al emisor...” (Alonso *op.cit.* p.198)
- iii) *El nivel social-hermenéutico de análisis* –que el autor hace suyo- presupone que el texto es soporte de discursos que allí confluyen y se expresan, desbordándolo. El texto sirve para hacer visibles e interpretables las acciones significativas de los sujetos en sociedad: el texto *no es* el sentido, sino su mediador. El análisis de textos complementa y auxilia el análisis sociológico del discurso, pero *no es* el análisis del discurso, lo cual ha sido oscurecido por el “imperialismo estructuralista”. En los textos se materializan imágenes lingüísticas cuyas “líneas de enunciación simbólica” deben ser interpretadas por el

⁸⁷ Esta concepción de una relación unidireccional emisor-receptor en la que éste último reacciona pasivamente a los estímulos del primero, anima el “paradigma de Lasswell”, concepción funcionalista de la comunicación que hegemonizó largamente la llamada *Mass Communication Research* norteamericana en los años de la segunda posguerra (Lasswell 1993). Una debilidad central del enfoque residiría en la traslación mecánica de la modalidad de comunicación interpersonal a las colectividades involucradas en la comunicación masiva (Moragas 1993:40-43). En otro plano, Umberto Eco critica el modelo comunicativo de los primeros teóricos de la comunicación fundado en una discutible identidad de códigos entre emisor y receptor: “Ahora sabemos que los códigos del destinatario pueden diferir, totalmente o en parte, de los códigos del emisor; que el código no es una entidad simple, sino a menudo un complejo sistema de sistemas de reglas; que el código lingüístico no es suficiente para comprender un mensaje lingüístico” (Eco 1987:77)

análisis que las inserta en el campo de relaciones e intereses sociales que les brinda contexto discursivo⁸⁸ (ver Ricoeur: *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*, Siglo XXI, México 1995). (Alonso 1998:191-204)

El análisis informacional-cuantitativo⁸⁹ disuelve el sentido de los sujetos en una explicación externa a la situación de enunciación, y para el estructuralismo los sujetos se muestran sujetos a estructuras abstractas e inmodificables. De este modo –discurre el autor- sólo la perspectiva social-hermenéutica reconoce sujetos activos cuyos discursos emergen de prácticas realizadas desde los intereses de diferentes grupos y actores. Insertadas en el escenario histórico social, estas prácticas constituyen a los actores sociales y su capacidad de intervención en los conflictos y negociaciones. Sólo así puede tematizarse a los actores como productos históricos, y

⁸⁸ cfr. Bourdieu (1988:143-151) sobre el contexto considerado como un campo o sistema de relaciones e intereses que da sentido a las estrategias que enmarcan las prácticas discursivas

⁸⁹ Alonso identifica este enfoque cuantitativista con toda perspectiva analítica centrada en el AC, por contraste con el “análisis del discurso” que él preconiza. Esta distinción terminológica para aludir perspectivas analíticas competitivas, es –al menos- polémica. Ciertamente, puede leerse en *numerosos textos de metodología* apreciaciones de este tipo: “El análisis de contenido es una técnica de investigación cuya finalidad es la descripción objetiva, sistemática y cuantitativa del contenido manifiesto de la comunicación” (Cartwright 1972:391). O también: “Se puede definir el análisis de contenido como una técnica de investigación que identifica y describe de una manera objetiva y sistemática las propiedades lingüísticas de un texto con la finalidad de obtener conclusiones sobre las propiedades no lingüísticas de las personas y los agregados sociales” (Mayntz, Holm y Hübner 1988:198). Las aproximaciones “cuantitativistas” son muchas y muy influyentes hasta entrados los ’70. Cfr. Maurice Duverger, para quien “el análisis de contenido es una forma particular de semántica cuantitativa” que clasifica “significados” acercando sinónimos, la determinación de categorías supone una relación unívoca entre palabra y significado, etc. (Duverger 1962:165-197). Ver también Grawitz (1975:261-268) que despliega una aproximación muy similar. Pero –por ejemplo- A.Blanchet y A.Gotman proponen que en el análisis de contenido, el investigador debe prescindir deliberadamente de la coherencia manifiesta del texto y descomponerlo en “unidades elementales replicables” con vistas a la producción de un “efecto de inteligibilidad” que supone ya cierto movimiento interpretativo. Agregan luego que el AC, lejos de ser neutro, representa una “producción de resultados” así como la última etapa de “la construcción del objeto”; el análisis –insisten- se orienta por presupuestos teóricos cuya utilización específica debe ser expresamente fundamentada (“L’analyse de contenu n’est pas neutre. En tant qu’opération de production de résultats, elle représente l’ultime étape de la construction de l’objet. Les différentes analyses de contenu seront donc envisagées sous l’angle de leurs présupposés théoriques et dans leur cadre d’utilisation spécifique”, Blanchet et Gotman 1992:94). Se aprecia aquí sin duda una aproximación “cualitativa” matizada al empleo del instrumento del AC en estos autores franceses, que nada tiene de “informacional-cuantitativo”. Tal parecería que Alonso se ha quedado con el abordaje funcionalista de Bernard Berelson y su definición clásica del análisis de contenido en tanto técnica de investigación para una descripción “objetiva, sistemática y cuantitativa del contenido manifiesto de la comunicación” (cfr. *Contents Analysis in Communication Research*, Free Press, N.York 1952, citado por Krippendorff 1990). El propio Krippendorff (*op.cit.*) propone eliminar los términos “manifiesto” y “cuantitativo” en el entendido de que el AC se ocupa también –o debe hacerlo- de contenidos latentes y puede valerse para ello de técnicas cualitativas, argumento que es retomado por López-Aranguren (1996) con idéntico fundamento.

simultáneamente como autores de sus prácticas históricas a través de modelos culturales, conflictos y movimientos sociales. El análisis socio-hermenéutico va del texto a la acción, del enunciado al sentido vivenciado por los sujetos, y en este sentido es una “lectura activa” de los textos, y ello no de modo arbitrario ni como imposición desde fuera del discurso, sino usando el texto del modo en que el texto quiere ser usado (Cfr. Eco 1987:77-82)

Mediante este análisis del discurso, el investigador busca saber *qué hacen y qué buscan los sujetos cuando utilizan el lenguaje*. Para ello busca referencias a contextos, se vale de analogías e interpretaciones situadas, describe las formas en que los usuarios se apropian del lenguaje para dar sentido a sus actuaciones grupales⁹⁰. Esta lógica aproxima al análisis del discurso al método detectivesco en cuanto se buscan indicios o huellas sintomáticas susceptibles de aportar pistas para la interpretación de fenómenos sociales más generales⁹¹.

En suma, un análisis que parta de la “hegemonía del nivel de la interpretación” (Alonso *op.cit.* p.229), convoca a una actividad reflexiva que implica al investigador en el empleo de teorías y métodos que no son nunca herramientas acabadas de aplicación unívoca sobre “la realidad”, sino que se adaptan y cristalizan en construcciones contingentes a lo largo del proceso que las pone en contacto con las observaciones.

⁹⁰ Cfr. Ludwig Wittgenstein y su definición de “juegos de lenguaje” como totalidad que incluye al lenguaje pero también “las acciones con las que está entretelado”. Escribe el autor: “¿Qué *designan*, pues, las palabras de este lenguaje? ¿Cómo debe mostrarse lo que designan si no es en su modo de uso? (...) Ciertamente, lo que nos desconcierta es la uniformidad de sus apariencias cuando las palabras nos son dichas o las encontramos escritas o impresas. Pero su *empleo* no se nos presenta tan claramente” (Wittgenstein 1988:27)

⁹¹ La etimología de *investigar* y *vestigio* remite a *vestigo*, huella que deja la presa acechada por el cazador, y que éste debe descifrar (Ibáñez 1996) Cfr. la sugestiva mirada que Carlo Ginzburg dedica bajo el título “Raíces de un paradigma indiciario”, al rastreo de cierta perspectiva analítica que pone en relación -insospechada- al Sherlock Holmes de Arthur Conan Doyle, al historiador de arte Giovanni Morelli y al Sigmund Freud de *La Interpretación de los sueños y Psicopatología de la vida cotidiana*, entre muchos otros autores modernos. Investigadores de diversas disciplinas del conocimiento sistemático, compartirían una similiar actitud detectivesca sobre sus objetos, relevando índices, pistas significativas, procurando penetrar a través de “elementos pouco notados o desapercibidos”, deteniendo la atención en “detritos ou ‘refugos’ da nossa observação”. Este “paradigma indiciario” remitiría a los albores mismos de la especie humana: “O caçador teria sido o primeiro a ‘narrar uma história’ porque era o único capaz de ler, nas pistas mudas (se não imperceptíveis) deixadas pela presa, uma série coerente de eventos” (Ginzburg 1989:143-179. Puede verse también en el cap.V de su *Micro-História*, una aplicación del “paradigma indiciario” al campo de la historia: Ginzburg 1989^a:169-178)

“...Cada vez que estamos haciendo una investigación estamos creando las categorías de la misma, independientemente de que esas categorías están formuladas, o inventadas por otro autor como categorías genéricas, pues el investigador al utilizarlas en su esquema interpretativo las está reinventando en el mundo concreto de la realidad que investiga” (Alonso 1998:217).

Hemos procurado abarcar en este recorrido, las principales implicancias teórico-metodológicas del grupo de discusión en tanto instrumento de re-creación de la vida social que produce una comunicación colectiva; luego, nos interesamos por los abordajes más habituales de esta comunicación retranscripta. Corresponde explicitar ahora los modos particulares en que nos apropiamos de estas técnicas de producción y análisis del discurso, o dicho más llanamente, los avatares contingentes del “taller metodológico” tal como efectivamente se desarrolló en el trabajo que aquí exponemos.

El trabajo de campo

Este trabajo se inició cuando las ocupaciones de liceos llevaban ocho días y el movimiento se encontraba todavía en su apogeo; el campo se dio por terminado cuando habían transcurrido tres semanas de vuelta a clases. El tiempo total insumido en la conformación de los grupos de discusión fue de cinco semanas (del 23.8.96 al 28.9.96). Los grupos involucraron a 91 estudiantes de cinco liceos; si consideramos el registro de entrevistas individuales a un reducido núcleo de profesores y un grupo de discusión constituido con padres de ocupantes, el texto oral totaliza algo menos de treinta horas de registro magnetofónico.

Finalizada la fase de registro magnetofónico, la recolección de información fue completada con una encuesta a 600 liceales montevideanos en los horarios de cambio de turno, con el propósito de cuantificar grados de participación en el movimiento de ocupaciones de liceos que acababa de terminar. Esta encuesta es sólo indicativa y no estadísticamente representativa, ya que no fue realizada al azar: no todos los liceales de 2do. Ciclo tuvieron las mismas posibilidades de ser encuestados, ya que fueron previamente elegidos cinco de los liceos más numerosos y activos en el proceso de ocupaciones liceales, que agrupan al 40 % de la población estudiantil montevideana del 2do. Ciclo (ver *supra*, “El movimiento de liceales ocupantes”).

Adelantábamos en la introducción las particulares constricciones metodológicas que signaron este trabajo, y específicamente la constitución *sui generis* de los grupos de discusión: *en todos los casos* la convocatoria fue mediada por los interlocutores “del gremio”, quienes llamaron a otros estudiantes sin otro criterio que el dictado por las afinidades interpersonales; de esta manera, los grupos se constituyeron “espontáneamente” con integrantes del núcleo más constante y decidido del movimiento de ocupantes. Este “sesgo” en realidad no es tal, puesto que en este trabajo focalizamos precisamente el discurso emergente de la “autoconciencia colectiva” del grupo de estudiantes que se reconocen en el “gremio” y que asumieron en todos los liceos las tareas de conducción del movimiento de ocupaciones. En suma, nos hemos interesado de modo exclusivo y deliberado por la producción discursiva de los integrantes del “gremio” o núcleo minoritario de activistas constantes, lo cual es consistente con la composición de los grupos de discusión.

En cambio, otro sesgo reclama dilucidación. En la perspectiva que aquí adoptamos, el grupo en tanto “proyecto de conversación socializada” supone por una parte la elección cuidadosa de sus miembros en tanto “representantes” de ciertas posiciones sociales, y por otra, el desconocimiento de los participantes entre sí para ahuyentar la posibilidad de que la discusión derive en complicidades privadas (ver *supra*, Alonso 1998). El primer requisito está sin duda contemplado, a la luz de lo que venimos de expresar. En cuanto a la violación flagrante del segundo requisito en nuestro trabajo de campo, ¿qué implicancias tiene este importante trastocamiento del procedimiento canónico de la técnica, de cara a la dinámica de los grupos tal como efectivamente tuvo lugar? Nos parece que el asunto debe ser analizado a la luz de *la experiencia concreta* de la dinámica discursiva registrada, así como de la productividad de su posterior análisis (“la prueba del budín está en comérselo”). Y la dinámica discursiva que efectivamente tuvo lugar, nos muestra que *aun las derivaciones de la discusión por los caminos de la memoria de vivencias compartidas*, lejos de entorpecer la tarea, contribuyó *casi siempre* a aportar material signifiante. Esto no quiere decir que “dé lo mismo” que los miembros del grupo de discusión se conozcan íntimamente o sean perfectos desconocidos; sí postulamos, en cambio, que la especificidad de nuestro objeto de análisis –la “conciencia colectiva” de los núcleos de activistas- determinó que la familiaridad y las vivencias compartidas, lejos de obstaculizar el discurso procurado, contribuyeron a su producción consensuada. Señalemos sin

embargo, que esta proximidad subjetiva de la mayor parte de los participantes de los grupos catalizó la emergencia cíclica del “grupo emocional”, que no siempre pudo ser adecuadamente continentada por el investigador (de esto tendremos más elementos de evaluación en el desarrollo que sigue a este capítulo). Esto sucedió con particular acritud en una oportunidad, conllevando la suspensión del trabajo de grupo.

Los seis primeros grupos de discusión fueron realizados con estudiantes del liceo Dámaso, ya que inicialmente se había concebido un trabajo centrado exclusivamente en la experiencia de ocupación de aquel centro de estudio. Le siguieron luego tres grupos constituidos en los liceos IAVA, IBO, y Zorrilla. Se realizó también una “entrevista de grupo” a 16 estudiantes ocupantes del liceo Las Piedras que tomó la forma de una ronda de apreciaciones personales, aunque las interacciones y alusiones mutuas de los intervinientes contribuyeron a marcar una importante tendencia a la búsqueda de consenso, aproximándose en cierto grado a la dinámica de grupo. El material discursivo resultante se constituye por una parte con la retranscripción de los grupos del Dámaso (54.953 palabras, 303.116 caracteres), los grupos de IAVA, IBO y Zorrilla (35.520 palabras, 171.497 caracteres) y la entrevista colectiva de Las Piedras (13.240 palabras, 74.476 caracteres), lo que totaliza algo más de 300 páginas de 1.800 caracteres.

Explicitemos ahora los procedimientos de análisis textual que hemos empleado, de cuyo producto interpretativo daremos cuenta en el próximo apartado de esta exposición. En primer lugar, nos propusimos identificar aquellas “unidades de registro” que nos permitieran establecer una conexión significativa entre la “superficie del texto” y nuestro problema de investigación. Esto quería decir, en concreto, que –si nuestra presunción inicial podía mantenerse en pie– necesitábamos volver visible *en la sintaxis del texto*, la tensión entre “nosotros” y “ellos” en las palabras de los participantes de los grupos de discusión. Sucesivas relecturas de las retranscripciones de los grupos nos hicieron ver que aquella polaridad se mostraba en la “superficie” textual, casi invariablemente asociada con ciertas “palabras-término” recurrentes: *el gremio* (“nosotros”) y *la gente* (“ellos”). Tal como alertan los autores en los que nos hemos basado (especialmente en este punto, Navarro y Díaz) no hay una correspondencia mecánica ni unívoca entre las palabras-término que se pretenden emplear como código, y su contenido semántico; por tanto, si efectivamente se verificaba cierta correspondencia, ésta sólo podía

emerger del examen de las “unidades de contexto” en que aquellas palabras-término (las “unidades de registro” en términos de Alonso) eran empleadas en la interacción grupal.

Emprendimos luego la codificación de nuestro texto tomado como totalidad, realizando la selección y agrupamiento de las unidades de contexto en que eran empleadas aquellas palabras-término. Este contexto reducido –respecto del texto total- brindaba así un marco interpretativo más restringido, ordenado por una hipótesis de correspondencia sintáctica-semántica que debería inspirar y organizar el análisis. En términos de la técnica de análisis discursivo tematizada *supra*, pasábamos del “texto producto” al “texto producido”, del *corpus* textual total que pre-existe al análisis (y se constituye en su objeto), a un texto re-creado en función de los intereses de la investigación.

Las *contingencias* y *equivalencias* encontradas en las “unidades de contexto” así agrupadas, permitieron elaborar cierta interpretación, si no “unívoca” al menos consistente con las atribuciones de sentido interactivo y consensuado provenientes de los interlocutores de los grupos. A la vez –como podrá verse en el capítulo siguiente- las *oposiciones* o incompatibilidades contextuales entre diversos empleos de la misma palabra-término resultaron muy productivas en el proceso interpretativo. Estas oposiciones que enfrentan –al menos momentáneamente- sintáctica con semántica en distintas asignaciones de significado del mismo término, iluminaron con particular intensidad los empleos paradójicos y aun contradictorios del término *la gente*. Pusimos estos empleos contradictorios en relación con ciertos *imperativos pragmáticos* dictados por los modos en que “los del gremio” vivencian y justifican su rol de conducción. De este modo, el texto se nos reveló efectivamente como un “soporte de discursos” que lo desborda, y estos desbordes deben ser objeto de una “lectura activa” que los ponga en contacto con la “superficie” del texto por una parte, y con las prácticas de los actores sociales por otra. Notemos que nos encontramos aquí en un cruce de caminos entre los conceptos teóricos, las técnicas de abordaje del campo y el proceso de interpretación. De este último pasaremos a ocuparnos en las páginas que siguen.

III

“El que encuentra, no sabe lo que puede encontrar: por eso tiene que estar a la escucha de las respuestas a preguntas que no han sido formuladas –y, a lo mejor, no son formulables”.

Ibáñez 1996:577

Las opciones teóricas implicadas en los discursos, dependen de la función de éstos en campos de “prácticas no discursivas”: tal es el enfoque de Michel Foucault en su *Arqueología del saber*. En este texto, el filósofo francés explora las implicaciones mutuas de discurso y práctica social en una exposición que pretende saldar cuentas con la concepción “teleológica” de la historia y la noción “antropológica” de sujeto autónomo. Sin discutir con su argumento central, nos serviremos muy pragmáticamente de su reflexión acerca de la *titularidad* de cualquier discurso, a la que se asocian ciertos *derechos* o competencias que se vuelven atributos de quienes detentan dicho discurso:

“...la propiedad del discurso -entendido como derecho de hablar, competencia para comprender, acceso lícito e inmediato al corpus de los enunciados formulados ya, capacidad, finalmente, para hacer entrar este discurso en decisiones, instituciones o prácticas- está reservada de hecho (a veces incluso de manera reglamentaria) a un grupo determinado de individuos” (Foucault 1991:111-112).

Daremos cuenta del tipo de relaciones discursivas que los integrantes del “gremio” entablan con “la gente”, así como la legitimación de prácticas vicarias que emerge de dichas relaciones. Comenzaremos por examinar el discurso de los militantes liceales referido a “la gente”, que veremos en permanente tensión dialéctica con los roles que se asignan a sí mismos los activistas del “gremio” que concentran tareas de coordinación y dirección del movimiento. Estos atribuyen a “la gente” una anónima e infalible capacidad de discernimiento; se trata de un discurso construido y compartido precisamente por *los miembros de aquel núcleo de activistas constantemente preocupados por la identificación y formulación de los intereses de “la gente”*. Estos militantes defienden su propia interpretación de los pasos más acertados que deberá seguir el movimiento social; sienten que de este modo no hacen otra cosa que cumplir con el mandato de “la gente”. Cuanto más sólido es el consenso entre activistas en torno a dicha interpretación, tanto más convencidos estarán de la legitimidad de su función vicaria. *Quienes así proceden, terminan por abrogarse a sí mismos cierta facultad o disposición: la facultad de percibir, interpretar y luego custodiar celosamente el mandato de “la gente”*. Esta singular facultad coloca a quien la reivindica para sí, *por fuera y por encima* de los propios destinatarios del discurso que recubre a “la gente”; la polisemia del término, la intangibilidad del sujeto abstracto al que apela, derivan todo(s) su(s) sentido(s) de su inserción en el discurso del “gremio”, que

ocupará la segunda parte de este capítulo. *Es este entramado discurso y sus articulaciones con las prácticas sociales que querríamos aprehender.*

La gente

El vocablo “la gente” en boca de los integrantes del núcleo más activo de la movilización estudiantil, alude a cierta entidad colectiva anónima erigida en mítico protagonista⁹². Este vocablo se muestra cargado de una diversidad caleidoscópica de sentidos. Todos estos sentidos –a menudo paradójicos- forman una trama discursiva de atributos positivos de lucidez y conciencia, de protagonismo, de sabiduría “natural”. Estos atributos constituyen una especie de halo de principio inapelable que rodea a “la gente”. Quien se precie de ser “dirigente” deberá saber en todo momento lo que “la gente” realmente quiere, siente o necesita; de allí en más, su desempeño satisfactorio dependerá de la interpretación de dicha volición, sensibilidad y requerimientos. En contrapartida, quien fracase o se equivoque en dicha interpretación, correrá el riesgo de verse marginado del movimiento, barrido del escenario social, de la vida real, de la historia, etc. Nos ocuparemos aquí de los diversos empleos del término, así como de los contenidos semánticos que se asocian a éstos.

La gente sabe lo que quiere

La elaboración discursiva que apela a “la gente” se muestra dotada de un singular poder de seducción, de una fuerza de compulsión moral irresistible. “La gente” es una entidad central del movimiento, y no un lugar común o una simple liturgia demagógica. Cualquier reflexión que los liceales ocupantes dedican al emprendimiento colectivo en que están involucrados, parte de un espontáneo reconocimiento a la sabiduría o sensatez de “la gente”. La invocación a esa sabiduría inmanente, ahuyenta las dudas y alivia la responsabilidad del rol dirigente; los militantes del núcleo más activo y constante –“los del gremio”- parecerían decirse: “la gente

⁹² Mito en el sentido “clásico” que define muy bien Mircea Eliade: “El mito cuenta una historia sagrada, relata un acontecimiento que ha tenido lugar en el tiempo primordial, el tiempo fabuloso de los ‘comienzos’”, relato sagrado que irrumpe en el mundo real cotidiano dotándolo de cierto sentido. (Mircea E. 1968:23 y ss.)

sabe lo que quiere, y yo estoy haciendo lo que espera de mí”. *Pero sobre todo, esta invocación se acompaña de una autopercepción declaradamente modesta del rol de dirigente, un refugio que exorciza de cualquier reproche de “elitismo”, “dirigentismo”, etc.*

“Lo que uno tiene que hacer como dirigente, de alguna manera, es darle el incentivo. La gente era consciente de que la ventana está rota, etc., entonces no sé si fue tanto el trabajo que nosotros hicimos para llegar a esto, o que más bien la gente sola se da cuenta de las cosas” (Ernesto)

La capacidad de discernimiento, la inteligencia y sabiduría de “la gente” arbitran inapelablemente el curso que la acción debe seguir. Este postulado es radical, no admite matices, y constituye punto de partida indiscutido para el colectivo de activistas, en argumento de autoridad autorreferido al que se apela para zanjar o aplazar diferencias, para reclamar la razón, para confirmar que se está en el buen camino.

Esta trama de atributos míticos de “la gente” se inscribe, por otra parte, sobre fondo de una perspectiva utópica: el horizonte lejano aunque posible de “conciencia total” a la que se deberá llegar un día, aunque hoy se esté todavía lejos;

“Lo ideal, lo objetivo, lo utópico sería poder llegar absolutamente a una conscientización total de todas las personas, que todas las personas tengan un nivel de compromiso con todo lo que... tá, pero de a poquito se va trabajando hacia eso. No puede ser de un día al otro” (Lía)

La “conscientización total” es el referente utópico absoluto que *inspira y justifica el actual reconocimiento de las virtualidades de “la gente”*. Hoy no alcanza ese “nivel de compromiso” deseable, pero la certidumbre de hacerlo en un futuro, realimenta la confianza finalista en “la gente”. El nivel de compromiso *presente* debe verse *desde* esta confianza finalista, lo cual tiene un doble impacto: i) por una parte, resta importancia a las actuales ambigüedades, incertidumbres o contradicciones de “la gente”, ya que nada ocurre “de un día al otro”; ii) por otra, si la “conscientización total” queda remitida a un futuro cierto aunque lejano, “alguien” debe interpretar, tutelar, “darle el incentivo”... alguien debe dirigir *hoy*... haciéndolo con la mirada puesta en el *mañana*. O todavía mejor, alguien debe posicionarse *desde la utopía* para iluminar “hacia atrás” un presente *todavía* poco consciente poblado por quienes *hoy* “juegan

al truco en las asambleas”. Ese *alguien* es un actor colectivo, y tiene las caras de “los del gremio”.

Pero esta “conscientización total” no es únicamente una utopía compartida por estos jóvenes colocados al frente del movimiento, que obraría al modo de una ideología. “Los del gremio” perciben en “la realidad misma” de los acontecimientos que los envuelven y empujan, acontecimientos que han sobrepasado las más subidas expectativas previas al inicio de las ocupaciones, y “la gente” los ha protagonizado⁹³. El proceso de alza cuantitativa y cualitativa de la participación en el movimiento colectivo parece mostrar la emergencia de un protagonismo autopropulsado. Y es precisamente esta emergencia tangible, que pone en contacto “lo ideal, lo utópico” con una promesa de realidad alcanzable. En ese caldo de cultivo crece la sensación de que, dadas las circunstancias, el rol de conducción se ve reducido a una mínima expresión: de más en más “la gente manda”.

El fulgurante movimiento colectivo que parece brotar de la nada, manifiesta la vitalidad de una acción autónoma que ya puede prescindir de cualquier liderazgo. El breve diálogo que retranscribimos a continuación, muestra la elaboración interactiva de un “antes” y un “ahora” en la relación de los activistas con “la gente”, una transformación que aquéllos vivencian como sustantiva, duradera. En tiempos “normales” –los que han precedido inmediatamente el proceso actual de participación colectiva- se debía “disertar ante la gente”, lo que en definitiva “era como dirigir”. Ello se ha vuelto innecesario, y quienes se sentían convocados a “disertar” para así “dirigir” las asambleas y demás instancias colectivas, se encuentran ahora “mezclados entre la gente, que por otra parte ha perdido el “miedo de hablar”. La utopía anima la percepción de lo que está ocurriendo, ya nada es lo que antes era, a la gente “no le gustan los dirigentes” y eso está muy bien: ¿qué otra cosa esperábamos?, parecen decirse con entusiasmo.

Pero todo esto no transcurre *a espaldas* de “los del gremio”; por el contrario, sienten que *ellos mismos* forman parte inseparable de este proceso. El flujo de acontecimientos está lejos de

⁹³ “¿Cómo percibieron sus propios protagonistas la acción colectiva en la que estaban embarcados? Ante todo, fueron también sorprendidos por la entidad del movimiento, por las características de ‘bola de nieve’ que adquirió durante la segunda quincena de agosto” (Graña 1996:20)

discurrir *a pesar de los “dirigentes”* y cuenta con ellos como protagonistas lúcidos, sus expectativas se han visto desbordadas pero *en ningún caso contradichas*. Antes bien, la transformación en marcha no cuenta sólo con la aquiescencia de quienes la describen con fervor, sino que *los involucra directamente*. Y ello no sólo porque de algún modo es lo que podía esperarse, sino también porque en definitiva “la respuesta de la gente a la ocupación, se debe a esa política que tenemos”, léase a acciones positivas y deliberadas del núcleo de “los del gremio”.

Esteban: Se busca la democracia. Si la democracia es el gobierno del pueblo, la democracia de los estudiantes es el gobierno de los estudiantes (...) A lo primero, nosotros, que éramos los que más hablábamos en las asambleas, nos parábamos para disertar ante la gente, era como dirigir. Pero después eso fue cambiando, y ahora nos ponemos todos sentados en el piso, mezclados a la demás gente.

Perico: Ya no es necesario dirigir una asamblea, ellos mismos están interesados en lo que se habla, no tienen miedo de hablar.

Javi: Lo bueno que yo vi en el gremio este año, es que se respetaba mucho a la gente, a todas las opiniones.

Esteban: Al principio del año en las asambleas hablaban dos o tres. Ahora no, todavía no terminaste de hablar y ya te están interrumpiendo tres o cuatro. Nosotros cuidamos de que no resalte eso de “vos vas para allá, vos para acá”.

Lía: yo creo que precisamente la respuesta de la gente a la ocupación, se debe a esa política que tenemos ... a la gente no le gustan los dirigentes. Por ejemplo, se formaron comisiones, y las responsabilidades principales recayeron en cierta gente que se está moviendo, que son integrantes del gremio, y la gente empezó a cuestionar, preguntando ¿quién eligió a esa gente, porqué ellos y no yo?

Nacida en el terreno de la manifestación masiva e inesperada, una admirada apreciación del rol de “la gente” reconoce en esta entidad colectiva la utopía que interactúa con la acción real, transmitiendo una suerte de “seguridad ontológica”. Esta entidad colectiva que ha sacudido la rutina, proporciona asidero a la fantasía libertaria de democracia radical.

Pero lo que quiere realmente “la gente”, no siempre se manifiesta unívocamente; antes bien, resulta a menudo ambiguo, interpretable. Mirada *desde* el horizonte utópico de la

“conscientización total”, nadie duda que “la gente manda” precisamente porque lo hará un día, y “de a poquito se va trabajando hacia eso”. Pero colocada en situaciones cotidianas en las que deben tomarse decisiones concretas, “la gente” se muestra más bien polifónica, multiforme, y aun errática, caprichosa, poco previsible. “La gente sola se da cuenta de las cosas”: de acuerdo; pero sucede que su voluntad o su conciencia no siempre se expresan con voz audible, satisfactoriamente clara, incontrovertible. ¿Cómo saber, entonces, cuál es su *desideratum* sin abrigar “dudas razonables”? Y sobre todo, ¿quién o quiénes pueden abrogarse la facultad de interpretarlo? Ello deberá ser dirimido, definido o acordado de alguna manera entre los activistas que disputan semejante facultad o potestad. Hurgar en los modos discursivos que dan cuenta de estas acciones, cae de lleno en nuestros intereses de búsqueda.

Aquella suerte de fe compartida en el discernimiento de “la gente” es un lugar común entre los activistas. *Pero sucede que no basta por sí mismo para abordar las cuestiones inmediatas relativas al curso de la acción.* Una vez traspasado el umbral de las grandes apelaciones de principio, el suelo firme donde parecía enraizar la promesa igualitaria y la prescindibilidad de los dirigentes, se torna tembladeral que englute certezas. Lo que “la gente” quiere, espera, necesita o sabe, no puede deducirse de principios generales o utópicos; éstos permanecen mudos ante los desafíos del quehacer inmediato. Ni bien se consideran “acciones situadas” (Wilson 1990), la voluntad, intenciones o intereses de “la gente” se vuelven difusos en sus contornos. Esta difusividad acrecienta la ambigüedad interpretativa de lo que “realmente quiere la gente”, y las contradicciones se trasladan al terreno de la toma de decisiones sobre el derrotero de la acción colectiva. El conflicto tanto más apasionado cuanto que se despliega en un ámbito familiar y cotidiano; en él se producen fuertes interacciones que involucran globalmente a las personas que participan de la acción clamando y reclamando legitimidad para su propia definición de la misma. Las tensiones que se han vivenciado *realmente* en la práctica del movimiento social, se re-producen *discursivamente* en el grupo bajo forma de *grupo emocional* que por momentos estalla imponiéndose sobre el *grupo de discusión* (Alonso 1998).

Consideremos la re-creación de una situación concreta que realiza un grupo de discusión de liceales del Dámaso. Empecemos por recordar brevemente que el movimiento de ocupaciones fue iniciado por este liceo junto al Zorrilla, lo que constituía para sus activistas un pregonado

motivo de orgullo y prestigio ante los demás. Pero transcurridas dos semanas, crecía entre los ocupantes de aquel liceo la sensación de que era prudente para el propio movimiento levantar la ocupación. Esta opinión terminó primando, y el Dámaso entregó el liceo a las autoridades del CODICEN el 30 de agosto, cuando habían pasado exactamente dos semanas. La ocupación de los demás liceos se extendería seis días más. “Los del Dámaso” acusan doloroso recibo del reproche que muchos compañeros de otros liceos les dirigen: los que habían estado entre los primeros y más entusiastas ocupantes, ahora se retiraban dando la espalda a los demás. Esta soledad inesperada de quienes se habían sentido en la cresta de la ola durante dos semanas, reaviva la discusión en torno a la pertinencia del levantamiento. Una encendida polémica enfrenta a quienes votaron la desocupación, y quienes sostienen que se cometió un error irreparable. Pero en la medida en que unos y otros se sienten aproximados por la común pertenencia al grupo de activistas ocupantes, las asperezas del *grupo emocional* resultan cotinentadas *en y por* la discusión argumentativa. En la medida en que unos y otros se sienten aunados en la pertenencia al grupo de activistas ocupantes, las pasiones del “grupo emocional” pueden ser sublimadas. Pero aun así, la re-creación dramática al interior del grupo de discusión amenaza por momentos el desborde emocional: se gritan fuerte, se enojan con el interlocutor que ha sido investido como “representante de posiciones” (Alonso 1998:56-7) que no se comparten. Cuando ello ocurre, la unidad del grupo puede verse comprometida⁹⁴. En este caso, la unidad se preserva poniendo en obra el recurso de la discusión con un tercero ausente. Ernesto es quien defiende con más vehemencia su posición contraria al levantamiento de la ocupación del liceo; él ha sido un referente central para el gremio, la ocupación y la movilización toda, y a pesar de ello ha quedado en minoría. Su tono se vuelve más airado y los adjetivos más fuertes cuando se refiere al “Salteño”, a quien le reprocha haber desempeñado un importante rol disuasivo en la asamblea que resolvió dicho levantamiento. “El Salteño” se mantuvo alejado del núcleo de activistas ocupantes y de las propias actividades cotidianas organizadas en el liceo controlado por los estudiantes:

“...porque había presión de mucha gente inexperte como el Salteño que nunca apareció, porque yo lo conozco hace tres años y nunca fue al gremio en su vida, nunca pisó el salón gremial y se puso a dar cátedra

⁹⁴ Esta unidad se rompió momentáneamente al final de una de las sesiones del grupo de discusión constituido por estudiantes del liceo Dámaso: al tono subido siguió la interrupción del diálogo, intercambio de insultos, y finalmente una fría despedida que dio por terminada la reunión. Sus protagonistas –Lía y Ernesto- se disculparon luego por su descontrol, en el contexto discursivo de una conversación privada con el investigador.

de cómo eran las ocupaciones, y qué era lo que había que hacer. Incluso le dio el cuero para meterte el peso a vos (Elena), que te dijo ‘callate la boca’ y te metió el peso adelante de una Asamblea y eso incidió en la gente. Indudablemente incidió. Y no se le dio lugar a mucha gente, que se los trató como locos: ‘a estos, les pintó ocupar, pintó ocupación’, y no era así, el planteo era diferente...” (Ernesto)

“El Salteño” es tratado como adversario en una pugna por el bien máspreciado: la facultad de interpretación de lo que “la gente” quiere. Veíamos líneas más arriba, la autopercepción que los activistas desarrollan de lo que se espera de ellos: “Lo que uno tiene que hacer como dirigente, de alguna manera, es darles el incentivo...” ¿Y sobre qué reposa la descalificación del Salteño? Sobre una limitación invalidante que cuestiona su autoridad: el Salteño “nunca apareció”, y “nunca fue al gremio en su vida”. Por lo tanto, “los del gremio” querían que renunciara a “darles el incentivo”, que abandonara por sí mismo toda pretensión dirigente.

Esta pugna por el control interpretativo se vuelve más tensa cuanto más ambigua se muestra la –supuesta- voluntad de “la gente”, la sola apelación a su mandato ya no basta para despejar las ambigüedades, y distintas posiciones pueden aspirar con igual derecho a una interpretación legítima. De pronto, aquella entidad colectiva se muestra voluble e influenciabile, y si antes era un referente ideal y trasparente que no podía equivocarse, ahora aparece como una multitud heterogénea y cambiante. *“La gente” resulta un vocablo inmejorable para portar esta ambigüedad; su sentido polisémico y difuso resulta un cómodo soporte para las aspiraciones y deseos contradictorios que los activistas proyectan sobre ella misma.* La reflexividad y polisemia del término devuelve a quienes se valen de ella, la imagen reificada de sus propias expectativas.

Hemos considerado hasta aquí las dificultades para interpretar unívocamente la “voluntad” o los “intereses” de “la gente”, y vimos que dichas dificultades representaban una amenaza para la posibilidad del acuerdo intersubjetivo de “los del gremio” respecto de los avatares cotidianos del movimiento social. Examinaremos ahora otra ambivalencia del término “la gente” que aparece cuando el término designa *en un mismo fragmento discursivo a distintos protagonistas colectivos.* Esta nueva ambigüedad se combina con las ya comentadas, realimentando la polisemia y la indeterminación.

Convocar a la gente

El primer grupo de discusión con ocupantes del liceo Dámaso se realizó el 23.8.96 en el local de la institución, en plena efervescencia del movimiento de protesta y cuando transcurría el noveno día de la ocupación⁹⁵. El investigador-coordinador sugirió comenzar la conversación por la re-creación colectiva de los antecedentes inmediatos que contribuyeran a explicar el éxito de la ocupación; el grupo jerarquizó la gravitación que tuvo cierto cambio en la actitud de “los del gremio” hacia “la gente”, y que venía siendo procesado en los meses que precedieron a la movilización. Este cambio había inspirado -entre otras iniciativas- la realización de jornadas de limpieza de salones, reparación de bancos y vidrios del centro de estudio, contribuyendo a modificar favorablemente la imagen que “la gente” se hacía de los gremialistas. Estos querían mostrar al grueso de los estudiantes las carencias presupuestales convocándolos al mismo tiempo a participar de una acción constructiva destinada a modificar la imagen reclusa y destructiva del “gremio anterior”. En la descripción de sus protagonistas, esta acción se enmarcaba en una estrategia de convocatoria a “la gente” destinada a ampliar la participación de liceales en las actividades colectivas de protesta. Pero también eran los medios apropiados para modificar “...una imagen media fea que había quedado del gremio del año anterior, del 94, que la gente nos veía como medio destructivos” (Lía). Ernesto pone en palabras el consenso grupal en torno al asunto; detengamos nuestra atención en sus tres empleos del término “la gente”:

“Lo de las jornadas de limpieza salió como una manera de trabajar con la gente, mostrar que la gente quiere cosas positivas, y después empezamos a trabajar más a fondo, con movilizaciones y demás (...) Ahí se notó, a principios de año, la imagen diferente del gremio, la gente decía: yo tenía la imagen del gremio de estar re-para adentro, de jugar a las cartas.”

{Estos y otros subrayados de las citas fueron hechos en el marco de este análisis, y no en la retranscripción original }

El cambio de contenido semántico del término “la gente” en la misma “unidad de contexto” de apenas sesenta palabras, nos parece muy elocuente; sus usos sólo tienen en común la

⁹⁵ En este liceo, la ocupación duraría seis días más.

“exterioridad textual” de sus atributos alfabéticos y morfológicos, en tanto su contenido semántico muda una y otra vez (Navarro y Díaz 1998). Nos detendremos un instante en esta polisemia: i) el primer empleo del término es el más habitual, y denomina al interlocutor colectivo y anónimo, destinatario de todos los esfuerzos de apelación, convocatoria, persuasión; ii) renglón seguido –literalmente hablando– “la gente” es investida con la subjetividad del propio hablante, y el término alude ahora al grupo de activistas que tematiza sus relaciones con los demás; iii) finalmente, la expresión retorna a su acepción original, sin que la operación afecte el sentido total de la locución. Este trastocamiento semántico ocurre *sin llamar la atención en el hablante ni en ninguno de los participantes del grupo*: a nadie “le suena raro”. Creemos que esto ocurre porque un empleo camaleónico del término “la gente” *sirve* a la *ambigüedad real* de las relaciones de los activistas con los participantes llanos del movimiento⁹⁶.

Examinábamos más arriba el pasaje de la utopía tangible aunque lejana, a una muy terrenal confrontación entre posiciones movedizas que reclaman para sí similar legitimidad y apoyo de “la gente”, cancelando así cualquier univocidad ideal de sus designios. Repasemos algunas connotaciones de este pasaje: i) de la firme certeza compartida se pasa a una inquietante ambigüedad, de la armonía al conflicto; ii) este conflicto debe dirimirse en el terreno resbaladizo de la pugna por la legítima interpretación de los designios de la “gente”, y iii) dicha pugna se desenvuelve en el “aquí y ahora” de las decisiones cotidianas acerca de la acción, involucrando por tanto personas en interacción total.

Podemos ahora renegociar la semántica del término “pasaje”, que sugiere una analogía algo dura para describir aquella flexibilidad y dinamismo de movimientos entre ambos términos de la relación. Un “pasaje” sugiere un camino flechado, una transmutación irremisible; y *no es precisamente lo que acontece en esta relación cuyos términos permanecen en interacción sin por ello verse anulados*. Parece más adecuada la imagen del movimiento pendular para sugerir

⁹⁶ No estamos proponiendo aquí una teleología del sujeto ni una conexión causal-funcional, ni tampoco una “homología estructural” entre las ambigüedades del empleo de la expresión “la gente” por una parte, y las ambigüedades reales en las relaciones de los “dirigentes” con los “dirigidos” por otra; no hacemos más que *constatar* una correlación discursiva, una relación pragmática de mutua utilización entre los niveles “semántico” y “pragmático” del discurso (Navarro y Díaz *op.cit.*).

interacciones ininterrumpidas entre aquel horizonte utópico y la acción social inmediata. En consonancia con la naturaleza dinámica de este proceso, el empleo del término “la gente” a lo largo del mismo se inviste de propiedades camaleónicas: puede aludir *simultáneamente* a ambas entidades colectivas involucradas en la acción, tanto a “ellos” –originariamente titulares de la designación- como a “nosotros”, “los del gremio”, los activistas puestos a tematizar en torno a su papel en el movimiento social. *Postularemos que ambos movimientos discursivos son esencialmente inseparables porque constituyen un mismo proceso de transmutación.* Digamos algunas palabras acerca de cada uno de estos movimientos.

- a) En el discurso que invoca a “la gente” como aquel colectivo ideal cuya conciencia y sabiduría *per se* es apelada como un acto de fe, el empleo del término por parte de “los del gremio” está exento de ambigüedades; en este caso, la distinción entre ambas entidades sugiere un “ellos” ideal y un modesto “nosotros” limitado a “incentivar”, nítidamente separables: no hay trasvasamientos ni confusiones.
- b) Ni bien “la gente” se trasmuta en un colectivo cambiante e imprevisible, el vocablo cobra una plasticidad y ambivalencia que lo llevan alternadamente *a uno y otro lado de una frontera entre “ellos” y “nosotros” que también ha perdido nitidez.*

Al inicio de este apartado pudimos apreciar los términos en que “los del gremio” describen su comportamiento estratégico hacia “la gente” con vistas a convocarla y ganar su simpatía. Luego nos detuvimos en *la manera* en que estos términos fueron empleados por el grupo. Esa operación fue una oportunidad para discutir las implicancias de la polisemia asociada al término “la gente”, en particular cuando empleos en apariencia contradictorios coexisten en una misma apreciación sin conflicto manifiesto. En el apartado que sigue, examinaremos más de cerca la dimensión estratégica del comportamiento de “los del gremio” hacia “la gente”. En otras palabras, nos interesaremos por el componente voluntario de los activistas, tematizado en sus propias palabras como es de rigor en la opción metodológica que hemos hecho.

¿Quién interpreta mejor a la gente?

El *logos* de la “gente” no es transparente: se resiste a expresarse inequívocamente para quien quisiera percibirlo. Por ello precisamente, “los del gremio” se ven llevados a elaborar un

discurso capaz de identificar e interpretar el saber y sentir de “la gente”. Luego, deberán persuadir a otros sobre la correspondencia entre su interpretación y las necesidades o intereses de “la gente”. Por otra parte, de la relectura de las retranscripciones de los grupos no se desprende *nunca* que este proceso de interpretación y persuasión se contradiga con la proclamada fe estratégica en aquella entidad colectiva omnisciente. Antes bien, esta creencia reaparece una y otra vez en cada apelación a “la gente”. Pudimos apreciar también -en las palabras de Lía citadas *supra*- que el desencuentro de utopía y realidad es percibido como temporal, histórico. Pero quien dice histórico, dice cambiante, susceptible de intervención siguiendo cierto plan. *Una intervención voluntaria para disminuir este desencuentro, para acortar los plazos, se vuelve concebible*: “lo utópico sería poder llegar absolutamente a una conscientización total...” A esta intervención deliberada apuestan los activistas, empeñados en adivinar la filigrana de aquel *logos* tras las opacidades y titubeos de “la gente”, en sus contradicciones y aun en sus silencios.

Esta pretensión reaccúa sobre las percepciones y representaciones que los activistas se hacen de la voluntad e intereses de “la gente”. Si consideramos esta voluntad de los del “gremio” en constituirse en portadores legítimos de la palabra de “la gente”, entenderemos mejor la “funcionalidad” de aquella ambivalencia semántica examinada *supra* en las palabras de Ernesto. No hay allí un *quid pro quo* ni una confusión corregible, sino más bien *una operación intelectual que encuentra en la polisemia del vocablo en cuestión un cómodo asidero*. Tras lo que parece una simple confusión en el empleo de un término, anida *una ambigüedad más profunda, un sutil desplazamiento que resulta del empeño de los activistas en validar su propia interpretación del sentimiento y la voluntad de “la gente”, tan renuente a expresarse por sí misma con claridad que no deje dudas*.

Así, la creencia estratégica en “la gente” resiste la prueba de las ambigüedades, contradicciones y silencios con que entreteje la vida cotidiana del movimiento social. Los avatares y disyuntivas que hilan la acción social, sólo excepcionalmente son afrontados por un actor colectivo homogéneo y sin fisuras. Cuanto más complejas y matizadas son las alternativas que se presentan ante el movimiento de liceales ocupantes, tanto mayor resulta la incertidumbre. A menudo se instala en el discurso colectivo cierta sensación de inseguridad y confusión en que

las consecuencias de cada opción se muestran difusas y terminan por parecerse entre sí. Veíamos más arriba la pugna de interpretaciones a que lleva esta indeterminación; el trofeo codiciado por esta lucha es una formulación convincente de lo que “la gente” quiere.

En los términos de la polémica de Ernesto con “el Salteño” revisados *supra*, podía apreciarse que la creencia en “la gente” no se menoscaba siquiera en circunstancias en que se entiende que primó una posición errónea. *Por esto, el encono o la crítica sólo pueden dirigirse hacia un responsable personificado, hacia quien (o quienes) han llevado a error a “la gente”*. Pero por otra parte, esta polémica deja al descubierto un problema de difícil solución que *nunca será tematizado como tal* en los grupos de discusión: ¿qué es lo que posibilita que “la gente” se deje manipular de la manera en que lo habría hecho “El Salteño”, a juzgar por el reproche que se le dirige? Ni a Ernesto ni a los demás integrantes del grupo se les ocurriría devolver las responsabilidades de lo sucedido a la maleabilidad de los asambleístas, por ejemplo. Esta ausencia no nos parece inocente en lo que respecta a su significación, y debe asociarse a la auto-percepción del rol de los “dirigentes”. Apreciaremos mejor esta proposición dando un pequeño rodeo.

Discutíamos largamente en el trabajo antecedente, la cuestión del aprendizaje democrático intenso que la experiencia de ocupación del liceo supuso para muchos centenares de jóvenes, tal vez algunos miles⁹⁷. Las diferencias se dirimían por votación en asambleas soberanas, y todos los participantes estaban más o menos persuadidos de que -en el acuerdo o el disentimiento- los resultados deberían ser aceptados. Este acuerdo mínimo aseguraba la preservación de un espacio de acción común fundado en el consenso, impidiendo así el bloqueo de las posibilidades de acción colectiva concertada. Pero precisamente este carácter “negativo” del pacto democrático -respetar lo acordado para evitar mayores males- suspende sólo temporalmente las tensiones entre posiciones encontradas. Cuanto más firme es la certidumbre de la coincidencia estratégica entre la posición propia y los intereses de “la gente”, tanto mayor la disposición a defender a ultranza la posición propia. Vale decir que, cuanto más convencidos

⁹⁷ Nos referimos aquí a la experiencia en sentido amplio, que incluye a los participantes de las asambleas generales al interior de los liceos en el correr de las tres semanas que duraron las ocupaciones de locales de Enseñanza media.

se encuentran ciertos activistas de la identidad entre su propio enfoque del conflicto y los intereses de largo plazo de “la gente”, tanto más fuerte resulta la tendencia a desestimar o minimizar en importancia los acuerdos producidos en las instancias democráticas. Y esta tendencia coexiste sin fricciones con la convicción de que “la gente no se equivoca”, son ciertos voceros que lo hacen. *En esta secuencia discursiva no hay lugar para pensar que “la gente” sea manipulable, porque ello desestabilizaría la certidumbre de la coincidencia entre sus “intereses estratégicos” y la voluntad de los activistas del “gremio”.*

Revisaremos ahora otra implicancia de las relaciones entre “la gente” y los activistas que reclaman para sí el *copyright* interpretativo que justifique su preeminencia. El tramo de interacción grupal que retranscribiremos más adelante, trata de la “experiencia” que brinda a “los del gremio” una singular puesta en perspectiva de la marcha del conflicto. Antes de leer la palabra del grupo describiremos brevemente el contexto de significado del fragmento elegido. Los activistas sienten que -lo quieran o no- la experiencia y los saberes acumulados en la militancia constante, los diferencia de la mayoría que participa del movimiento de modo aluvional, irregular, “espontáneo”. Algunos activistas temen que esta diferencia sea creciente; este temor los lleva a veces a reaccionar contra la organicidad del nucleamiento del “gremio” -incipiente pero perceptible- como si alentaran la fantasía de “volver atrás”, a la época en que “éramos todos iguales”. Lo cierto es que aun a su pesar “los del gremio” aumentan su cohesión, en la medida en que i) sus miembros se constituyen en guardianes *-de facto* aunque progresivamente legitimados- de la memoria y evolución del movimiento; ii) concentran la mayor parte de las tareas de representación, difusión y coordinación; iii) en estrecha conexión con lo anterior, toma forma progresiva cierta visión de conjunto de los asuntos en juego que contribuye a “naturalizar” a ojos del movimiento su rol preeminente.

Estas características no pasan de una descripción casi banal en los estudios de sociología política que se ocupan de los procesos de representación y delegación; es evidente que no pretendemos “descubrir” un fenómeno original ni estamos explorando un terreno desconocido para la ciencia social. Sí nos parece que este singular proceso de diferenciación en ciernes se erige en piedra de toque de un conflicto en torno a la naturaleza de las relaciones entabladas

entre los activistas y los participantes llanos del movimiento. De esto nos ocuparemos renglón seguido.

Siempre que las relaciones entre “la gente” y el nucleamiento de activistas están pautadas por la confianza mutua y prevalece la coincidencia sustantiva en la valoración de los asuntos en juego, la tensión entre aquellos que acumulan “experiencia” y los participantes llanos del movimiento se mantiene soterrada o invisible. Más aun, se siente que es precisamente esta experiencia que ilumina a los activistas en la interpretación adecuada de los sentimientos e intereses contingentes de “la gente”: bastará con “darles el incentivo”. La ponderación de lo que esta experiencia significa para sus portadores, se vuelve conflictiva *precisamente en aquellas circunstancias en que esta empatía entre la “gente” y los activistas no ocurre*, y éstos sienten que en definitiva ha terminado prevaleciendo un enfoque dictado por la inexperiencia o la ingenuidad. Estalla así el disenso en torno a lo que efectivamente sucedió en la asamblea donde la mayoría desestimó la opinión que la “experiencia” parecía dictar. Para algunos, los más deberían de haber depositado su confianza en los que tienen “experiencia”; otros, en cambio, sienten que se asume por esta vía una diferenciación peligrosa y el asunto les “suena malo”. Son los términos de la discusión entre Roco y Ernesto a propósito de lo ocurrido en una asamblea en que su punto de vista queda en minoría:

Roco: Yo creo que cuando hablás de la experiencia de la gente no podés decir una cosa así: los que tienen experiencia pueden llevar bien las cosas y los otros no. Dijiste eso y suena malo.

Ernesto: Lo que dije fue que no se había depositado la confianza en la gente que, de última tenía una experiencia. No estoy diciendo de ningún punto de vista que la gente no piense, no creo que nadie haya desocupado por no pensar, creo que no se confió y no se escuchó a mucha gente que tenían experiencia. Yo hablé en las Asambleas, pero yo creo que había mucha otra gente.

Roco: Yo no creo que no se le haya dado bola a la gente con experiencia, sino que hubo desinformación de la gente. Yo no creo que se necesite la experiencia, sino que la gente tenía que estar al tanto de todo y llevar las cosas, y ahí podías sacarla... ahí, yo qué sé, bueno creo que quedó claro (...) Capaz que la culpa fue de cada uno, que no se informó.

Alejo: No nos echemos la culpa, vamos a dejar eso de echarse la culpa. Capaz que el asunto es no saber expresarse, no saber hacer entender al otro....

Ernesto: (interrumpe) manejarse con mucha información que no existía. Eso se vio en la Asamblea, yo me agarraba de los pelos cuando veía que se manejaba una cosa que no era así. Entonces, todo el mundo se dejó llevar en esa Asamblea por lo que dijeron, y no había sido así, la gente hace toda una valoración, toda una conclusión, partiendo de la base de ciertos argumentos que se dieron que eran irreales. Entonces vos decís ¡pá..., no existen! Fue falta de información.

Los dos activistas que aparecen aquí defendiendo posturas encontradas, sienten por igual que “los del gremio” dedican al movimiento una parte sustancial de sus energías, y desarrollan una labor constante con vistas a posicionarse ante los avatares cotidianos de la ocupación del liceo de la manera más favorable a los intereses de “la gente”. Las diferencias aparecen al momento de determinar *cómo y cuánto debe pesar esta particular dedicación a los asuntos colectivos, en las instancias que deben resolver precisamente acerca de estos asuntos*. Si para Ernesto no se “escuchó” debidamente a quienes más saben, Roco advierte que este posicionamiento asigna a un pequeño número formado por “los que tienen experiencia”, la capacidad –o el derecho- de “llevar bien las cosas”, lo cual le “suena malo”. Para el primero, existe igualdad de términos en la triple acción de i) depositar la confianza, ii) escuchar a quienes saben, y iii) estar debidamente informado; esto equivale a decir que se espera de “la gente” un reconocimiento inteligente de la idoneidad de los activistas para defender sus intereses. Por su parte, el segundo reacciona con cierto temor ante las implicancias “malas” de aquella triple igualdad, y en consecuencia opta por anular dos de sus términos dejando en pie el último, menos inquietante: “hubo desinformación en la gente”. Finalmente, ambos confluyen en una apreciación que vuelve a reunirlos en una percepción común: en definitiva, todo el desentendimiento puede remitirse a una “falta de información”; es el camino discursivo que encuentran para apaciguar una polémica de difícil resolución.

Pudimos apreciar que la utopía de la “conscientización total” de futuro anima la voluntad de intervención de “los del gremio” en el presente, en situaciones contingentes. Con el tiempo, la sedimentación de experiencia en el oficio de “dirigentes” les aporta destrezas y saberes que los colocan en ventaja respecto de “la gente”, lo cual es vivenciado como problemático⁹⁸. En lo

⁹⁸ Es notoria la importancia que tiene entre los militantes del “gremio” la experiencia, así como el prestigio de que se rodean los que “estuvieron siempre” (desde los primeros años del liceo) en la tarea gremial.

que va de este desarrollo, hemos enfatizado los procesos colectivos. Sin abandonar dicho énfasis *general*, en el apartado que sigue nos ocuparemos de otra dimensión del metabolismo que conecta a una “gente” *idealmente* consciente, protagónica y sabia, con *los sujetos concretos realmente* inmersos en las ambigüedades y opciones del presente en el que se actúa; nos referimos a la(s) mediación(es) entre colectividad e individuos.

Los que juegan al truco en las asambleas

“La gente” nunca se equivoca: esta certidumbre persiste más allá incluso de ciertas situaciones en que los activistas del gremio sienten que quedaron en minoría en una asamblea, por ejemplo, y siguen pensando que tenían razón. Esto, porque la confianza en la sabiduría de “la gente” es un *a priori* a todo examen racional de la acción. *Todo cambia cuando “la gente” sale de la abstracción y el anonimato y se aparece ante los activistas como un agrupamiento de individuos.* Ocurre entonces un desencuentro, un “cambio de escala” valorativa y perceptiva, que troca la entidad colectiva representada por “la gente” en individuos que la hacen estallar aquí y ahora en mil rostros singulares. El protagonismo, la conciencia y la sabiduría de “la gente” son cualidades exclusivas de una colectividad anónima. El núcleo de activistas que asume –o dice hacerlo– un rol dirigente, cree poder penetrar en estas cualidades, cree entenderlas e interpretarlas como nadie; es precisamente esta facultad especial que parece confirmarlo y legitimarlo en su rol dirigente. Pero ni bien esta entidad anónima se vuelve multitud polimorfa e imprevisible que protagoniza ruidosas y confusas asambleas, cambia también radicalmente el ángulo de mira. Cuando “la gente” se resuelve en una miríada de individuos, cada una de éstos es evaluado por los activistas según el grado de adecuación a ciertas pautas de conducta esperada, y quienes frustran estas expectativas son juzgados con dureza por sus pares. *No hay igualdad sustantiva entre “la gente” y quienes la personifican en el presente de la acción social;* esa desigualdad preserva el lugar incuestionado de “la gente”. Pero protege también el rol de intérprete de los supremos intereses colectivos que se abrogan los activistas. *Este rol parece permanecer a salvo, aun cuando los “dirigentes” defienden posiciones que han quedado en minoría.* Ilustraremos el punto deteniéndonos en los términos en que los activistas evalúan a sus pares tomados de uno en uno, es decir, colocados frente a sus responsabilidades *en tanto participantes individuales del movimiento social.*

Tres días después de levantada la ocupación del liceo Dámaso y cuando todavía faltaban dos días para el fin definitivo de las ocupaciones, se realizaba un grupo de discusión focalizado en un balance crítico de la experiencia que culminaba; el núcleo militante de este liceo reconstruía a varias voces el cuadro de las últimas asambleas al interior del liceo ocupado, en las que se debatía en torno a la oportunidad de continuar o suspender la ocupación. En aquellas circunstancias reinaba un clima de confusión e indeterminación, ambientado entre otros factores por una fuerte polarización de posiciones. Hasta esos días, la institución de la asamblea plenaria se venía constituyendo con los presentes sin otra consideración de número ni representatividad, y ello con el consentimiento tácito de los involucrados. Hasta escasos días atrás se convocaban asambleas plenarios con regularidad más o menos previsible, y podía establecerse una continuidad razonable entre las decisiones tomadas en cada una de estas instancias colectivas. Pero en esos últimos días de la ocupación se había instalado un disenso persistente en torno a la cuestión del levantamiento de la ocupación del liceo. Estaba en juego *la oportunidad de continuar o interrumpir la acción social en curso*. Al amparo de esta tensión nueva, las asambleas se multiplican al ritmo del estado de ánimo imperante entre los presentes en un momento dado; cada asamblea tiende a retomar los términos iniciales de la discusión sin contemplar lo ya resuelto, y se entra rápidamente en una sucesión desgastante de marchas y contramarchas que cuentan con una representatividad menguante, lo que lleva en definitiva a hipotecar la legitimidad de la única institución colectiva que puede reclamar para sí la representación de los designios de “la gente”.

Así las cosas, se vuelve de más en más evidente la distancia entre aquella entidad colectiva *ideal* e inapelable y el sucedáneo *real* de asambleas confusas y menguadas en su concurrencia. El desánimo entre los ex-ocupantes del Dámaso es considerable, muchos no compartieron la interrupción de la ocupación, y sienten que el curso real de los acontecimientos ha frustrado en gran medida las expectativas; de allí al reproche -¿hacia quién o qué?- hay apenas una tenue frontera. En el marco de un balance subidamente crítico de la finalización del conflicto, ¿puede eximirse a “la gente” de responsabilidades colectivas? Muy “naturalmente”, se busca la manera de “salvar” a “la gente” de esta imputación de responsabilidades; esto puede hacerse sustituyendo discursivamente al actor colectivo por protagonistas individuales, es decir,

“viendo” personas allí donde antes se “veía” a “la gente”. *Esta es efectivamente la operación intelectual que realizan “los del gremio” cuando examinan críticamente las últimas asambleas del liceo ocupado.*

Lía: ... Es un trabajo que tiene que salir de vos, es un trabajo de conciencia de cada persona. Si la gente iba, llegaba al liceo, se sentaba a jugar al truco, y cuando le decían ‘asamblea general’ iba, se sentaba y levantaba la mano sin haber conversado antes, sin haber evaluado antes, es una falta de esa persona.

Tiene lugar de esta manera un nuevo trastocamiento discursivo en la semiosis de “la gente”, esta vez destinado a escamotear al protagonista colectivo de la mirada crítica para dirigir *inmediatamente* la atención hacia sus componentes atómicos. Ello ocurre –de nuevo- en una brevísima unidad de contexto donde la sintaxis es violentada a voluntad y con la mayor “naturalidad”: si “la gente” se pone a “jugar al truco”, es responsabilidad ... “de esa persona”. La intervención se abre apelando enfáticamente a “la conciencia de cada persona”, a su modo de participación en la instancia colectiva de debate y resolución. La segunda frase de esta breve unidad de contexto comienza por aludir críticamente al comportamiento colectivo, para focalizar –sin transición ni pausa alguna- la actitud displaciente de “esa persona”; todo ello ocurre *en una unidad de contexto inferior a las 60 palabras*. El sujeto plural inicialmente apuntado se transmuta en un singular *en la misma frase*; esta sonora disonancia gramatical vuelve a denunciar el trastocamiento que hemos aludido *supra*: la asamblea reúne a quienes se han constituido circunstancialmente en portavoces de “la gente”, *pero sus errores, omisiones o irresponsabilidades sólo pueden ser atribuidos a individuos, se critican comportamientos individuales “salvando” así la integridad de “la gente”*.

En contrapartida, el cambio de terreno posibilita una evaluación crítica muy ceñida de los desempeños individuales. Pero ocurre algo más, que nos permite vislumbrar el *porqué* de este cambio de terreno. En el nuevo campo constituido por comportamientos individuales, sólo hay iguales, “otros como yo” que deben dar cuenta individual de sus actos, a quienes puedo exigir similar compromiso al que yo mismo brindo. *El “traslado” hacia este nuevo campo discursivo en el que sólo se perciben individuos, ha levantado momentáneamente aquellas “barreras axiológicas” que impedían los cuestionamientos a “la gente”:*

Chiquita: ... Yo lo hice porque tenía las cosas bastante claras, pero lo que había era gente que no venía nunca, nunca estaba, y se enteraba que había asamblea general, iba al liceo, y en la asamblea general estaba jugando al truco, y cuando le avisaban 'vamos a votar', ahí venían y levantaban la mano por la que le parecía más linda... Otra cosa somos nosotros, que teníamos las cosas bastante claras porque estábamos ahí, pero la gente que no estaba nunca...

En esta reconstitución de una polaridad entre “ellos” y “nosotros”, este último término enfatiza al sujeto colectivo cuyos miembros sienten haber conquistado el atributo diferencial de tener “las cosas bastante claras”. Es en el terreno mismo de la igualdad formal entre pares donde se reconstituye esta polaridad, porque lo hace precisamente sobre la base de un idéntico reclamo de compromiso dirigido a todos por igual. La evaluación crítica de los participantes *tomados de uno en uno* se dispara como un resorte descomprimido, en este nuevo terreno liberado de aquellas valoraciones principistas que pesaban sobre “la gente”.

Adela: Yo creo que sí, que fue un proceso de cada uno, que cada uno tenía que ir conscientizando la información que tenía, y tenía que asimilarla. Y cuando llegaba a la asamblea, tratar de ver dónde se encontraba su postura, y votarla. Y si veía que no se encontraba su postura, formularla: a mí no me queda clara ninguna de las dos porque tengo tal manera de pensar, entonces propongo tal y tal cosa. Y ahí, capaz que surgía otra persona que tampoco se encontraba en ninguna de las posiciones planteadas, por eso salen varias propuestas.

Mena: Una cosa que me parece que estuvo ...no sé si mal... fue decir 'ahora tenemos que llegar a la gente', porque antes había que llegar a nosotros mismos, o sea no a los que estábamos en la ocupación sino a los que venían a la asamblea...

Adela: Pienso que todo el mundo tendría que haberse informado, y más la que estaba adentro.

Lía: Vos partís de la base que la gente que está ocupando es porque tiene una postura tomada, y no que está ahí porque pinta. Partís de esa base. Te encontrarás y te desilusionarás con muchas cosas...

Adela: ... tampoco te vas a poner a tomar en cuenta a toda la gente que sabés que va por ir, no más...

Mena: Sí, pero cuenta su voto también.

En el escenario concreto donde se actualiza la vida del movimiento, la antinomia que enfrenta al “gremio” con “la gente”, a “nosotros” con “ellos”, se traduce en sus referentes empíricos “los que estábamos en la ocupación” vs. “los que venían a la asamblea” (Mena). El empleo de la primera persona del singular que inicia la secuencia, asegura la atribución individual de responsabilidades: “fue un proceso de cada uno”.

Hemos podido ver en estas construcciones perceptivas a varias voces, *una particular manera de resolver las complejas mediaciones entre las decisiones colectivas y las microdecisiones individuales en que aquéllas pueden desplegarse*; operación que –como vimos- facilita la “descarga” de las responsabilidades en las unidades atómicas del protagonista colectivo. Este cambio en la conceptualización y abordaje de los sujetos de la acción permite un balance crítico de la acción dejando intocada la elaboración mítica de “la gente”.

A medida que se avanza en un examen crítico de la participación de los individuos en las instancias de decisión colectiva, el enfoque de la responsabilización individual gana consistencia. “La gente” se desmigaja ahora en una multitud de individuos a los que se reclama participación. Pero si la dinámica colectiva debe imputarse a la confluencia de actitudes individuales, entonces el curso finalmente adoptado por dicha dinámica escapa al control de los activistas. Entra así en escena cierta conciencia de las limitaciones que acotan la intervención voluntaria de los del “gremio”. La “descompresión crítica” facilitada por el cambio de terreno de lo colectivo a lo individual, permite dar un paso al costado cuando priman decisiones colectivas que no se comparte, sin por ello tener que revisar la fidelidad a “la gente”:

Angel: ... Y después, cuando salías a informar a la gente, te encontrabas con gente que se interesaba un poquito y capaz que la enganchabas y gente que no se quería informar, que empezabas a hablar y se te iba, o te tiraban papelitos y vos de última no podés imponerle la información a esa gente. Vos hacés lo posible, pero si la gente no va al liceo, no fue a la ocupación a saber lo qué pasaba, o agarraba un diario y pensaba que la ocupación era así, entonces iba y votaba o iba y no votaba; pero vos no podés decirle a la gente “informate antes”.

Por otra parte, este cambio de escala de lo colectivo a lo individual modifica los términos con los que el “dirigente” describe su propia actitud hacia los participantes llanos del movimiento. Si “la gente” no necesita más que un “incentivo” para luego encontrar por sí misma su lugar,

los individuos reales necesitan ser incentivados en el sentido más fuerte del término. “La gente” se ha vuelto ahora una sumatoria de individualidades que sólo actúa en condiciones de estímulo incesante; la actividad del “gremio” destinada a mantener y renovar los lazos de compromiso debe continuar incesantemente:

Elena: ... Porque la gente, después de la ocupación, los que estuvieron tienen algún tipo de postura, pero también necesitan que uno vaya con cosas concretas, le hable con cosas concretas, les pida... La gente necesita que se los llame todo el tiempo, y si no hay una acción, la gente se deja estar, como ya se ha dejado. Y el hecho de que nosotros nos dejemos estar ahora como un descanso, no sirve, no funciona. Porque después de la ocupación tiene que ser el momento clave, donde se vaya con más fuerza para tratar de captar toda esa gente que tuvimos.

Conviene detenernos brevemente en la discusión de la dinámica colectivo-individual. En el “imaginario” de los jóvenes ocupantes preexiste cierto movimiento social al que confluyen *luego* las individualidades; esta preexistencia es *un dato fuerte* en la percepción del curso del movimiento que es tematizada en el grupo de discusión. En este sentido, el movimiento no surgiría de “múltiples decisiones individuales”⁹⁹ sino que los individuos confluirían *ex post* en la incorporación al movimiento social. Este enfoque, por otra parte, es coherente con el enaltecimiento mítico del protagonismo de “la gente”. Los estudiantes comprometidos en el proceso de movilizaciones centradas en la ocupación de decenas de liceos, tendían a percibir la existencia de un movimiento “espontáneo” al cual se iban sumando individualmente. Representa muy bien esta percepción, la siguiente apreciación de Teresa del liceo Zorrilla:

Lo del 14 de agosto fue todo muy efervescente, porque nos enteramos ahí, sobre la marcha, que el Dámaso ocupaba, y que el IAVA decidió ocupar en la asamblea justo antes de ir a la marcha. O sea que era irnos encontrando y abrazarnos en la marcha, ‘¡ya está, somos cuatro!’ (...) Fue una cosa, toda la cuestión de las ocupaciones, que se fue decidiendo sobre la marcha, ¿no? Fue todo muy espontáneo, gente que se iba sumando, y

⁹⁹ El grupo de discusión con estudiantes del liceo Zorrilla se constituyó con una cantidad límite de participantes según los requerimientos de la técnica, ya que participaron cuatro miembros la mayor parte del tiempo, con la integración tardía de un quinto. Tuvo lugar el 21.9.96, sea a 16 días del levantamiento definitivo de las ocupaciones liceales.

después los liceos que se fueron sumando. En el Zorrilla fue que surgió la idea de ocupar, y nunca pensamos que iba a llegar a lo que llegó.

El cambio de terreno que venimos tematizando, involucra también un cambio de sentido en la “pendiente resbaladiza”¹⁰⁰ que conecta lo colectivo con lo individual. Posicionados *desde* una apreciación de los comportamientos individuales de los participantes de las asambleas, estas instancias se nos muestran ahora como ámbito de decisión colectiva desde el cual –ahora sí– se procura ponderar la participación individual *en tanto componente atómico* cuya acumulación da lugar a una resultante colectiva que reposa sobre aquellas participaciones individuales. “Los del gremio” reunidos para evaluar lo acontecido en las últimas asambleas, efectivamente parecen juzgar “las formas de participación individual” *desde* cierto “carácter de las acciones colectivas” (Tilly *op.cit.*) que se presupone. Es de nuevo Lía quien pone en palabras esta evaluación de las conductas individuales *desde* los requerimientos colectivos: “Vos partís de la base que la gente que está ocupando es porque tiene una postura tomada, y no que está ahí porque pinta”.

El gremio

La palabra *gremio* reconoce su origen en la Edad Media, y designaba a la totalidad de los miembros de una misma actividad u oficio. La corporación de oficio o gremio que se constituye y generaliza en los siglos XII y XIII a lo largo y ancho de Europa occidental, agrupa a todos los aprendices, obreros y maestros en cada rama de la producción de bienes de uso. La pertenencia al gremio es obligatoria; esta asociación imperativa tiene su propio gobierno, y un cuerpo de disposiciones que regula minuciosamente los procedimientos técnicos, las obligaciones de respaldo mutuo, las condiciones y plazos de duración del período de aprendizaje, los precios de

¹⁰⁰ La expresión es de Tilly; la cita completa dice así: “Si suponemos que cualquier decisión colectiva surge de múltiples decisiones individuales, ¿cómo se acumulan miles de decisiones individuales hasta formar un gran movimiento social? ¿De qué manera se pueden deducir las formas de participación individual partiendo del carácter de las acciones colectivas? (...) ¿Transforma el proceso de movilización mismo de manera predecible los motivos individuales? Todas estas cuestiones conectan el nivel individual con el colectivo. La pendiente entre los niveles es resbaladiza; los teóricos se caen a menudo al intentar remontarla” (Tilly 1991:159)

venta así como los mercados y días de la semana en que deberán ser expuestos al examen público los productos respectivos. Similar reglamentación es observada por los *métiers* de Francia, los *misteries* y *crafts* de Inglaterra, los *ambachten* de Flandres, los *Zünfte* de Alemania y los *arti* de Italia (Pirenne 1931, Calmette 1923).

En la jerga sindical contemporánea, la tradición oral ha conservado el término para designar a la totalidad de los trabajadores de una fábrica, lugar de trabajo o rama de actividad. El sindicato, por su parte, consiste en el agrupamiento voluntario de aquellos integrantes del gremio dispuestos a compartir ciertos derechos y deberes regulados en un estatuto, con vistas a la defensa de los intereses corporativos del gremio, o sea, la totalidad de los trabajadores. La aspiración máxima de todo sindicato es la de integrar a la totalidad del gremio; cuando existe una virtual identidad entre gremio y sindicato, la solidez y representatividad de la organización corporativa queda fuera de toda duda.

La acepción del término en el lenguaje corriente de los liceales movilizados ha operado un trastocamiento: *“el gremio” no alude a la totalidad de los estudiantes, sino a una asociación voluntaria de los mismos, por lo que es conceptualmente comparable con el sindicato de los trabajadores.* “Los del gremio” constituyen un pequeño nucleamiento de liceales, nunca más de unas pocas decenas de estudiantes; se reúnen regularmente al interior del local liceal, y establecen vínculos solidarios que combinan la racionalidad organizacional y la familiaridad del encuentro entre pares. Cuentan generalmente con el beneplácito de las autoridades de la institución liceal, y a menudo disponen de un salón de reuniones erigido en punto de encuentro y referente espacial.

Cómo atrapar a la gente

El fragmento de interacción grupal que retranscribimos a continuación corresponde al segundo grupo de discusión formado con estudiantes del núcleo activo del liceo Dámaso, el 31.8.96 (el día mismo del levantamiento de la ocupación de ese liceo). Puede apreciarse con toda claridad en qué consiste “el gremio” para sus integrantes. Nótese el tono crítico con que Chiquita y Elena

se refieren al “gremio del 94” que comparan con el presente, que sí ha logrado “llegar a la gente” a diferencia del anterior, identificable con una “barra de amigos” o un “núcleo cerrado”.

Ernesto: Había mucha gente en el gremio. En las reuniones habían 20, o 25 personas. Yo me acuerdo que cuando empecé, un montón de gente no conocía ni había visto en mi vida. Y se formó un núcleo, que se dice que era cerrado.

Chiquita: Yo que lo veía de afuera, me parecía que estaban ahí... primero, el gremio estaba todo el día abierto. Los sacaban de la clase para ir al gremio, y los que estaban siempre se iban porque tenían reunión en el gremio. Te asomabas a ese gremio, y estaban todos fumando, tocando la guitarra... de discutir, nada. Yo, que era una pendeja y la veía de afuera, pensaba: estos tipos se reúnen aquí para tomar mate...

Ernesto: Yo creo que lo que se daba ahí, se da igual que este año: con la misma gente, con la misma fuerza, pero con diferente cabeza. Creo que las discusiones fundamentales en las reuniones del gremio, era la gente: cómo hacemos para atrapar a la gente. Era una discusión que se venía dando desde mucho tiempo, y ese año se dio muy fuerte. Yo me acuerdo que nos peleábamos porque ‘vos no salís a hablar con la gente’... O sea, no salíamos, pero el tema de discusión que nos trancó todo era justamente hablar con la gente.

Elena: Nadie discute que lo discutieran, yo lo que digo es que no se llegaba a la gente, que es la diferencia con este gremio, que sí se discutió, y de alguna forma se llegó a la gente. Es más, desde la jornada de limpieza, que fue lo primero que hicimos, ahí ya fue el primer... ¿no?

Ernesto: El gremio está abierto todo el día, es una forma de llamar a la gente...

Elena: Claro, pero si está abierto todo el día y está una barra de amigos donde vos no pertenecés a ese núcleo, están tocando la guitarra, y te invitarán a entrar, pero después que entraste te fuiste.

Como puede verse, “el gremio” se identifica con el pequeño grupo de estudiantes que constituye circunstancialmente su núcleo activo, *pero también* con el espacio físico donde se realizan las reuniones (“el gremio está abierto todo el día”). Esta duplicidad se corresponde con su doble condición de *ámbito* organizativo y *lugar* compartido con otros. El relacionamiento asiduo de las decenas de participantes del gremio en cada liceo, produce una familiaridad que realimenta el efecto de encerramiento y la ajenidad con que son vistos por “la gente”. Es un efecto no buscado por esa institucionalidad emergida de la voluntad de organizarse para -precisamente- “ir a la gente” y constituir un ámbito atractivo para muchos. Esta tensión de familiaridad y

distanciamiento provoca inquietud e irritación entre “los del gremio” llevados a tematizar el asunto en el grupo de discusión. La contradicción que enfrenta la voluntad de proximidad *versus* el efecto de ajenidad no querido, es percibida por “los del gremio” como un problema situado “más allá de nosotros”, que produce cierta insatisfacción inasible y difícil de verbalizar, que perturba la razón porque la desafía sin que aparezcan caminos practicables para su resolución: “medio que tenemos que cambiar muchas cosas...” Examinemos ahora un fragmento de interacción del grupo de discusión con estudiantes del liceo Zorrilla, transcurridos 16 días del levantamiento de la ocupación:

Edu: Cuando el gremio empieza en un año, ponele, van determinadas personas, una cantidad equis. Y como a mitad de año o algo así, ya se conoce todo el mundo, entonces ya es medio familiar el gremio. Entonces, la gente como que dice “pa, pero acá no entiendo nada, no sé...” Entonces se va cohibiendo, no sé...

Selene: Y más la manera de hablar, también. Al estar entre gente conocida de haberte movilizado y todo en un gremio, vos tenés mucha más facilidad de hablar. Y bueno, la gente que no, se siente cohibida de dar sus opiniones.

Marianela: Existe la imagen esa que la gente se hace, como que uno es el gremio. Y mí me pasaba que por los pasillos la gente me preguntaba “¿qué pasó con tal cosa? -No sé. -Ah, pero vos no sos del gremio...”, o si no, “decile a la gente del gremio...” ¡No hay”gente del gremio”...!

Selene: Claro, no es la población del Zorrilla y una cosa aislada que es el gremio: no, es la población del Zorrilla que es el gremio, esa es la idea... A eso apuntamos.

Teresa: Lo que pasa es que va más allá de nosotros, medio que tenemos que cambiar muchas cosas para que realmente se diera.

Puede verse aquí la percepción de un “gremio” cíclico, cuyos límites define estrictamente el año lectivo. Luego de cierto tiempo “ya se conoce todo el mundo”, la familiaridad intragrupal produce su propia “manera de hablar”, se acentúa la diferenciación profesional emanada de destrezas adquiridas tales como “facilidad de hablar”, el dominio de cierta jerga, la incorporación de recursos oratorios, etc. Se trata claramente del mismo orden de fenómenos que hemos visto examinados por Robert Michels (1996) respecto del acceso de los dirigentes a recursos de conocimiento y control de las comunicaciones, de desarrollo de destrezas

discursivas y organizativas, procesos constituidos *aun a espaldas* de la voluntad de sus protagonistas.

Estos jóvenes activistas comparten una representación muy precisa de esta distancia creciente que los separa de “la gente”. Es menos unánime la evaluación de las implicancias de esa distancia así como la conducta que cada uno entiende que deberá seguirse en su tratamiento. Sobre estas perplejidades y disensos nos detendremos por un momento, examinando una intervención donde Elena (Dámaso) describe un cuadro minucioso del trabajo de persuasión al que se sienten convocados “los del gremio”, desplegando para ello la “tarea pensante” que los distingue.

Elena: ... Y son los mismos problemas que tuvimos antes de la ocupación y que volvemos a tener ahora: los problemas de que la gente no participa, que la gente se queda callada, de que otra vez hay que ir a la gente porque la gente nunca vino. Y pasa en todos los ámbitos de la sociedad, la gente nunca va, la gente tiene que ir y golpearle la puerta y decirle “doña, mire que hoy hacemos una manifestación”, y si la gente está de acuerdo, va. Pero si no le das un hecho, la gente no se mueve. Después de que le das ese hecho, ahí lo invitás para decirle “bueno, ahora vení conmigo y pensá: ¿qué otra cosa podemos hacer?” Entonces ahí la gente va al gremio, va a las reuniones ... Esa es la tarea pensante, y lo de la ocupación no fue algo pensado, ¿tá? Y lo resolvimos como lo resolvimos, y quedó en lo que quedó. Ahora es cuando hay que hacer algo; ya tenés los antecedentes de la gente que participó, ya hay gente que te conoce, que te respeta, y que dentro de todo, sabe que si la invitás a algo no es para perder el tiempo ni mucho menos, y se van a ir acercando de a poco, es como todo. Pero es ahora cuando hay que ponerse las pilas, y las reuniones son lo más importante, porque hay que estudiar los tomos de la Reforma. Eso es más importante que la ocupación, eso para mí, el estudio ahora de la Reforma, es mucho más importante que la ocupación. Y es ahora donde a nosotros se nos complica, porque no estábamos acostumbrados a que teníamos que actuar ya.

El tiempo que duraron las ocupaciones liceales es percibido por Elena como una ruptura excepcional, y con la vuelta a la “normalidad” se retorna a “los mismos problemas”: “la gente” no participa, no habla, no se siente convocada por “el gremio”. Esta pasividad o escasa reactividad de “la gente” aparece virtualmente naturalizada a ojos de los activistas; es sobre esta constatación inscrita en duro “en todos los ámbitos de la sociedad”, que se funda la “tarea pensante” destinada a generar iniciativas atractivas (los “hechos” señalados por Elena) que contribuyan a quebrar la inmovilidad e involucrar a un número creciente de estudiantes en los asuntos que constituyen preocupación permanente para “el gremio”. Podemos identificar en

esta lúcida intervención, todos los componentes de la representación que “los del gremio” se hacen de sus relaciones con “la gente”: la mayoría no participa por sí misma y “se queda callada”, “hay que ir” a ellos una y otra vez con iniciativas, lo que justifica y vuelve acuciante “la tarea pensante” de los menos, que decididamente deben “ponerse las pilas” para así cumplir su cometido.

Recapitulemos. En el gremio se encuentran quienes comparten la voluntad de ampliar la presencia estudiantil en las movilizaciones “yendo a la gente” con propuestas participativas que “la atrapan”; la familiaridad que los cohesiona, contribuye –paradójicamente- a separarlos del resto produciendo cierto efecto de ajenidad. La tensión unidad-separación, familiaridad-ajenidad, accede a la conciencia de “los del gremio” en forma problemática; la “tarea pensante” que hacen suya, incluye el abordaje de esta tensión. En el apartado que sigue veremos más de cerca algunas connotaciones de este abordaje.

“El ustedes y nosotros existe siempre”

¿Cómo dar continuidad al movimiento una vez finalizadas las ocupaciones? Este será, lógicamente, un asunto de la mayor importancia para “los del gremio”. La intervención de Elena tematizada en el último tramo del apartado anterior, pertenece al 6º grupo de discusión del Dámaso realizado el 12.9.96, a ocho días de levantadas las últimas ocupaciones liceales. En ese grupo toman forma dos posiciones enfrentadas parcialmente. Elena y Lía entienden que deberán promoverse entre los liceales mesas redondas que de información y crítica de la Reforma educativa del CODICEN, contenida en gruesos y áridos volúmenes. Se le enfrenta Ernesto y otros, advirtiéndole que no puede pretenderse de la gente que “no se mueve” ni participa por sí misma, que aborde precisamente una tarea ardua y poco atractiva. Este segundo grupo de estudiantes entiende que “a la gente hay que engancharla con temas atractivos” (Ernesto) como chorizadas y jornadas de pintura o limpieza; para los primeros, hay que “decir un basta a los anzuelos” ya que “nosotros no somos los chicos iluminados” (Elena). La discusión muestra así en carne viva el conflictivo asunto de las relaciones entre la minoría activa y el movimiento social, la cuestión del rol vicario del “gremio” así como sus implicancias. Unos y otros perciben por igual que la condición compartida de integrantes de un núcleo que se reúne, discute y

planifica, los hace partícipes de un estatuto diferencial que asumen casi invariablemente con incomodidad. Las discrepancias en torno a las implicancias que la conciencia de tal estatuto diferencial supone en la actitud hacia “la gente”, dinamizan discusiones animadas que rara vez logran consenso; a menudo es el *grupo emocional* que logra salvaguardar la cohesión colectiva, luego de fracasado el *grupo de discusión*. Lo que está en juego explícitamente para los del “gremio”, es la naturaleza de esta separación entre “ellos” y “nosotros”, lo que los lleva incluso a preguntarse si deben seguir hablando de un “ellos” y un “nosotros”.

Para tirios y troyanos, las “jornadas de integración” con que convocan ampliamente a sus pares “no ocupantes”, forman parte de una estrategia –buena o mala- destinada a ganar la voluntad y conciencia de muchos más para la causa del “gremio”. Las posturas se diferencian cuando estas jornadas de integración aparecen colocadas bajo perspectivas distintas. Las palabras de Lía y de Ernesto que transcribimos a continuación, expresan elocuentemente perspectivas encontradas. Las analizaremos por separado para mayor claridad de la exposición, empezando por esta sugestiva reacción de Lía contra el excesivo desfase entre “ustedes” y “nosotros”:

Lía: Me parece que es un poquito contradictorio que hablaran, como hablamos al principio, de jornadas de integración, y que después se hable de masticar la Reforma para dárselas masticada porque se van a asustar de una tabla económica. Si hablamos de integración y nos movemos para ese lado, es para llegar en algún momento a que todos tengamos un interés, o por lo menos que haya un grupo grande de gente que todos se muevan con la misma fuerza y todos estudien lo mismo, y no que se pare una persona adelante y te lo explique o que nosotros vayamos y lo resumamos y hagamos una especie de folleto...

Lía entiende que la acción de integración tiene por meta acortar las distancias entre el gremio y los demás, con perspectiva en un horizonte lejano aunque alcanzable en el que “todos” participarán de grados similares de interés e información. Lo hace, enfatizando cómo *no deben hacerse las cosas* en lo que respecta a los *medios* aptos para alcanzar aquellas metas. Es “contradictorio” con el fin buscado, abrogarse la potestad de “masticar” para los demás una información compleja o “explicar” a los más qué deben hacer. Para Lía, *la tarea que cohesiona al “gremio” y lo distingue de los demás, consiste precisamente en acortar esas distancias respecto de “la gente” con el propósito de hacerlas desaparecer un día*. Lía imagina un rol vicario o una tutoría temporaria, que deberá hacerse de más en más prescindible a medida que

la distancia entre minoría activa y movimiento social se acorte efectivamente. Estos roles no deben consolidarse, ni pueden aceptarse acríticamente como constituyentes de las relaciones entre minoría y mayoría. Sigue Lía:

...claro, siempre y cuando esté bien claro a lo que apuntás. Si a lo que apuntás es a eso, a que si hay una persona informada y otra un poquito informada se pongan a la par, perfecto. Pero no decir: juntamos un grupo de gente en un liceo, les damos chorizo, pintamos, nos expresamos, pasamos bárbaro, pasamos divino, pero después somos nosotros los que masticamos y ustedes los que escuchan.

Elena y Lía –entre otros- reprochan a Ernesto un elitismo que influyó mucho en el ”gremio anterior”. En este mismo intercambio citado *supra* y en interlocución directa con las apreciaciones de estas activistas, Ernesto despliega una argumentación que defiende a la minoría de los que “se joden por pensar como piensan”, que “se rompen” por los demás asumiendo una pesada carga de responsabilidad. Quienes se tienen que “romper .. por los demás” desempeñan una función vicaria asociada a la ascesis del deber antes que a un estatus privilegiado o de “chicos iluminados”. La responsabilidad que pesa sobre los del gremio es impuesta por circunstancias no elegidas, y por lo cual “se joden” por ser pocos y pensar como piensan. Veamos sus palabras.

Ernesto: Yo creo que es así. Nunca, poniéndote en la realidad, va a haber 2.800 personas en el liceo que te digan “vamos a estudiar la Reforma”. Hay 50, y desgraciadamente esos 50 se joden por ser 50, se joden por pensar como piensan, esos se tienen que joder y romper el culo por los demás. Y es así y chau, le duela a quien le duela. Entonces vos elegís, me pongo de este lado o de este otro. Ahora, los 2.800 jamás se van a poner a estudiar la Reforma. Si apuntáramos a eso, haríamos jornadas trabajando con la gente y dentro de un año y medio ponemos los cuatro tomos y que los vayan a estudiar.

Proponemos ahora examinar una locución de Elena que expresa mejor que nadie el consenso del grupo en torno a *la existencia de un “ustedes” y un “nosotros”, el rol detonador de un pequeño grupo, la convicción de que “nunca es toda la masa” que se moviliza.* Simultáneamente, comparte con Lía la perspectiva de la progresiva disminución de la distancia entre minoría y mayoría, aunque una eliminación total de “ustedes” y “nosotros” le parezca improbable.

Elena: Yo creo que el ustedes y nosotros existe siempre en un inicio, siempre que un grupo se empieza a movilizar por algo, nunca es toda la masa ni sale todo el mundo a luchar contra el imperialismo, por ejemplo, sin que vengan cuatro, sin que aparezca un Ché Guevara que los lleve ... no hablo de iluminados tampoco, pero siempre hay un grupo, en todos los ámbitos. La diferencia con lo que él dice, es que yo no creo que ese grupo se tenga que deslomar porque nunca va a lograr juntar los 2.800. Tú dijiste que no se podía aspirar a eso, ahora no me cambies [se dirige a Ernesto]. Yo creo que es como dice Lía: vos empezás por ejemplo con 50, pero ¿a qué aspirás? A que esos 50 lleguen a los demás para ser unos. Creo que hay un punto en que, no sé si se elimina el “ustedes” y el “nosotros” porque siempre la gente deslinda un tipo de actividades ...

La tematización de la existencia de una minoría que “se empieza a movilizar” y luego “lleva” al resto, accede a la conciencia de los jóvenes activistas bajo forma de un conflicto que incomoda. Se tiene la certeza de que “el ustedes y nosotros existe siempre”; pero a la vez, se experimenta la necesidad de exorcizar cualquier “retrogusto elitista” tan reñido con el sentido de equidad democrática que es consenso indiscutido. “Los del gremio” deben hacer suya la tarea de disminuir la distancia entre “ustedes” y “nosotros”. Pero el desafío se presenta cargado de sinsabores. Por de pronto, no todo depende exclusivamente del “gremio”: ¿qué hacen “ellos” para acercarse a “nosotros”? Esta pregunta parece desprenderse de las entrelíneas de ciertas apreciaciones; renglón seguido examinaremos algunas de estas apreciaciones, con lo que daremos más pasos en la aprehensión de las complejidades encerradas en la tensión que nos ocupa.

“La posibilidad de participar, la tienen”

En el trabajo antecedente se consideraba la experiencia de la ocupación del liceo en tanto intensa vivencia comunitaria de “...pertenencia de cada uno a un grupo de pares, cohesionado por el impulso compartido de darse a conocer, estar juntos, ser iguales” (Graña 1996:55) Esta experiencia constituyó lazos de cohesión, familiaridad y empatía personal que realimentaban los vínculos preexistentes entre quienes venían confluyendo en el ámbito del gremio (tanto en el liceo como en la coordinadora de estudiantes secundarios constituida luego en referente organizativo del movimiento de ocupaciones). En la mayor parte de los liceos, “el gremio” se conformaba de muy pequeños agrupamientos de liceales que generaban una dinámica autosustentada de reuniones poco numerosas. Esta dinámica de pequeños grupos- cuya proclamada razón de existencia era la convocatoria amplia hacia los demás liceales- tendía a

consolidar el repliegue del grupo sobre en sí mismo. Esta paradoja ahondaba la percepción de un “nosotros” familiar y exclusivo frente a un “ellos” numeroso, generalmente apático y poco reactivo.

La participación de los estudiantes en la dinámica gremial es vista por los activistas como una posibilidad siempre abierta, como una opción que depende estrictamente de cada uno. Algunos se muestran más escépticos respecto de la perspectiva de ampliación de esta participación: no hay que hacerse ilusiones respecto de una ampliación sustantiva del número de asiduos a las reuniones, parecen decir. Son los que expresan especial preocupación por resguardar al “gremio” de los reproches de elitismo dejando claramente asentada la voluntad participativa. Veamos en este sentido, una intervención de la entrevista colectiva a estudiantes del liceo IBO:

Bebe: ... La posibilidad de participar, la tienen: de ellos depende de que la tomen o no. Nosotros estamos poniendo la mayor voluntad de nosotros para hacerlo participativo y que no me vengan a decir que acá, esto es de pocas personas, ¿no? Por lo menos, que estén enterados y puedan volcar una opinión en un voto, ¿no? Que es por algo que se empieza, después se verá. Cuantos más interesados estén, eso se verá reflejado en las asambleas, porque como bien el Santi decía, son abiertas, no es totalmente decir que son solamente dos delegados por clase...

Nótese que la interpelación vehiculizada por estas palabras, no se dirige a “la gente” sino a “ellos”. Esta última expresión facilita una mayor distancia y despersonalización, acorde con el tono de reproche presente en la locución: “ellos” tienen la información y los medios para participar del gremio, las puertas están siempre abiertas, nadie puede decidir en su lugar, y “los del gremio” han puesto “la mayor voluntad” para asegurar “la posibilidad de participar”. Recuérdese los términos en que se consideraba *supra* el cambio de perspectiva asociado a la transformación de “la gente” en sumatoria de individuos actuantes a los que se pide cuentas en su condición de personas autónomas y conscientes; el cambio habilitaba a “los del gremio” un examen crítico de las responsabilidades individuales, un reclamo de participación y compromiso activos dirigido a sus pares, en suma una expectativa de comportamiento consistente con lo que se espera de “la gente”. Similar función liberadora de la crítica es la cumplida por este nuevo trastocamiento de “la gente”, esta vez sustituido por “ellos”.

“El Bebe” expresa de modo más desinhibido lo que muchos otros sienten respecto de su relación con las tareas destinadas a promover la participación de “ellos”. El núcleo de activistas que espera de los demás una actitud de compromiso asiduo similar al que cada uno de ellos está dispuesto a brindar, se coloca en posición de reclamo ante sus pares precisamente porque siente haber conquistado un lugar en el grupo de “los que están siempre”. Es desde este lugar diferencial que el reclamo dirigido a sus pares aparece legítimo. El grupo¹⁰¹ se percibe a sí mismo como un nucleamiento de “convencidos” que ya asumió de una vez para siempre su responsabilidad con los destinos de “la gente” y en consecuencia debe hacer suya la empresa de “tratar de hacerlos participar”. Pero este reclamo de participación se dirige a *iguales* a los que nada impide el compromiso que de ellos se espera; precisamente por esto, su renuencia es vivida con fastidio e impaciencia: no se puede estar “cinchando toda la vida para no obtener resultados”, ya que “te terminaba cansando que todo el tiempo estuvieran encontrándole un pelo a todo”, etc. Tenemos aquí de nuevo la ascesis del sacrificio militante que encontrábamos en *supra* en los argumentos de Ernesto para defender al “gremio anterior”. La conciencia del deber gremial cumplido i) confiere legitimidad a aquella sensación de fastidio, ii) contribuye a la cohesión del grupo, y iii) aporta un justificativo adicional a la función vicaria. Veamos bajo esta luz el siguiente fragmento de intervenciones de la entrevista colectiva comentada, donde hemos subrayado algunos puntos expresivos de este fastidio. Notemos igualmente que ha desaparecido el empleo del término “la gente”, tanto en este fragmento así como en *en todo el contexto discursivo* de ese grupo de discusión:

Tato: Bueno, después de la ocupación, la participación creo que se nota, siempre me estoy moviendo, estoy tratando de que mi clase se mantenga informada, de manejar algunas propuestas a nivel de mi clase. Tratar de hacerlos participar. Es el primer año que vengo acá, yo iba al 9, y de repente faltaba un vidrio y les decíamos, como amenazando, “o mañana están los vidrios o no entra nadie”, y estaban los vidrios, ¿entendés? Eso acá no lo veás. No sé, algo totalmente distinto. Entonces dije tá, voy a estar cinchando toda la vida para no obtener resultados... y me aparté un poco. Y ahora, después de esto...

¹⁰¹ Aquí aludimos tanto al grupo de discusión como al grupo de entrevistados –en el caso del liceo IBO- ya que ambos re-crean de algún modo el “imaginario” compartido por los integrantes del “gremio”, referente real que estos grupos representan.

Cristina: Yo creo que a muchos les pasó eso... El primer intento de gremio de principios de este año, como que terminó cansando, digo, que cuatro estuvieran contra un montón y que pudieran más esos cuatro, porque te terminaba cansando que todo el tiempo estuvieran encontrándole un pelo a todo...

Santi: ...Y además cansó también a las personas que culpaban de centralizar, no?

Cristina: Claro, cansó a todo el mundo. Si uno venía tres veces por semana a una asamblea, por ejemplo, y se veía que todos los días se iba a tratar lo mismo, ya sabías lo que iba a pasar en la asamblea. Una vuelta, hasta a mí misma me sorprendió porque soy una persona que siempre tiraba para adelante, pero ahí me cansé y dije “no va más”...

El desencuentro entre “ellos” y “nosotros” es tematizado con singular intensidad cuando los grupos de discusión describen el reencuentro con la masa de estudiantes que no participó de las actividades. Finalizadas las ocupaciones y vueltos al escenario “normal” donde se reencuentran con los numerosos liceales que se han mantenido distantes de los avatares cotidianos del conflicto, los del “gremio” experimentan el desfasaje entre “nosotros” y “ustedes” como una distancia que incomoda, que produce aprehensión. Es lo que emerge en el grupo de discusión del liceo Zorrilla. El reencuentro con sus compañeros de clase los pone en contacto con una mayoría de liceales que había tenido apenas una relación distante con el movimiento de ocupaciones:

Marianela: Yo entré a mi clase con un poquito no sé si de miedo... Claro, en mi clase había mucha gente ocupante. No miedo, pero no tenía ganas de llegar al liceo y que me empezaran a mirar como “ah, estuviste ocupando, las movilizaciones”, no sé qué... Como que entre ocupantes y no ocupantes... no es el término, porque no es “ocupantes y no ocupantes”... pero bueno, tá... Había gente que te miraba como diciendo “me hiciste perder clases” ... Yo creo que el primer día de clase no fui tanto pensando en el reencuentro de los que no estaban, sino el reencuentro con los que estuvieron.

Teresa: En mi clase no era mucha la gente, pero tampoco ... gente que no se interesaba mucho, pero que de repente vos veías que estaba conversando sobre la Reforma ... Lo que me calentó fue que me preguntaran “¿y, van a volver a ocupar?”, y qué me preguntás a mí...

Selene: Una compañera de clase me dijo “hicieron tanto relajo para nada”. Primero que no fue para nada; y segundo, lo que me surgió fue decirle “¿y vos qué hiciste? Si estabas en contra de la Reforma, ¿hiciste algo, fuiste a alguna asamblea, dijiste que no te gustaba la medida, te informaste, sabías qué estaba pasando...?”

Por una parte, se asume la distinción entre “ocupantes” y “no ocupantes”; pero al tiempo, esta formulación resulta algo incómoda: “no es el término...” Parecen sonar los ecos de un conflicto entre el “ser” y el “deber ser”: la distancia existe, pero no debería. Renglón seguido, la expresión de conformidad resignada (“pero bueno, tá...”) confirma que no hay otra manera de aludir a una distinción-separación percibida como muy real. Se siente que esto “no debería ser así” ya que quienes ocupaban sus liceos lo hacían *en nombre* de una entidad colectiva convocada insistentemente, a la cual se apelaba reclamando legitimación democrática. “La gente” que los había asombrado con movilizaciones multitudinarias y con nutridas asambleas, que había desplegado una voluntad participativa sin precedentes, se transmutaba en aquellos compañeros de clase que los interpelaban, que manifestaban esa irritante ajenidad confirmatoria de una distancia indeseada y frustrante. En definitiva, esta molesta tensión entre “ocupantes” y “no ocupantes” realimenta la polaridad entre “ellos” y “nosotros”, al tiempo que legitima la dinámica autosustentada de “los del gremio”.

Esta evaluación de las relaciones polares entre ocupantes y no ocupantes se repite *en muy similares términos* en todos los grupos de discusión. Así por ejemplo el grupo del liceo de Las Piedras realizado a 19 días de levantadas las ocupaciones; a este grupo pertenece el tramo discursivo que retranscribimos a continuación. Cuanto más altas son las expectativas de reconocimiento que esperan “los ocupantes” de sus compañeros en el reinicio de los cursos, tanto más desalentador resulta el desentendimiento que se produce entre unos y otros:

Mario: Pero estaban los que decían “ay, si quieren pasar lindo que hagan un campamento, porque van a venir a ocupar el liceo”... Entonces eso a mí me llenó de tanta bronca, que me tuve que levantar e irme de la clase, porque si no, iba a agarrar los bancos, no sé... También me dio bronca otra cosa. Estuvimos pintando y lijando bancos para que los usen para hacer trencitos de escrito, y esas porquerías... Ellos se pensaron que estuvimos de vacaciones acá, y no fue así: no estuvimos de vacaciones, estuvimos trabajando...

Eleana: Cuando llegamos, tendimos más bien a cerrarnos; salíamos del turno y estábamos como todos juntos los ocupantes y por otro lado los chiquilines que no habían ocupado, como que los mirábamos un poco como extraños porque nosotros ya sentíamos el liceo como nuestra casa, nosotros pintamos los bancos y nos calentamos ver que el segundo día llegamos y estaban todos los bancos rayados. Pasamos clase por clase pidiendo a los chiquilines que por favor no rayaran los bancos por más que no les gustaran, que hicieran un esfuerzo, pero bueno... A la vista está que no nos dieron pelota. Después, tratamos de organizar una jornada

más bien de integración para tratar de que los chiquilines se unieran al grupo y todo, y vinieron más de 600 personas.

Lidia: El reencuentro con los no ocupantes, yo ni bien entré a mi clase lo primero que hice fue decirle a mis amigos que por favor cuidaran los bancos, éramos dos nomás los que ocupamos de mi clase. Recibías palabras de aliento como “¡pá, te vi en la tele, qué bien lo de ustedes, que vino el CODICEN a hablar!” y todo eso, pero de otras personas recibías palabras, así, que te bajoneaban pila, como “ustedes vinieron acá a bobiar, a pasar el tiempo, a tomar mate y jugar al truco”... “...que vamos a perder el año por la culpa de ustedes”...

Este frustrante desentendimiento entre “ocupantes” y “no ocupantes” se encuentra de algún modo abonado por otro fenómeno que se registra *en todos los casos* con una similitud impactante, y que había sido examinado en el trabajo antecedente: los jóvenes protagonistas de las ocupaciones que compartieron esa intensa experiencia colectiva durante tres semanas y habían entregado “su liceo” a manos de las autoridades institucionales, volvían a encontrarse ahora en un contexto de extrañamiento que contrastaba fuertemente con los lazos de proximidad y familiaridad reavivados por el reencuentro. El movimiento discursivo de este desentendimiento puede expresarse como sigue:

- i) El retorno a clase es *en primer término* el reencuentro de los propios ocupantes entre sí en el viejo contexto “normal” del liceo que la experiencia de ocupación ha trastocado irremediablemente. Los ex-ocupantes constituyen un pequeño número de “íntimos” que resiste el sentimiento de ajenidad cerrándose sobre sí en un movimiento de repliegue comunitario que realimenta la sensación de extrañamiento respecto de sus pares “no ocupantes”, es decir respecto de la mayoría numéricamente abrumadora de liceales que reinician los cursos.
- ii) Los ocupantes hicieron del liceo su propia casa, un territorio del que se han apropiado siguiendo un mandato democrático que ahora deben defender de “los chiquilines”; el término con que Eleana alude a los “no ocupantes”, denota la asimetría de la relación en la que los “ocupantes” asumen funciones de tutoría, establecen “espontáneamente” con los demás relaciones paternalistas-vicarias.
- iii) Finalmente, las “jornadas de integración” vertebradas por aquella relación de tutoría, enmarcan un movimiento destinado a “tratar de que los chiquilines se unieran al grupo”; se transparenta el deseo de restitución de la unidad perdida,

aunque deberá ser en los términos del “grupo”: la recomposición unitaria puede realizarse, siempre que “los chiquilines” se unan al “grupo”.

Revisemos finalmente los términos más descarnadamente emocionales en que este contraste entre “ocupantes” y “no ocupantes” se manifiesta, desprovistos del tratamiento racional que puede percibirse en la exposición de Eleana que acabamos de analizar. Compárese la intervención de Marianela del liceo Zorrilla, con la de Cristina del liceo IBO que transcribimos renglón seguido:

Cristina: ... la profesora de Historia planteó el tema social, el tema de la ocupación, y como que yo dejé bien claro que nosotros, “los ocupantes” para llamarnos de alguna manera, éramos un grupo y que los demás reventaran. Yo planteé que no. Yo, en mi caso, estuve internada 20 días ocupando, estuve 20 días viéndoles las caras a las mismas personas, conviviendo y pasando un montón de cosas, y cuando llego y veo a una persona que estuve 20 días conviviendo con ella y veo a otro que no lo vi en 20 días, como que voy y saludo, ¿a quién voy a saludar primero, con quién voy a estar más tiempo? Con la persona que la extraño, porque yo la verdad extraño a la ocupación y a la gente, no estar todo el día con ella. Y más en ese momento: desocupamos un jueves, y volver el lunes, como que era el reencuentro. Digo, estábamos todos ahí, re-emocionados...

Hasta aquí nos hemos ocupado de la singular dialéctica de unidad-separación que subtiende la reflexión de “los del gremio” en torno al rol “pensante” y “dirigente” que asumen como suyo. Hemos podido notar que -más allá de énfasis distintos- *nadie cuestiona la necesidad de ocuparse de tales cosas*. El rol dirigente desempeñado por una minoría se muestra así “naturalizado”, no tematizable. En el apartado siguiente nos preguntaremos acerca del origen de esta naturalización, y aventuraremos una respuesta.

El paradigma de la “vanguardia”

La noción vicaria del gremio que los activistas comparten en lo sustantivo, sus convicciones sobre la índole de las relaciones entre el “gremio” y “la gente”, parecen trasuntar una concepción del quehacer gremial que trasciende en mucho la corta experiencia de vida de los jóvenes liceales. Creemos percibir una “afinidad electiva” entre esta noción, y la concepción leninista de partido de vanguardia que debe conducir a las clases revolucionarias en su asalto al

poder. Empecemos por resumir esta concepción, sirviéndonos de dos textos del dirigente de la revolución rusa de 1917.

La concepción leninista de partido revolucionario se expresa con singular transparencia en un folleto de 150 páginas titulado *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento* escrito en 1901 (Lenin 1978a). Allí, el líder indiscutible de los bolcheviques argumenta: i) no hay movimiento revolucionario sin teoría revolucionaria, ya que con su “lucha espontánea” los obreros no acceden por sí solos a “formas superiores de acción política”; ii) “...al obrero se le puede dotar de conciencia política de clase *sólo desde fuera*” de su propia clase (*op.cit.* p.179); iii) la teoría socialista surge de “hombres instruidos de las clases poseedoras” que abrazan la causa de los proletarios y que deben constituirse en partido; iv) si no se logra la unión de intelectuales y obreros, éstos jamás harán la revolución, y el socialismo seguirá siendo una utopía; v) la organización encargada de reunir intelectuales y obreros, se integrará “...por hombres que hagan de las actividades revolucionarias su profesión” (*op.cit.* p.215)¹⁰².

En los agitados meses que siguieron a la caída del zar y *antes* de la revolución de octubre, Lenin escribe un folleto de 100 páginas bajo el título *El Estado y la revolución* (Lenin 1978). En el texto, el líder bolchevique recoge la concepción marxista del Estado en tanto órgano de opresión de unas clases por otras que deberá ser destruido con el asalto definitivo al poder. El proletariado -constituido en nueva clase dominante- fundará un Estado cuyos “intereses objetivos” consisten en la liquidación definitiva de *toda forma de opresión*. Paradójicamente, esta labor del nuevo Estado llevará *irremediabilmente* a la extinción de este Estado *sui generis*, y con ella, la abolición de toda forma de dominación de unos hombres por otros.¹⁰³

¹⁰² No es éste lugar para una discusión detallada del alcance de estas ideas. Consignemos apenas que a lo largo del siglo XX los partidos de raigambre marxista han reivindicado casi sin excepción el modelo bolchevique de organización política leninista. Este modelo se vio ungido con el extraordinario prestigio e influencia de una revolución exitosa que enterró siglos de despotismo para poner en pie una experiencia socialista sin precedentes (Bettelheim 1974, Graña 1986).

¹⁰³ Mucho se ha escrito acerca de las tradiciones jacobinas que recogen los bolcheviques de Lenin. Así por ejemplo, escribe José Luis Villacañas en su prólogo a *La Ética protestante...*: “...la Revolución Francesa lanzó sobre su época la falsa apariencia de que cualquier país podía imitar su constitución e integrar sus avances políticos con sólo recogerlos en un texto. Bastaba para ello que una minoría suficiente, jugando de manera audaz u oportunista, se elevara al poder. De esta forma, acabó imponiéndose la ilusión moderna de la ingeniería política que llega hasta el leninismo” (Weber 1998:52)

La contradicción entre la tesis vanguardista contenida en *Qué hacer...* y la del autogobierno de las masas luego de la extinción del Estado en *El Estado y la revolución* ha sido ampliamente tematizada –entre otros- por connotados autores marxistas críticos (Bettelheim 1986, 1985, 1974; Sweezy 1985, 1982, 1977) Esta contradicción doctrinaria se expresaba también en la concepción organizativa del leninismo: los requerimientos de centralización del partido depositario de “conciencia revolucionaria” que debía conducir el asalto al poder, se contradecían con las expectativas de “generación espontánea” de conciencia por efecto del mero desarrollo económico de Estado socialista¹⁰⁴. Resumiendo: si en *¿Qué hacer?* Se fundamentaba el imperativo de conducción vicaria de las masas por el partido depositario de conciencia y teoría, en *El Estado y la revolución* se establecía que los revolucionarios debían fundar un Estado destinado a su propia extinción para dar lugar a la autoorganización de las masas¹⁰⁵.

Desdoblemos ahora la “afinidad electiva” que anunciábamos *supra*: i) En nuestra discusión vimos cómo el “gremio” se abroga la “tarea pensante” de “atrapar a la gente” (Ernesto), de persuadir a quienes necesitan “que se los llame todo el tiempo” (Elena). ¿No hay aquí cierto “aire de familia” con la tesis leninista de la imposibilidad de acceso a la “conciencia revolucionaria” por parte de los obreros “librados a sí mismos”? ii) La utopía de una “conscientización total” susceptible de ser alcanzada por “la gente” en un futuro constituido en horizonte de la acción presente del “gremio”, ¿no trae reminiscencias de la promesa socialista

¹⁰⁴ Para los bolcheviques, la cuestión de la existencia de las clases se reducía a la propiedad jurídica de los medios de producción; por tanto, la socialización de estos medios debía bastar para eliminar a las clases poseedoras. Luego, el desarrollo económico conducido por el nuevo Estado barrería por sí solo las relaciones capitalistas de subordinación en la fábrica, alentando relaciones socialistas fundadas en la solidaridad. Los revolucionarios debían por tanto concentrarse en el crecimiento cuantitativo de la producción sin escatimar medios tales como la introducción de métodos tayloristas en la fábrica, diferenciación salarial, primas a la productividad, privilegios a los técnicos, etc. ¿Qué objeciones de principio podían hacerse a medidas – supuestamente- provisorias e inofensivas a la larga, puesto que debían ser barridas automáticamente por las nuevas relaciones socialistas emergentes del desarrollo productivo al que habrían contribuido “objetivamente” aquellas mismas medidas? (Bettelheim 1974)

¹⁰⁵ La fórmula de “centralismo democrático” acuñada por Lenin, pretendía resolver esta contradicción, que terminó por estallar violentamente en los primeros años de la revolución rusa con la consolidación del centralismo y el ahogo definitivo de los órganos de democracia directa; la contradicción se “resolvía” disolviendo uno de sus términos, en este caso el de la autoorganización de las masas. Pensamos que esta tensión no tuvo nunca una resolución doctrinaria, y que los partidos marxistas que hicieron suyo el legado teórico-político bolchevique la han portado en su seno (Graña 1991)

del fin de los antagonismos de clase y la “extinción del Estado” por efecto de la acción de una minoría esclarecida?

Las preguntas que acabamos de formular son obviamente retóricas. Esta ya no lo es: ¿deberíamos sospechar que esta similitud paradigmática deviene de una influencia teórica *directa* sobre los jóvenes activistas del “gremio”? Tal sospecha no tiene fundamento alguno. La mayoría de estos liceales apenas tiene una idea muy borrosa de Lenin o de la revolución rusa, y los hábitos de lectura son más bien la excepción que la regla aun entre quienes provienen de hogares intelectuales. Postularemos que esta filiación conceptual ha seguido un camino de difícil reconstrucción: *el de las relaciones padres-hijos en los ámbitos de socialización familiar, en hogares donde sus progenitores han transmitido –de maneras muy variadas- ciertas experiencias e “historias de vida”*. Veamos qué nos lleva a sustentar tal hipótesis.

En nuestro trabajo antecedente dedicábamos un capítulo a la consideración de las relaciones entre los jóvenes ocupantes liceales y la generación de sus padres. Se procuraba en esas páginas la reconstrucción de algunas pinceladas de la “atmósfera social” en que la generación de los padres de estos liceales había crecido y accedido a la madurez. De las 51 entrevistas individuales a ocupantes del liceo Dámaso se desprenden las siguientes ponderaciones. Unas tres cuartas partes del total de protagonistas de las ocupaciones tenía de 16 a 18 años, y alrededor del 80 % de sus padres tenía entre 38 y 52 años en aquel momento (1996). También pudo estimarse que algo más de la mitad de los padres tenía entre 36 y 45 años, franja etaria que debió de haber cursado al menos un año del liceo entre 1968 y 1973 (Graña 1996:113-140) Respecto del involucramiento de estos padres en ese período de la vida del país, puede leerse en el trabajo citado: “Tenemos fuertes razones para pensar que un alto porcentaje de padres de los adolescentes que participaron de la ocupación, tuvieron militancia sindical o en organizaciones de izquierda durante su juventud, y no menos de un tercio la tiene actualmente” (op.cit. p. 118.)¹⁰⁶

¹⁰⁶ No tenemos información cuantitativa metodológicamente fiable sobre el asunto, pero no deja de ser significativo que *más de la mitad* de los padres de los 51 ocupantes entrevistados en el liceo Dámaso tuvo alguna militancia sindical o de izquierda en su juventud. El tema de la continuidad o discontinuidad generacional en lo que refiere a opinión política no puede ser correctamente abordado aquí. Bástenos mencionar que no hay unanimidad al respecto. Rama y Filgueira sostienen que se asiste a un proceso creciente “de disponibilidad de la juventud que favorecería opciones políticas diferentes a las de sus padres”, cuestionando la idea de una supuesta

Mencionemos finalmente una apreciación emergente del material de retranscripción de los grupos de discusión. En el capítulo del trabajo antecedente citado *supra*, se recogían numerosos indicios de una continuidad generacional expresamente asumida por los liceales respecto de los “ideales sociales” de sus padres. Habíamos seleccionado para el acápite de dicho capítulo las siguientes palabras de un estudiante del Dámaso: “Mi padre dice que la generación de ellos es una generación de derrotados que no ganaron nada. ¡Pues no, carajo! Yo creo que ganaron mucho, entre otras cosas ganaron que nosotros ganáramos ahora. Te voy a demostrar que ganaron mucho y te voy a demostrar que gracias a vos, podemos ganar nosotros” (*op.cit.* p.115). Numerosas otras expresiones de similar tenor pueden relevarse de los grupos de discusión. Apenas a título ilustrativo, retranscribimos un fragmento de diálogo de liceales ocupantes del Dámaso; véase la interesante interpretación que estos jóvenes realizan de los temores experimentados por sus padres al inicio de las ocupaciones:

Perico: ...Yo esto lo hablé con mi madre, y también se vio en la reunión de padres de AFCASMU, hay gente que se mantiene todavía las características de aquellos movimientos que existían en aquella época de la dictadura. Hay miedo, se pasó por una etapa muy difícil, y la misma gente que pasó por esa etapa y fue víctima, no quiere que sus hijos pasen por la misma.

Esteban: Como también hay otros que sí quieren que lo hagan y lo luchen, y no que terminen como ellos sino que lo hagan: ‘mirá que nosotros hicimos esto, no caigan en el mismo error que nosotros’.... También están los que apoyan, pero no quieren que venga el hijo, que apoya al estudiante desde el punto de vista moral y desde su casa, pero no del punto de vista físico. También hay quienes te dicen, ‘yo entiendo, a vos te encanta esto, me parece fantástico, pero ojo no te metas mucho, porque la cana está salada, que hay mucha gente rara que te puede hacer la cabeza’, entonces de otra manera te la meten para que no vengas. Por un lado te dicen “muy bien lo tuyo” pero por otro te dicen ‘tené ojo, mirá que hay mucha gente’... Yo entiendo, son padres, y se les pasan muchas cosas por la cabeza.

Ernesto: No creo que el apoyo de los padres haya sido pensado y que hayan tratado de dar manija para un lado o para el otro; creo que trataron de ser neutrales, ante la posición de unos estudiantes y otros. El problema es que hay que remontarse a la historia de cada uno de los padres. Vivieron una época muy salada; muchos vieron

“ruptura generacional” (Rama y Filguera 1991:143). A despecho de esta valoración, la consultora *Equipos/MORI* da cuenta de la importancia central de la tradición familiar en la identidad política de los jóvenes uruguayos (diario “El Observador”, 11.9.99)

cana, vieron palos, vieron muertos, desaparecidos; entonces de alguna manera, el objetivo del enemigo en ese caso fue crear miedo y lo lograron (...) Porque hubieron padres que planteaban: ¿si entran los tiras y se quedan ahí... o si entran por los muros... o la seguridad...!’ Vos te das cuenta que era un sentimiento recontra noble, que no te decían: ‘yo no quiero que a mi hijo le peguen un palo...’ No, era miedo real.

Elena: Yo creo que el miedo existió, y creo que los padres pudieron dominarlo hasta una situación bastante límite ... Creo que lo dominaron mientras pudieron, pero además creo que los padres fueron el eje pensante, más los padres que estuvieron al lado nuestro durante la ocupación. Me parece que pudieron mantenerse en el medio de todos los estudiantes que teníamos posiciones muy distintas, porque escucharon posiciones que decían: ‘pará, no vamos a desocupar nunca’, como posiciones que eran más pensantes y las más reales. Las posiciones más pensantes y reales estaban de acuerdo con los padres ¿o no?

o o o

Síntesis y conclusiones

Este trabajo constituyó una experiencia metodológica *sui generis*, ya que el campo precedió en mucho a una discusión teórico-metodológica ceñida como la que se expone en la parte II (pp. 65-93). El proyecto de investigación inicial había sido coextensivo con la constitución misma del proceso que se tomó por objeto de análisis: la gestación del movimiento social protagonizado por adolescentes que ocupaban sus centros de estudio a modo de protesta activa en agosto-setiembre de 1996. Nos propusimos una “descripción etnográfica” del movimiento de ocupantes, valiéndonos de los términos empleados por sus propios protagonistas y con énfasis en i) la reconstrucción colectiva de los antecedentes de la actividad gremial y el origen de la decisión de ocupar, ii) una reflexión en torno a la experiencia vivencial de la ocupación, iii) cierta descripción consensuada de las relaciones establecidas con los liceales “no ocupantes”, y iv) un breve relato de la trayectoria gremial de cada uno de los participantes. La parte más sustantiva del trabajo de campo consistió en el registro magnetofónico de diez reuniones con estudiantes de cinco de los liceos más activamente involucrados en el movimiento de ocupaciones. Subsidiariamente, se realizaron cinco entrevistas a profesores y directores de liceos ocupados, 51 entrevistas individuales a jóvenes ocupantes del liceo Dámaso y una encuesta a 600 estudiantes de cinco grandes liceos montevideanos días después del reinicio de las clases.

Evaluada a la luz de la revisión bibliográfica que hicimos luego, pudimos establecer que nueve de aquellas diez reuniones habían asumido la modalidad del *grupo de discusión*: i) los participantes estaban investidos de la condición de *representantes* de ciertas posiciones en el fenómeno social focalizado; ii) la producción discursiva estuvo vertebrada por la pretensión de reconstruir y comprender la dinámica del grupo más amplio que representaban los participantes; iii) el número de participantes –no menos de seis, no más de nueve- aseguró la necesaria equidistancia de la situación excesivamente íntima por una parte, y de la disgregación en subgrupos –conversaciones cruzadas, intervenciones superpuestas- por otra; iv) los relatos generados por la dinámica grupal estuvieron signados por la negociación interactiva de los cuadros de situación descriptos. Siguiendo a Alonso (1998), Canales y Peinado (1998), Ibáñez (1996) y Blanchet et Gotman (1992), estos atributos son precisamente los que caracterizan

básicamente a la técnica en cuestión. En contrapartida, el requisito de desconocimiento entre los participantes –señalado como importante en todos los manuales corrientes de metodología– había sido notoriamente incumplido. La bibliografía consultada destaca las “complicidades privadas” y la “memoria de vivencias compartidas” como los principales sesgos peligrosos que la familiaridad entre participantes puede introducir en la trama discursiva del grupo. Sin embargo, la dinámica de los intercambios mostró que –al menos en esta experiencia concreta– ambos “sesgos” habían contribuido positivamente a una producción discursiva consensuada (hemos discutido este punto en pp.94-5).

Desde las primeras relecturas de los intercambios generados en los grupos de discusión, había llamado nuestra atención el encuentro conflictivo entre dos dimensiones igualmente marcantes de la experiencia inmediata de los jóvenes que asumían el control de sus liceos: la fuerza cohesionadora del sentimiento de proximidad comunitaria por una parte, las tendencias centrífugas emergentes de la regulación racional de los intereses colectivos por otra. Esta fue, en definitiva, la línea interpretativa que matrizó el trabajo antecedente (Graña 1996).

La perspectiva desde la que hemos vuelto a abordar aquí el texto de la retranscripción de los grupos no era estrictamente novedosa, ya que había quedado anunciada en el trabajo antecedente. Los primeros contactos con el movimiento de ocupantes habían sido realizados a través de sus “dirigentes”, y en ellos habíamos delegado en gran medida la tarea de convocatoria de los grupos de discusión, por lo que éstos se integraron con los elementos más activos y constantes del movimiento de liceales ocupantes. Así, el trabajo de campo se realizó casi exclusivamente con estudiantes pertenecientes al “gremio” de su liceo, es decir, al agrupamiento de activistas que constituía cierto ámbito restringido de afinidad. Pronto se hizo evidente que aquel espacio de encuentro de “los del gremio” les ofrecía una singular oportunidad extracotidiana para tematizar su condición de activistas escindidos/relacionados con los demás estudiantes. Al tiempo que estos jóvenes discurrían en los grupos de discusión en torno a los asuntos por los que habían sido convocados, dibujaban la filigrana de sus relaciones con los demás y caracterizaban el rol que ellos mismos se atribuían en la gestión y coordinación cotidiana del movimiento de ocupaciones de liceos. Podía percibirse que “los del gremio” se sentían fuertemente comprometidos con la tarea de convocatoria a “la gente” con

vistas a lograr la más amplia participación en las actividades colectivas. La reconstrucción discursiva de estas actividades que tenía lugar en el seno de los grupos de discusión, nos mostraba un proceso tan llamativo como paradójico: *la propia planificación de la labor de acercamiento e inclusión de los liceales menos comprometidos con la movilización, operaba como un factor cohesivo de la minoría activa que había hecho de aquella labor su razón de existencia y su principio organizativo*. En otras palabras, las propias actividades destinadas a acortar las distancias entre minorías y mayorías, entre los “militantes” y la “masa”, tenían por efecto la confirmación y solidificación de aquellas distancias. El principal objetivo proclamado por el “gremio” era, sin duda alguna, la ampliación de la participación en las acciones colectivas en curso. Pero independientemente del grado de satisfacción alcanzado en este objetivo, las actividades en pos del mismo parecían redundar en la legitimación del rol vicario del “gremio” en relación con “la gente”. La identificación y análisis de esta dinámica perversa ocupó el centro de interés del presente trabajo, e inspiró la matriz con que fue reprocesado el material discursivo de grupos de discusión en los que “los del gremio” tematizaban su propia experiencia al frente del movimiento de liceales ocupantes.

En el apartado sobre el análisis del discurso (pp.85-93) dimos cuenta de las herramientas adoptadas para la labor interpretativa. Recapitulemos brevemente: i) los significados, lejos de ser unívocos, son polisémicos y dependen de la perspectiva con que son abordados; ii) el análisis de los significados busca conexiones inteligibles entre la “superficie textual” y los contenidos semánticos, entre el texto en tanto *producto discursivo* y el texto como *producción*; iii) la codificación consiste en la elección de palabras claves (unidades de registro) cuyos entornos expresivos (unidades de contexto) son analizados dentro de cierto marco interpretativo conectado lógicamente con los objetivos de la investigación; iv) el análisis “social-hermenéutico” (Alonso) procura hacer visibles en el texto, las acciones significativas de los sujetos en sociedad, colocando a éstos en el campo de relaciones e intereses sociales focalizados por la investigación.

Valiéndonos de estas herramientas analíticas, definimos en primer lugar a las palabras-término “el gremio” y “la gente” como las unidades de registro cuyas unidades de contexto brindarían los principales fragmentos discursivos a examinar. Este procedimiento estaba encaminado a dar

cuenta de aquella tensión “nosotros-ellos”, “el gremio-la gente”, que queríamos poner al descubierto, y que estaba ahora en el centro de nuestros nuevos intereses de investigación. El análisis sistemático de las principales unidades de contexto que contienen uno y otro término de la polaridad focalizada, constituye en definitiva el *corpus* central de este trabajo, sustanciado en la tercera y última parte de la exposición (pp. 98-143).

Este análisis puso en evidencia la notable polisemia de que estaba dotado el término “la gente” en su empleo por parte de los activistas. Dicha volubilidad semántica, sin embargo, no tenía nada de aleatoria o arbitraria: la trama de sus diversos sentidos parecía contribuir *invariablemente* a la descripción de atributos “positivos” de lucidez, protagonismo, sabiduría *per se* con que era investido este actor colectivo, anónimo y cuasi mítico. A través de su invocación, “el gremio” realizaba dos tareas distintas e indisociables: i) ahuyentar las dudas planteadas por las disyuntivas de la acción: el curso de la misma se lo concebía como arbitrado –en última instancia- por la inapelable capacidad de discernimiento de “la gente”, y ii) minimizar el rol dirigente: éste se reducía a una adecuada interpretación de lo que “la gente” quiere.

Si la confianza en “la gente” se mostraba en las expresiones de los jóvenes militantes como un principio general claro e inapelable, el terreno del quehacer cotidiano del movimiento aparecía minado de contradicciones y ambigüedades. ¿”La gente” quería continuar el movimiento de ocupaciones, o bien debía negociarse su levantamiento? ¿Qué porcentaje del total de liceales debía aceptarse como representativo de “la gente” en régimen de asamblea general? Estas y otras interrogantes acuciantes reclamaban respuestas claras e inmediatas que ninguna apelación de principios generales podía aportar. Pero cuanto más urgentes se tornaban las decisiones concretas, tanto más lejos se mostraba la posibilidad de que “la gente” interviniera en ellas de modo masivo e incontrovertible. Cuanto más precisos se hacían estos reclamos, tanto más inaudible parecía la voz de “la gente”: ¿quiénes la representaban realmente, cómo estar seguros de estar defendiendo sus intereses? La búsqueda de respuestas asumía una y otra vez la forma de pugna por el bien máspreciado por los del “gremio”: la facultad de interpretación -precisamente- de la voluntad e intereses de “la gente”. Por este camino, el centro de gravedad

volvía a estar ocupado por la dinámica que protagonizaban los militantes más activos nucleados en el “gremio”.

En definitiva, los grupos de discusión reconstruían discursivamente las prácticas vicarias del núcleo de militantes del “gremio”. Estas prácticas tomaban asidero en ciertas prerrogativas tendientes a legitimar –ante sí y ante los demás- el rol de “intérprete” de la gente: i) acumulación de destrezas oratorias: “maneras de hablar”, “facilidad de hablar”; ii) familiarización con rutinas organizativas: convocatorias a las asambleas, determinación de la agenda de prioridades (“la orden del día”); iii) ejercitación colectiva de la “tarea pensante” de los menos (porque “la gente se queda callada”, “...somos nosotros los que masticamos y ustedes los que escuchan”, etc.)

Hace apenas un siglo, numerosos intelectuales se habrían contentado con ver en estos fenómenos una prueba más de la estupidez de las muchedumbres (Le Bon) dotadas de un conformismo contagioso (Tarde), o un correlato de la tendencia de la masa a la reconstitución de la “horda primitiva” (Darwin) ávida de sumisión y dominada por pulsiones inconscientes (Freud). El rechazo “epidérmico” de tales explicaciones por añejas, autoritarias o hierocráticas, no nos bastaba sin embargo para poner en pie una racionalidad alternativa que diera cuenta de nuestro asunto. Hubiéramos podido adoptar, sin duda, la perspectiva de los efectos no deseados de la acción con la que nos ha familiarizado -entre otras- la influyente tradición funcionalista en ciencia social. Así, nuestra investigación mostraría –una vez más- las constricciones de acciones cuyos efectos resultan dramáticamente opuestos a las intenciones de sus agentes. Al mismo tiempo, parecía de rigor tratar de contextualizar este análisis en la sociología de los movimientos sociales, lo que en buena medida nos colocaba en las antípodas del funcionalismo: de esta problemática se ocupan ante todo autores que enfatizan el carácter intencional de la acción. Así se trate de conductas grupales estratégicamente guiadas, de la construcción de identidades colectivas o de la disputa por el control socio-cultural, los estudios de estas entidades tratan casi siempre de actores sociales que toman la palabra, de sujetos convergiendo en una misma voluntad transformadora. Pero a la hora de intentar aprehender nuestro asunto - los resultados contradictorios y no deseados de las actividades del “gremio”- ninguna de las categorías analíticas brindadas por las perspectivas visitadas se mostraba particularmente elocuente.

El marco de significado en el que pudimos pensar más confortablemente nuestro objeto, nos lo brindó finalmente la “escuela de las élites” de Pareto, Mosca y Michels, aunque muy especialmente éste último. Por sobre sus diferencias, estos pensadores tematizan la imposibilidad de la democracia *strictu sensu*. Para Michels, la utopía de la participación directa de las masas en las decisiones es burlada una y otra vez por las tendencias burocráticas y conservadoras secretadas por toda organización democrática. En su seno, las decisiones son tomadas siempre por una minoría de especialistas: “quien dice organización dice oligarquía”, y ello aun en aquellas organizaciones que hacen causa de la ampliación de la democracia. La constitución de esta minoría es un efecto no buscado e inevitable de las funciones de liderazgo: el acceso privilegiado a recursos de conocimiento y control, el desarrollo de destrezas oratorias, políticas y organizativas, habilitados a su vez por la “incompetencia perpetua de las masas”.

Con la derrota de las viejas autocracias europeas se consagraba la utopía moderna del autogobierno de las masas, postergadas desde el fondo de los tiempos. Pero la democracia efectiva escapa una y otra vez, como un puñado de arena entre los dedos. La sociología de los partidos desplegada por Robert Michels tuvo la audacia de mirar “hacia adentro” para ver *en la propia dinámica de las organizaciones democráticas* la tendencia a la consagración del poder de una minoría, y en ella, el mayor obstáculo al gobierno de las mayorías.

Hemos identificado estas mismas tendencias en el seno de las prácticas del más “inocente” de los movimientos sociales, constituido por adolescentes que asomaban apenas a los avatares de la ciudadanía social. ¿Es efectivamente la constitución de oligarquías una “ley de hierro” de las organizaciones de masas? La interrogante sigue reverberando en nuestras sociedades. Creemos –junto al “mejor Michels”– que el estudio riguroso de aquellas tendencias, antes que un motivo de desencanto, debería constituir un insumo reflexivo para la democratización de la vida social. Touraine, Castells, Melucci y otros, nos señalan en dirección de los movimientos sociales contemporáneos, descubriendo en ellos -tal vez- nuevas esperanzas para el viejo sueño del autogobierno de las masas.

Prometeo había robado el fuego de los cielos para donárselo a la humanidad, que así dotada, se distanciaba del reino animal. Pero para esto, tuvo que engañar a los dioses; en castigo, Zeus encadenó a Prometeo a una roca y lo condenó a ser picoteado eternamente por un águila. Finalmente, el dios imprudente fue liberado por Hércules. ¿Asumirán los movimientos sociales la tarea hercúlea de liberar a Prometeo del poder de las élites? El desafío está dirigido a nuestra razón e imaginación de analistas de la vida social, pero también a nuestra condición de participantes plenos de este mundo-problema.

o o o o o

Bibliografía consultada

- Aguiar, Fernando (1991): "La lógica de la cooperación", en Fernando Aguiar (comp.): *Intereses individuales y acción colectiva*, Edit. Pablo Iglesias, Madrid, pp.1-42)
- Albertoni, Ettore E. (1992): *Gaetano Mosca y la formación del elitismo político contemporáneo*, FCE, México (© *Gaetano Mosca e la formazione dell'elitismo politico contemporaneo*, 1986)
- Alexander, Jeffrey C. (1990): "La centralidad de los clásicos", en Anthony Giddens, Jonathan Turner et al.: *La teoría social hoy*, Alianza Edit., Madrid, pp.22-72 (© *Social Theory Today*, N.York, Polity Press, 1987)
- Alonso, Enrique (1998): *La mirada cualitativa en sociología. Una aproximación interpretativa*, Edit. Fundamentos, Madrid
- Althusser, Louis (1988): *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*, Nueva Visión, Bs Aires
- Althusser, L. & Balibar, E. (1974): *Para leer El Capital*, México, S.XXI, 13º ed. (© *Lire le Capital*, Librairie François Maspéro, Paris 1967)
- Bachelard, G. (1951): *L'activité rationaliste de la physique contemporaine*, Presses Universitaires de France, Paris
- Bajtín, M.M. (1998): *Estética de la creación verbal*, Siglo XXI edit., España (© *Éstetika slovesnogo tvorčestva*, Izdatel 'stevo iskusstvo, Moscú 1979)
- Beck U., Giddens A. Y Lash S. (1997): *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*, Alianza Universidad, Madrid (© *Reflexive Modernization. Politics, Tradition and Aesthetics in the Modern Sccial Order*. Polity Press, 1994)
- Beltrán (1986): "Cinco vías de acceso a la realidad social" en García Ferrando, J.Ibáñez y F.Alvira (comp.): *El análisis de la realidad social, métodos y técnicas de investigación*, Alianza Editorial, Madrid 1986

- Bendix, Reinhard (1986): *Max Weber, um perfil intelectual*, Editora Universidade de Brasília, Brasil (© *Max Weber, an intellectual portrait by Reinhard Bendix*, 1960)
- Berger, Suzanne (1988): *La organización de los grupos de interés en Europa Occidental*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, España 1988 (© *Organizing interest in Western Europe. Pluralism, Corporatism and the Transformation of Politics*, Cambridge University Press, 1981)
- Bettelheim, Charles (1986): “La naturaleza del sistema soviético, de nuevo a debate”, *Monthly Review*, dic./86
- (1985): “Lo específico del capitalismo soviético”, *Monthly Review*, Vol. 37 n° 34, set./85
- (1974): *Les luttes de classes en U.R.S.S. Première période 1917-1923*, Maspéro-Seuil, Paris
- Blanchet, Alain et Gotman, Anne (1992): *L'enquête et ses méthodes: l'entretien*, Ed. Nathan, Paris
- Borkenau, Franz (1941): *Pareto*, FCE, México (© 1936)
- Bourdieu, Pierre (2000): “La nouvelle vulgate planétaire”, *Le Monde Diplomatique*, mayo 2000, pp. 6-7
- (1998): *La domination masculine*, Editions du Seuil, Paris.
- (1988): *Cosas dichas*, Gedisa S.A., Bs Aires (© *Choses dites*, Les Editions de Minuit, Paris 1987)
- Bourdieu Pierre, Chamboredon Jean-Claude, Passeron Jean-Claude (1975): *El oficio de sociólogo*, Siglo XXI, México (© *Le métier de sociologue*, Ecole pratique de Hautes Etudes (vissection) and mouton y co., París 1973)
- Bruyn, Severin (1972): *La perspectiva humana en sociología*, Amorrortu, Bs. Aires
- Bujarin, Nicolai I. (1974): *Teoría del materialismo histórico*, Siglo XX, Madrid (© 1921)
- Burnham, James (1945) :*Los maquiavelistas, defensores de la libertad*, Emecé Edit. S.A., Bs. Aires (© *The Maquiavellians: Defenders of Freedom*, The John Day Co., N.York 1943)
- Calmette, J. (1923): *La société féodale*. Librairie Armand Colin, Paris

- Canales, Manuel y Peinado, Anselmo (1998): “Grupos de discusión”, en Delgado J.M. y Gutiérrez J. (eds.) 1998:287-316
- Cartwright, Dorwin P. (1972): “Análisis del material cualitativo”, en Festinger L. & Katz D. (comp.): *Los métodos de investigación en ciencias sociales*, Paidós, Bs. Aires 1972, pp. 389-432 (© *Research Methods in the Behavioral Sciences*, The Dryden Press Inc., N.York 1953)
- Castells, Manuel (1998): “El poder de la identidad”, en *La era de la información: economía, sociedad y cultura* v.2, Alianza Editorial, Madrid, pp.27-35 y 75-90
- (1983): *La ciudad y las masas. Sociología de los movimientos sociales urbanos*, Alianza Editorial S.A., Madrid (© *The City and the Grassroots – A Cross-Cultural Theory of Urban Social Movements*, Edward Arnold Publishers Ltd., London 1982)
- (1977): *Ciudad, democracia y socialismo*, España: Siglo XXI, España
- (1976): “La crise urbaine aux Etats-Unis: vers la barbarie?”, en *Les Temps Modernes*, Año 31, n° 355, París, feb/76 pp. 1177-1240.
- Claudín, Fernando (1970): *La crisis del movimiento comunista. De la Komintern al Kominform*, Ruedo Ibérico, Colombes, Francia
- Cress, Daniel M. & Snow, David A. (1996): “Mobilization at the Margins: Resources, Benefactors, and the Viability of Homeless Social Movement Organizations”, en *American Sociological Review*, vol. 61, n°6, December 1996, pp.1089-1109
- Delgado, Juan Manuel y Gutiérrez, Juan, eds. (1998): *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*, Síntesis S.A., Madrid
- Dowse, Robert E. & Hughes, John A. (1982): *Sociología Política*, Alianza Edit., Madrid (© *Political Sociology*, John Wiley & Sons, Ltd., 1972)
- Durkheim, Emile (1964): *Las reglas del método sociológico*, Dédalo, Bs Aires (© *Les règles de la méthode sociologique*)
- Duverger, Maurice (1982): *Sociología de la política*, Edit. Ariel S.A, Barcelona *Sociologie de la politique. Eléments de Science Politique*, PUF, Paris 1973)

- Eco, Umberto (1987): *Lector in fabula. La cooperación interpretativa en el texto narrativo*, Edit. Lumen, Barcelona (© Casa Editrice Valentino Bompiani & C.S.p.A. 1979)
- Elster, Jon (1991): “Racionalidad, moralidad y acción colectiva”, en Fernando Aguiar (1991) pp.43-69 (© “Rationality, Morality and Collective Action”, *Ethics* 96, oct./85, pp.136-155)
- Errandonea (2000): “Algunas reflexiones en defensa de la construcción empírica del conocimiento sociológico”. Ponencia a las *IV Jornadas de Sociología de la U.B.A.*, Bs. Aires
- (1991): “Los Ciclos Básicos como respuesta a la masificación universitaria en América Latina. El caso de las Ciencias Sociales en la Universidad uruguaya”. *Revista de Ciencias Sociales* n°5, FCU, Montevideo
- (1985): “¿Metodología cualitativa vs. metodología cuantitativa?”, *Revista de CLAEH* N° 35, dic./85
- Evers, Tilman (1984): *Identidad: el lado oculto de los nuevos movimientos sociales*, Serie “Materiales para el debate contemporáneo”, n° 1, CLAEH, Montevideo
- Foucault, Michel (1991): *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI (© 1969)
- (1980): *La verdad y las formas jurídicas*, Edit. Gedisa S.A. (© 1973, conferencias pronunciadas en Rio de Janeiro en mayo, publicadas en portugués por la *Pontificia Universidade Catolica* y traducidas al español por Enrique Lynch)
- Freud (1993): *Psicología de las masas. Más allá del principio del placer. El porvenir de una ilusión*, Alianza Edit., Madrid (© *Massenpsychologie und Ich-Analyse, Jenseits des Lustprinzips, Die Zukunft einer Illusion*, 1921)
- (1986): *La interpretación de los sueños* t.I, Planeta-Agostini, Bogotá (© *Die Traumdeutung*, 1900)
- (1972): *Totem et tabou*, Edit. Payot 2ème éd., Paris (© 1913)
- García Ferrando Manuel, Alvira Francisco y Herederos de Jesús Ibáñez, comps. (1996): *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*, Alianza Edit., Madrid (© 1986)
- Giddens, Anthony (2000): *En defensa de la sociología*, Alianza Editorial, Madrid (© *In Defense of Sociology*, 2000, 1999, 1995)

- (1995): *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Amorrortu Ed., Bs. Aires (© *The Constitution of Society. Outline of the Theory of Structuration*, Polity Press, Cambridge 1984)
- (1977): *El capitalismo y la moderna teoría social*, Edit. Labor S.A., Barcelona (© 1971)
- Ginzburg, Carlo (1989): *Mitos, emblemas, sinais*, Companhia das Letras, Rio de Janeiro
- (1989^a): *Micro-História e outros ensaios*, Difel, Lisboa
- Goffman, Erving (1968): *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu Ed., Bs. Aires (©*The Presentation of Self in Everyday Life*. Doubleday Co. Inc., N. York 1959)
- Gramsci, Antonio (1977): *Política y Sociedad*, Edicions 62 S.A., Barcelona (Selec. y trad. de Solé-Tura, © Instituto Gramsci 1948-1951)
- Graña, François (1996): *La movida estudiantil*, Montevideo, Fin de Siglo
- (1991): *Crisis del socialismo: algunas respuestas marxistas*, Montevideo, Edit. Espacio
- (1986): “A 116 años del nacimiento de Lenin”, periódico *Compañero*. 8.5.1986, Montevideo
- Habermas Jürgen (1990): *Teoría de la acción comunicativa t. II: Crítica de la razón comunicativa*, Altea, Taurus, Alfaguara SA, Madrid (© *Theorie des kommunikativen Handelns. Band 2. Zur Kritik der funktionalistischen Vernunft*, Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main 1981)
- Hirsch, Eric L. (1990): “Sacrifice for the cause: group processes, recruitment, and commitment in a student social movement”, en *American Sociological Review*, vol. 55, April 1990, pp.243-254
- Hirschman, Albert (1977): *Salida, voz y lealtad*, F.C.E. serie Obras de Economía, México
- Hobsbawm, Eric (2001): *Historia del siglo XX*, Editorial Crítica SRL, Barcelona (© *Age of extremes, the short Twentieth Century 1914-1991*, Michael Joseph Ltd, London)
- (1968): *Rebeldes primitivos*, Ariel, Barcelona (© *Primitive Rebels. Studies in Archaic Forms of Social Movement in the 19th And 20th Centuries*, London 1959)
- Ibáñez, Jesús (1996): “Cómo se realiza una investigación mediante grupos de discusión”, en García Ferrando M, Ibáñez J. y Alvira F. (comps.) 1996:569-581

- Kim, Hyojoung & Bearman, Peter (1997): “The Structure and Dynamics of Movement Participation”, en *American Sociological Review*, vol.62, nº1, pp.70-93
- Koopmans, Ruud (1993): The Dynamics of Protest Waves: West Germany, 1965 to 1989”, en *American Sociological Review* vo.58, nr.5, October 93, pp.637-658
- Krippendorff, Klaus (1990): *Metodología de análisis de contenido. Teoría y práctica*, Paidós Comunicación, Barcelona (© *Content Analysis. An Introduction to its Methology*, Sage Publications Inc., Newbury Park 1980)
- Kuhn. T.S. (1989): *¿Qué son las revoluciones científicas? Y otros ensayos*, Paidós, Barcelona (© *What are Scientific Revolutions?*, MIT, Cambridge, Londres 1987)
- (1971): *La estructura de las revoluciones científicas*, F.C.E, México. (© *The structure of Scientific Revolutions*, Univ.of Chicago Press, USA 1962)
- Landinelli, Jorge (1988): *La movilización estudiantil universitaria en la crisis social de 1968*. Montevideo, coedición de E.B.O. y Facultad de Hum. y Ciencias, U. de la República
- Laraña, Enrique (1999): *La construcción de los movimientos sociales*, Alianza Edit., Madrid
- Lindholm, Charles (1991): “Hipnotismo y psicología de masas: Mesmer, Le Bon, Tarde”, en *Carisma*, Gedisa S.A., Barcelona, pp.58-75
- Lasswell, Harold (1993): “Estructura y función de la comunicación en la sociedad”, en Moragas, M. (ed): *Sociología de la comunicación de masas*, Ed.Gilli S.A., Barcelona, pp.50-68 (© “The Structure and Functions of Communication in Society”, in Lyman Bryson ed.: *The Communication of Ideas*, Harper & Row, N.York 1948)
- Le Bon, Gustave (1978): *Psicología de las multitudes* (© *Psychologie des foules*, Paris 1895)
- Lenin, V.I. (1978): *El Estado y la revolución*, en *Lenin, Obras escogidas t.II*, editorial Progreso, Moscú, pp.289-387 (© edit. Zhizn y Znanie, Moscú 1917)

- Lenin, V.I. (1978a): *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*, en Lenin, *Obras escogidas* t.I, editorial Progreso, Moscú, pp.115-263 (© Stuttgart 1902)
- Levi, Giovanni (1992): “Sobre a micro-história”, en Peter Burke (org.): *A escrita da história*, UNESP, S.Paulo, pp.133-161
- Lindholm, Charles (1991): “Hipnotismo y psicología de masas: Mesmer, Le Bon, Tarde”, en *Carisma*, Gedisa S.A., Barcelona, pp.58-75
- López-Aranguren, Eduardo (1996): “El análisis de contenido”, en García Ferrando M, Ibáñez J. y Alvira F. (comps.) 1996:461-492
- Maintz Renate, Holm Kurt & Hübner Peter (1988): *Introducción a los métodos de la sociología empírica*, Alianza Edit., Madrid (© *Einführung in die Methode der empirischen Soziologie*, Westdeutscher Verlag GmgH, Opladen, 1969)
- McAdam Doug, McCarty John D. & Zald Mayer N., eds. (1999): *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*. Edit. Istmo, Madrid (© *Comparative Perspectives on Social Movements*, Cambridge Univ. Press, 1996)
- McAdam Doug, Tarrow Sydney & Tilly Charles (1997): “Toward an Integrated Perspective on Social Movements and Revolution”, in Lichbach M.I. & Zuckerman A.S. (eds.): *Comparative politics. Rationality, Culture, and Structure*, Cambridge Univ. Press, N.York, pp.142-173
- McCarthy, John D. & Wolfson, Mark (1996): “Resource Mobilization by Local Social Movement Organizations: Agency, Strategy, and Organization in the Movement Against Drinking and Driving”, en *American Sociological Review* vol.61, n°6, December 1996, pp.1070-1088
- Mannheim, Karl (1958): *Ideología y utopía. Introducción a la Sociología del conocimiento*, Aguilar, Madrid (© *Ideology and Utopia*, Routledge and Kegan Paul, Londres 1936)
- Maquiavelo, Nicolás (1991): *El Príncipe*, Alianza Edit., Madrid (© *Il Principe*, 1513)

- Marcuse, Herbert (1968): *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*, Edit. Joaquín Mortiz S.A., México D.F. (© *One-Dimensional Man*, Beacon Press, Boston, EE.UU. 1964)
- Marx, K.(s/f): “Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850”, en Marx, K. y Engels, F. (s/f): *Obras Escogidas*, Edit. Progreso, Moscú, pp.112-245) (© K.Marx 1850)
- Mayer, Margit (1995): “Social-Movement Research in the United States: A European Perspective”, en Lyman, Stanford M. (editor): *Social Movements. Critiques, Concepts, Case-Studies*, Macmillan, Hampshire, pp.168-195
- Meisel, James (1975): *El mito de la clase gobernante. Gaetano Mosca y la élite*, Amorrortu Eds., Bs. Aires (© *The Myth of the Ruling Class. Mosca and the “Elite”*, The University of Michigan Press, 1958)
- Melucci, Alberto (1991): “Social Movements and the Democratization of Everyday Life”, en *Civil Society and the State, New European Perspectives* (editor: John Keane), Verso, London, pp.245-260
- Mendieta y Núñez, Lucio (1950): *Teoría de los agrupamientos sociales*, Instituto de Investigación Social, UNAM, México
- (1996): *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*, vol. I, Amorrortu Ed., Argentina (© *Zur Soziologie des Parteiwesens in der modernen Demokratie*, Klinckardt, Leipzig 1911; Bujarin –1974- indica el año 1910 para la edición príncipe).
- Michels, Robert (1991): *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*, vol. II, Amorrortu Ed., Argentina (© *Zur Soziologie des Parteiwesens in der modernen Demokratie*, Klinckardt, Leipzig 1911)
- (1969): *Introducción a la sociología política*, Paidós, Bs. Aires (© *Corso di Sociologia Politica*)
- Minkoff, Debra C. (1997): “The Secuency of Social Movements”, en *American Sociological Review* vol.62, n°5, October 1997, pp.779-799

- Mircea, Eliade (1968): *Mito y realidad*, Guadarrama S.A., Madrid (© *Aspects du Mythe*, Gallimard, Paris 1963)
- Moragas, Miquel de (1993): *Teorías de la Comunicación. Investigaciones sobre medios en América y Europa*, Gilli S.A., Barcelona
- Mosca, Gaetano (1984): *La clase política*, FCE, México (© *Elementi di scienza politica*, Edit. Bocca, Roma 1896)
- Moscovici, Serge (1985): *La era de las multitudes. Un tratado histórico de psicología de las masas*, FCE, México (© *L'âge des foules. Un traité historique de psychologie des masses*. Arthème Fayard, Paris 1981)
- Munck, Gerardo (1997): "Formação de atores, coordenação social e estratégia política: problemas conceituais do estudo dos movimentos sociais". En *Dados-Revista de Ciências Sociais*, vol. 40, nº 1, Rio de Janeiro, pp.105-105
- Navarro, Pablo y Díaz, Capitolina (1998): "Análisis de contenido", en Delgado, J. M. y Gutiérrez, J. (eds.) 1998:177-224
- Neveu, Erik (1996): *Sociologie des mouvements sociaux*, La Découverte, Paris
- Oegema Dirk and Klandermans Bert (1994): "Why Social Movement Sympathizers Don't Participate: Erosion and Nonconversion of Support", en *American Sociological Review*, vol.59, nº5, October 1994, pp.703-722
- Offe, Claus (1988): "La atribución de status público a los grupos de interés", en Berger 1988:155-193
- Olson, Mancur (1992): "La lógica de la acción colectiva", en Battle, Albert (comp.): *Diez textos básicos de ciencia política*, Ariel S.A., Barcelona, pp.203-220
- Palermo, Vicente (1987): "Movimientos sociales y partidos políticos: aspectos de la cuestión en la democracia emergente en la Argentina", en Elizabeth Jelin (comp.): *Movimientos sociales y democracia emergente/2*, Centro Editor de A.Latina S.A., Bs. Aires, pp.132-175

- Pareto, Vilfredo (1987): *Escritos sociológicos* (selec., trad., introd. y notas de María Luz Morán), Alianza Edit. S.A., Madrid
- (1980): *Forma y equilibrio sociales. Extracto del Tratado de Sociología General* (© *Forma ed equilibrio sociale, estratto dal Trattato di sociologia generale*, Società Editrice Il Mulino, Bologna)
- Péquignot, Bruno & Tripier, Pierre (2000): *Les fondements de la sociologie*, Nathan/HER, Paris
- Pirenne, Henri *et al.* (1931): *La fin du Moyen Age. La désagregation du monde féodal (1285-1453)*. Presses Universitaires de France, Paris
- Pizzorno, Alessandro (1988): "Los intereses y los partidos en el pluralismo", en Berger 1988:307-349
- Plotke, David (1995): "What's so New About Social Movements?", en Lyman, Stanford M. (editor): *Social Movements. Critiques, Concepts, Case-Studies*, Macmillan, Hampshire, pp.113-136
- Rama, G, Filgueira, C. (1991): *Los jóvenes de Uruguay. Esos desconocidos*, CEPAL, Montevideo, p.143
- Real de Azúa, Carlos (1987): "El poder de la cúspide. Elites, sectores dirigentes, clase dominante", en *Cuadernos del Claeh* n°42, oct./87, Montevideo, pp.47-56
- Reichardt, Charles S. & Cook, Thomas D. (1979): "Beyond qualitative *versus* quantitative methods", en Salasin S. & Perloff R. (eds.): *Sage Research Progress Series in Evaluation*, Washington D.C., pp.7-32
- Revel, Jacques (1999): "L'histoire au ras du sol", en Giovanni Levi: *Le pouvoir au village* Gallimard, Paris 1989, pp.I-XXXIII
- Ricœur, Paul (1965): *De l'interprétation. Essai sur Freud*, Edit. su Seul, Paris
- Riechmann, Jorge y Fernández Buey, Francisco (1993): *Redes que dan libertad: introducción a los nuevos movimientos sociales*, Paidós, Bs. Aires

- Rilker, William H. (1992): "Teoría de juegos y de las coaliciones políticas", en Battle A. (comp): *Diez textos básicos de ciencia política*, Ariel S.A., Barcelona, p.151
- Rousseau, Jean-Jacques: (1991): *Del contrato social. Sobre las ciencias y las artes. Sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, Alianza Edit., Madrid (© *Du contrat social – Discours sur les sciences et les arts- Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes*, 1755)
- Schmitter, Philippe C. (1988): "La mediación entre los intereses y la gobernabilidad de los regímenes en Europa occidental y Estados Unidos en la actualidad", en Berger 1988:353-402
- Smelser, Neil J. (1962): *Theory of collective behavior*, Routledge & Kegan Paul, London
- Sweezy, Paul M. (1985): "Después del capitalismo, ¿qué...?", *Monthly Review*, jul-ag./85
 -- (1982): *El marxismo y el futuro*, Editorial Crítica, Barcelona (© *Four Lectures on Marxism*, Monthly Review Press, N.York 1981)
 -- (1977): "Revolución desde arriba: la URSS en los años veinte", *Monthly Review*, oct./77
- Tarde, Gabriel (1961): *Estudios sociológicos. Las leyes sociales de la sociología*, Edic. Assandri, Córdoba, Argentina
 -- (1921): *Les lois sociales*, Félix Alcan, Paris (© 1897)
- Tilly, Charles (1991): "Modelos y realidades de la acción colectiva popular". In Fernando Aguiar (comp.): *Intereses individuales y acción colectiva*, Edit. Pablo Iglesias, Madrid, pp. 149-178
- Touraine, Alain (1997): *¿Podremos vivir juntos?* FCE, Bs. Aires (© *Pourrons-nous vivre ensemble? Egaux et différents*, Arthème Fayard, Paris 1997)
 -- (1995): *¿Qué es la democracia?*, FCE, Bs. Aires (© *Qu'est-ce que la démocratie*, Arthème Fayard, Paris 1994)
 --(1990): *Movimientos sociales hoy. Actores y analistas*, Edit. Hacer, Barcelona (© *Mouvements sociaux aujourd'hui. Acteurs et analystes*, Les Editions Ouvrières, Paris)
 --(1987): *El regreso del actor*, EUDEBA, Bs. Aires (© *Le retour de l'acteur*, Librairie Arthème Fayard, Paris 1984)

- Tripier, Pierre (1995): *Del trabajo al empleo. Ensayo de Sociología del Trabajo*, Centro de Publicac. del MTy SS, Madrid (© *Du travail à l'emploi. Paradigmes, idéologies et interactions*, Edit. de l'Université de Bruxelles, 1991)
- Valles, Miguel S. (1997): *Técnicas cualitativas de investigación social*, Síntesis S.A., Madrid
- Villasante, Tomás R., coord. (1994): *Las ciudades hablan. Identidades y movimientos sociales en seis metrópolis latinoamericanas*, Edit. Nueva Sociedad, Caracas
- Weber, Max (1998): *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Istmo S.A., Madrid (© 1905, 1919)
- (1944): "Los partidos y su organización", en *Economía y sociedad* t.II, F.C.E., México pp. 1076-1094 (© *Wirtschaft und Gesellschaft, Grundriss der Verstehenden Soziologie*, J.C.B.Mohr, Tubinga 1922)
- Wilson, Theodore (1990): "Métodos cualitativos versus cuantitativos en investigación social", Servicio de Documentacion en C.Sociales, ficha 256-332, U. de la República, Montevideo
- Wittgenstein, Ludwig (1988): *Investigaciones filosóficas*, Edit. Crítica-Grijalbo, Barcelona (© *Philosophische untersuchungen* , Oxford 1953)
- Zeitlin, Irving M. (1986): *Ideología y teoría sociológica*, Amorrortu Eds., Argentina (© *Ideology and the Development of Sociological Theory*, Prentice-Hall Inc., 1968)